REALIDAD

REVISTA DE IDEAS

Sumario

¿PATOLOGÍA CULTURAL? . . . . . *Eduard Spranger*
CIVILIDAD CONTRA NATURALEZA . . . . . *Francesco Flora*
EL MODERNO FENOMENALISMO BRITÁNICO . . . . *Manuel Olguín*
EL SENTIDO REGIONAL EN LA LITERATURA . . . *Horacio G. Rava*

EL RESULTADO DE LAS ELECCIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS . . . . . *L. L. Bernard*
VÁNDALOS Y DUDADORES . . . . . *Carmen Gándara*
TOTALITARISMO Y LIBERALISMO EN LA EDUCACIÓN *Lorenzo Luzuriaga*
CARTA DE ESPAÑA . . . . . *Ricardo Gullón*
Xº CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA *Risieri Frondizi*
UN JUICIO PÓSTUMO DE HENRÍQUEZ UREÑA SOBRE LAS GENERACIONES LITERARIAS . . . *E. Anderson Imbert*

NOTAS DE LIBROS

por Rafael Virasoro, Adolfo P. Carpio, Javier Fernández, Guillermo Díaz Doín, Guillermo de Torre y otros.

LA CARAVANA INMÓVIL

NOVIEMBRE
DICIEMBRE

12

VOLUMEN
CUARTO

BUENOS AIRES

REALIDAD

Revista de ideas

Publicación bimestral

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: FRANCISCO ROMERO.

Consejeros: AMADO ALONSO, FRANCISCO AYALA, CARLOS ALBERTO ERRO, CARMEN R. L. DE GÁNDARA, LORENZO LUZURIAGA, EDUARDO MALLEA, E. MARTÍNEZ ESTRADA, RAÚL PREBISCH, JULIO REY PASTOR, JOSÉ LUIS ROMERO, SEBASTIÁN SOLER, GUILLERMO DE TORRE.

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a la Secretaría de Redacción, a nombre de Francisco Ayala o Lorenzo Luzuriaga.

Todos los trabajos que inserta esta revista fueron especialmente escritos para ella; queda prohibida su reproducción total o parcial sin mencionar la procedencia.

No se mantiene correspondencia sobre originales espontáneamente enviados.

PRECIOS:

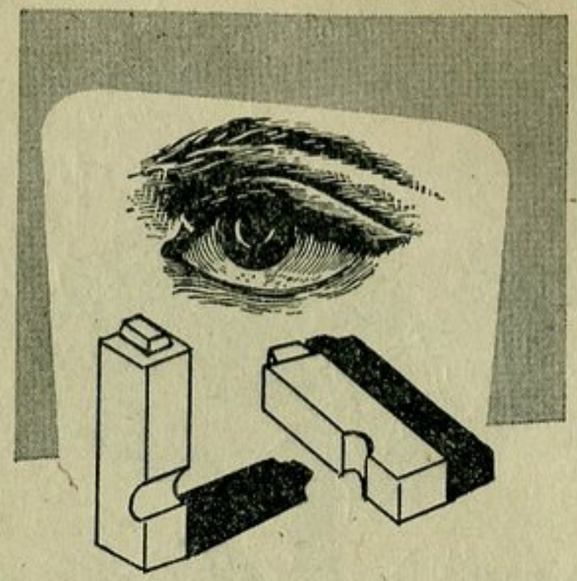
Argentina, suscripción anual $ 25.— m/arg.; número suelto, $ 5,—. — Países de lengua española o portuguesa, suscripción anual, 5,50,— dólares; número suelto, 0,90 dólares. Otros países, suscripción anual, 6,— dólares; número suelto, 1,50 dólar.

Secretaría de Redacción y Administración:

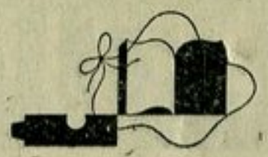
DEFENSA 119, I°, n° 1

BUENOS AIRES ARGENTINA

Teléfono 33 (Avenida) 3482.



Una mirada vigilante acompañará a su original desde que usted nos lo confía hasta que se lo devolvemos transformado en libro.

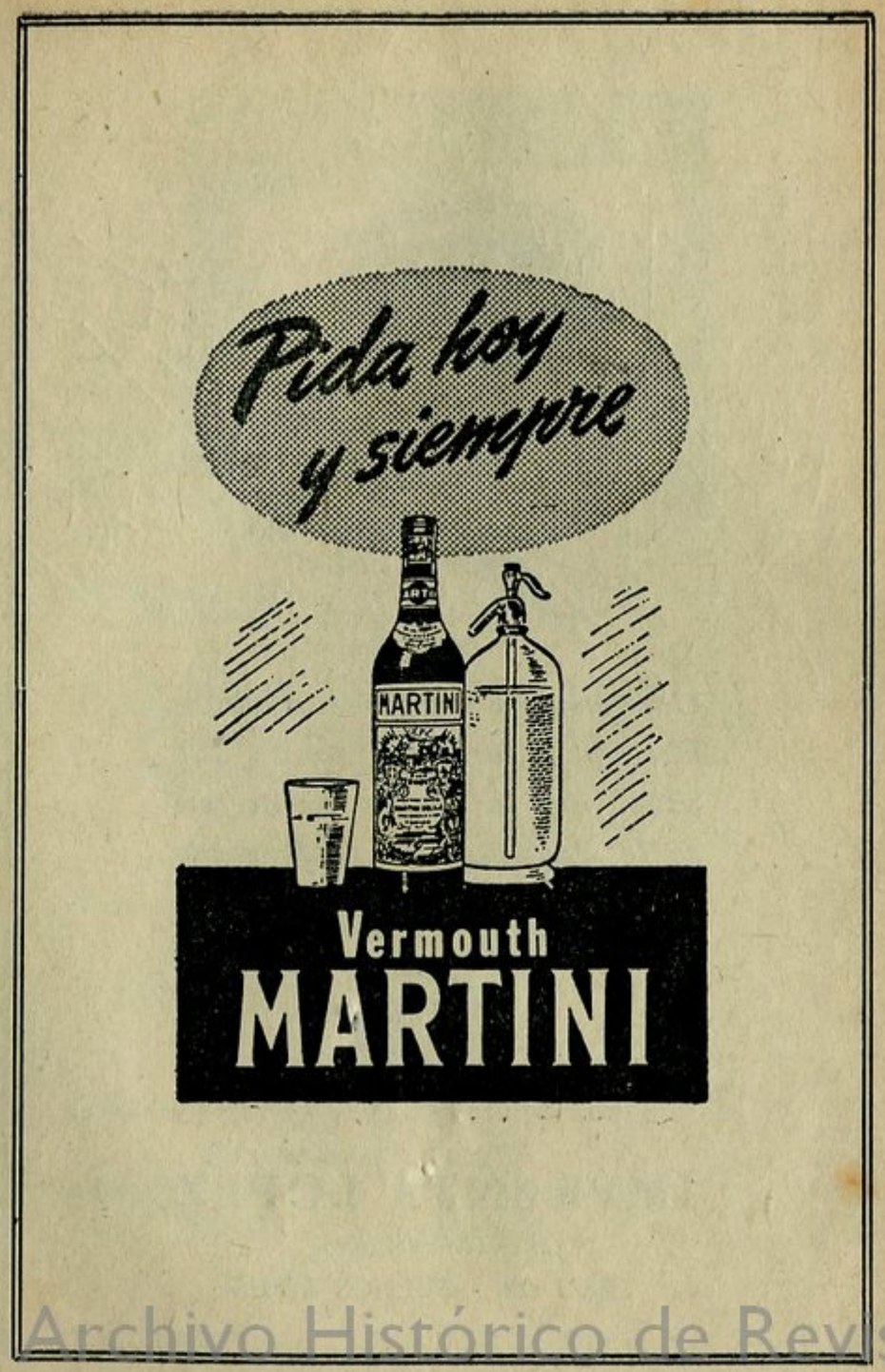


IMPRENTA LÓPEZ

al servicio del libro

PERU 666 - BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



ULTIMOS EXITOS

de la

EDITORIAL SUDAMERICANA

LEOPOLDO MARECHAL: ADÁN BUENOSAYRES. El autor de *La Rosa en la balanza*, libro que reúne las dos obras con las que conquistara el Premio Municipal de Literatura, nos ofrece su primera novela. Una prosa impecable traza escenas de ambiente y soliloquios introspectivos que independientemente constituyen admirables piezas destinadas a enriquecer las antologías más exigentes, y en conjunto, consuman la imagen total de un destino. Un volumen de 744 páginas .. .. $ 18.—

RAFAEL DIESTE: LUCHAS CON EL DESCONFIADO. Reúne aquí el distinguido escritor gallego dos hermosos ensayos: el primero trata de la "humildad empírica" y de la libertad contemplativa, que tiene en aquélla sus diáfanos principios; se refiere el segundo al problema de la "sinceridad" y a la desconfianza más terrible, que es la del ser cuando se pone a recelar de lo que él mismo atestigua de sí, y de todas las fuentes íntimas de tal testimonio. Un volumen de la "Colección Ensayos Breves" de 224 páginas .. .. $ 4.—

STORM JAMESON: EL INCENDIO. En esta nueva novela el autor de *El diario de Mary Hervey Russell* pinta, escuetamente pero con asombrosa intensidad, la idiosincrasia de cada uno de los inquilinos de una ruinosa casa de vecindad londinense. Desde los pequeños contratiempos hasta los pensamientos más íntimos y ocultos, todo se halla descrito, desdoblado por lo objetivo y lo subjetivo, con realismo y sencillez que sorprenden. Un volumen de la "Colección Horizonte" de 328 páginas .. .. $ 9.—

ROLAND DORGELÈS: CAMINO DE LOS TRÓPICOS. El famoso escritor francés relata sus viajes por Anam, Marruecos, Indochina y otras regiones de los continentes negro y amarillo. Su casi increíble capacidad de descubrir el aspecto dramático del menor acontecimiento, de la más insignificante observación dan a este libro un interés sólo comparable al que despiertan las mejores novelas de nuestro tiempo. Un volumen de 226 páginas en rústica .. .. $ 8.—

CARMEN GÁNDARA: EL LUGAR DEL DIABLO. Por su originalidad en el enfoque de los temas, su exigente concisión en el estilo y su singular exactitud expresiva, los seis hermosos cuentos reunidos en esta obra la destacan entre las manifestaciones más significativas de este género, de tan honrosa tradición en las letras argentinas. Un volumen de 188 páginas .. .. $ 6.—

BRONISLAW MALINOWSKI: UNA TEORÍA CIENTÍFICA DE LA CULTURA. Un eminente hombre de ciencia presenta en este libro su fórmula definitiva de la teoría funcionalista, que se ha convertido en una de las piedras de escándalo de la antropología moderna. Un volumen de la "Colección Ciencia y Cultura", de 252 páginas .. .. $ 7.—

EDITORIAL SUDAMERICANA

ALSINA 500 - BUENOS AIRES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Exclusivamente para el libro

BARTOLOMÉ U. CHIESINO

ARTES GRÁFICAS

AMEGHINO 838

AVELLANEDA

T. E. 22 AVELLANEDA 7780

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Novedades

JEAN PAUL SARTRE: Los caminos de la libertad.

I. *La edad de la razón* .. .. $ 10.—
II. *El aplazamiento* .. .. $ 13.—

He aquí la obra novelesca que mayores admiraciones y discusiones ha provocado en los últimos tiempos. **La edad de la razón** y **El aplazamiento** son no solamente dos importantísimas creaciones novelescas, realizadas con una técnica muy original, sino asimismo la exposición, la encarnación viva en personajes y situaciones, de la filosofía existencial.

JEAN PAUL SARTRE: Teatro. *Las moscas. A puerta cerrada. Muertos sin sepultura. La mujerzuela respetuosa. Las manos sucias* .. .. .. $ 12.—

Reunidas en un solo tomo aparecen todas las obras teatrales escritas y estrenadas por Sartre hasta el día. Un teatro apasionante, centrado sobre los más vivos problemas humanos e intelectuales.

EUGENIO JULIO IGLESIAS: *El penúltimo escalón* .. .. $ 6.—

El balance de una generación argentina y el relato dramático de una experiencia amorosa, situada al borde del "penúltimo escalón".

JUAN DAVID GARCÍA BACCA: *Introducción general a las Enéadas* $ 6.—

Este prestigioso filósofo y helenista arroja nueva luz sobre el pensamiento de Plotino, sus raíces y significación.

PLOTINO: *Enéada I* .. .. $ 8.—

Un admirable clásico del pensamiento universal publicado completo por vez primera en castellano. Traducción directa del griego por el Profesor J. D. García Bacca.

LORENZO LUZURIAGA: *La escuela nueva pública* .. .. $ 6.—

Una nueva concepción de la escuela pública. Ideas y métodos de la educación actual.

MARIANO PICÓN SALAS: *Viaje al amanecer.* Bca. Cont. Nº 216 $ 4.—

Deliciosos relatos de infancia y leyendas del gran escritor venezolano.

FRANCISCO VERA: *Breve historia de la Geometría.* Bca. Cont. Nº 217 $ 5.—

Reseña de la evolución de esta disciplina desde sus orígenes hasta la actualidad.

B. PÉREZ GALDÓS: *La familia de León Roch* I y II. Bca. Cont. Nº 219 y 220 c/u. .. .. $ 5.—

Una de las novelas más representativas de la primera época del gran novelista español.

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: *El señor presidente.* Bca. Cont. Nº 221 $ 5.—

La novela dramática de la tiranía en América, que Gabriela Mistral elogia sin reservas.

JULIO E. PAYRÓ: *Jorge Larco* .. .. $ 8.—

El gran crítico argentino traza un cuadro completo del arte de Jorge Larco. Con 32 láminas en negro y una en colores.

FLETCHER E. WATSON: *Entre los planetas* .. .. $ 12.—

Los últimos descubrimientos y el planteamiento de problemas celestes aún sin explicación.

EDITORIAL LOSADA, S.C.A.

ALSINA 1131 • BUENOS AIRES

Robert de Chester



Hace 800 años Robert de Chester introdujo la ciencia química en Europa. Nació en Rutland, Inglaterra, realizando estudios en la Escuela de Chester y continuándolos, de acuerdo con las costumbres de la época, en las universidades moras de España. Allí el 11 de Febrero de 1144, Robert de Chester completó la traducción en latín de un tratado árabe sobre química, que fué el primer libro de texto en Europa. Sin duda, llevó también de la España musulmana, una de esas amplias túnicas árabes que en forma de toga usan los alumnos de las universidades británicas de hoy. Robert de Chester nunca imaginó el uso que tendría esta túnica, así como tampoco la trascendencia científica de otro tratado que tradujera del árabe. Era una obra de Khwarizine, sobre una importante rama de las matemáticas, conocida hasta hoy por su nombre árabe: álgebra.

La causa del progreso y la civilización tiene contraída una gran deuda con este sabio inglés. Si no hubiera sido por Robert de Chester, los conocimientos orientales de química y matemáticas habrían permanecido ignorados para el mundo occidental, probablemente durante muchos siglos aún.

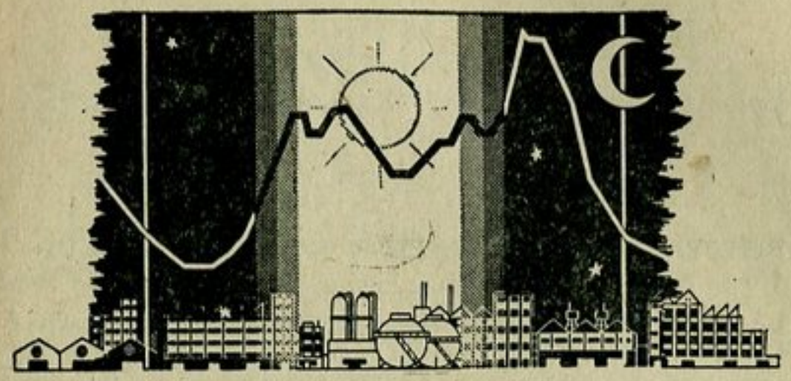
ICI

Imperial Chemical Industries Limited, Londres

La Imperial Chemical Industries está representada en la Argentina por DUPERIAL

INDUSTRIAS QUIMICAS ARGENTINAS "DUPERIAL"

Edificio "Duperial" - Paseo Colón 285 (R 44) - T. A. 34, Defensa 2191 - Bs. As.



DE USTED TAMBIEN DEPENDE...

Para que la industria nacional pueda satisfacer las demandas siempre crecientes de los mercados local y extranjeros, las fábricas necesitan cantidades cada vez mayores de electricidad.

Usted puede contribuir a que estén disponibles. **Goce de las comodidades que le brindan los aparatos eléctricos - plancha, calentador, tostador, aspirador, lavarropa, etc. - pero procure no utilizarlos durante las horas de máximo consumo de corriente, a la caída de la tarde y primeras horas de la noche.**

PUB. ESCELSIOR

CADE

COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La gran obra de EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

(Premio de Honor de la S. A. D. E.)

MUERTE Y TRANSFIGURACION DE MARTIN FIERRO

Colección "Tierra Firme". 2 tomos .... $ 30 m/n.

Acaban de aparecer los dos primeros tomos de la nueva colección BREVIARIOS:

HISTORIA DE LA LITERATURA GRIEGA, de C. M. Bowra (trad. Alfonso Reyes) ..... $ 5.—

LA INQUISICION ESPAÑOLA, de A. S. Turberville (trad. Malagón y Pereña) ..... $ 5.—

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

INDEPENDENCIA 802 BUENOS AIRES

REALIDAD

SUMARIO DEL Nº 11

La razón heroica . . . . . *Juan Ramón Jiménez*
La crisis espiritual en los E.E. U.U. . . . . *L. L. Bernard*
La tragedia del realismo . . . . . *Otto María Carpeaux*
El problema de los orígenes de Occidente . . . . . *J. R. Armengol*

La ciencia española . . . . . *Cortés Pla*
Un estudio colectivo sobre T. S. Eliot . . . . . *Patrick Dudgeon*
Carta de España . . . . . *Un corresponsal*
La XXIV Bienal de Venecia . . . . . *Carlo Carrà*
Ideas y letras en la Inglaterra de hoy . . . . . *George Pendle*

NOTAS DE LIBROS

por *José Luis Romero, René Marill-Albérès, Carlos M. Rama, M. A. Olivera, Juan Carlos Ghiano, Francisco Ayala* y otros.

LA CARAVANA INMÓVIL.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

REALIDAD

BOLETÍN ESPECIAL PARA SUSCRIPCIÓN-OBSEQUIO

Sr. Gerente de REALIDAD, S. R. L.
Defensa 119, 1º - Buenos Aires.

Ruégole suscriba a la Revista REALIDAD por un año, a partir de 1º de enero de 1949, al Sr. .....

domiciliado en .....

.....

remitiéndole la colección completa *(caso contrario, táchese)*, a cuyo efecto le incluyo el importe de * .....

Firma .....

Nombre completo .....

Domicilio .....

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Sr. Gerente de REALIDAD, S. R. L.
Defensa 119, 1º - Buenos Aires.

Ruégole me suscriba a la Revista REALIDAD por un año, a partir del nº .... a cuyo efecto incluyo el importe de * .....

Firma .....

Nombre completo .....

Domicilio .....

* Argentina, $ 25.—. Países de lengua española o portuguesa, 5.50 dólares. Otros países, 6 dólares. Colección completa (dos años), $ 50.— m/n.

CASA ITURRAT
SOCIEDAD ANÓNIMA COMERCIAL

Papeles para las Artes Gráficas

☆

ALSINA 2228 al 2252
BUENOS AIRES

SUCURSALES:

Rosario, Córdoba, Mendoza, Santa Fe, Mar del Plata, Bahía Blanca, Tucumán, Resistencia y Corrientes.

REALIDAD
REVISTA DE IDEAS
PUBLICACION BIMESTRAL
Año II • Noviembre-Diciembre 1948 • Vol. 4

¿PATOLOGIA CULTURAL?

Por EDUARD SPRANGER*

Los gritos anunciando desdichas: Crisis cultural, decadencia, ocaso de occidente, se habían levantado ya cuando el mundo estaba todavía sumido en la paz. Un tercio de siglo lleno de guerras nos ha mostrado cómo ese diagnóstico no era tan sólo cosas de literatos nerviosos. Desde hace mucho tiempo hay algo que no está en orden en nuestra tan pregonada cultura occidental. Aquí y allá, resuenan los reproches. La frase "culpa de cultura" ha pasado de la teología a la conciencia general. Desgraciadamente, nosotros los alemanes tenemos que luchar del modo más penoso no sólo con el concepto, sino también con la realidad a él correspondiente. El serio diálogo con nosotros mismos sobre este punto no está aun cerrado, y de nuestra voluntad depende la autopurificación. Pero al hombre en general le es aplicable lo que dice el poeta: "Él arroja la parte mayor de su culpa a las infelices estrellas." Ya en el pequeño mundo de la vida cotidiana oímos con frecuencia la frase de que el malhechor es propiamente un enfermo; por esto tenemos que concederle circunstancias atenuantes. ¿Estaba quizá *enferma* nuestra cultura en sus raíces profundas? ¿Era acaso la culpa consecuencia

* El autor de *Formas de Vida* y tantas otras obras famosas, profesor actualmente de la Universidad de Tubinga, contempla, en el ensayo que nos ha enviado, el problema general de su título desde el ángulo de la actual experiencia alemana.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de una situación no sana en su conjunto, que no permitía ya ningún desarrollo normal hacia adelante?

Para el historiador como para el filósofo apenas se da un deber más urgente que el de tomar razón de la parte que cabe en la culpa y al destino en la vida de los pueblos, empezando por el propio. Lo que se llama enfermedad de la cultura habría que colocarlo del lado del destino. Pues ante cualquier definición de enfermedad podemos establecer la afirmación previa de que la enfermedad es algo no querido. Aun allí donde la propia culpa coopera a producirla, no sería ella el resultado perseguido, sino el menos deseado de los resultados marginales. Y aun cuando en la vida individual hay una dinámica anímica subconsciente, que se conoce como "refugio en la enfermedad" subsiste aquel postulado de que "la enfermedad es un destino no querido" de modo tan firme, que designamos a su vez como enfermiza, como neurótica, esta maniobra anímica de escape ante las exigencias de la vida. La culpa corresponde al hombre; la enfermedad es un sufrir, una fatalidad. Intermedios son aquellos casos en los que al mismo tiempo existe una responsabilidad propia en el enfermarse; estos casos tendrán que ocuparnos más particularmente.

Al comienzo de tales consideraciones surge el problema fundamental: ¿Se puede aplicar en general a una cultura el concepto de enfermedad, formado propiamente para la vida del organismo? ¿Hay, pues, un estudio científico al que pudiera aplicarse el nombre de *Patología de la cultura*? Ambas cosas se han intentado. Pero esos intentos proceden de épocas en las que se aplicaron con bastante falta de crítica los conceptos básicos y los métodos de la biología a la "estructura y vida del cuerpo social": los puntos de vista de la lucha por la existencia, herencia, adaptación, selección, deformación, etc. Después de que Albert Schäffle se adelantó en esta dirección, P. v. Lilienfeld publicó en 1896 una *Patología social*. Como la cultura tiene también indudablemente un fundamento de vida natural, los antropólogos han intentado desarrollar hasta nuestro tiempo una Biología de la cultura, en cuya sistemática aparece también el título de *Patología de la cultura*. Recuerdo los apreciables trabajos de Walter Scheidt.

Lo que me separa de estas modernas teorías no es sólo la objeción al método, sino que mi actitud se refiere a un campo muy diferente. Desde el comienzo, quiero afirmarlo resueltamente. Nadie ha discutido nunca que una cultura está sostenida por hombres vivos y que estos hombres pueden llegar a enfermar como individuos. Entre las enfermedades aparecen también aquellas que pueden referirse expresamente a los efectos nocivos producidos por la cultura correspondiente. Se habla de "enfermedades culturales" propiamente dichas. Éstas pueden estar condicionadas orgánicamente, o bien, ser de un tipo psicógeno y puramente anímico: pueden ser adquiridas individualmente o hereditarias. Cabe, por tanto, esperar un círculo vicioso: los portadores anímico-corporales de cultura que han llegado a ser deficientes por las desmesuradas exigencias de la cultura producirán también una cultura deficiente. En la medicina moderna desempeña un gran papel el capítulo de las enfermedades culturales. Cito sólo como ejemplos los *Grundzüge der Kulturpsychopathologie* (1924) de Karl Birnhaum, *Soziale Krankheit und soziale Gesundung* (1930) de Víctor v. Weizsäcker y *Soziale Pathologie* (1923) de Alfred Grotjahn. La teoría de la neurosis cultural aparece naturalmente en primer término. Pero estos fenómenos son desde el punto de vista filosófico relativamente improblemáticos. Mucho más fundamental es el tema de *si la cultura misma puede enfermar*, este gran tejido espiritual sobreindividual que vive *en* las generaciones cambiantes, por las cuales en parte es sostenido y continuado, pero que también rodea y oprime como un medio de tipo muy peculiar. A mí no me interesa la cuestión de ¿cuándo y cómo están enfermos los sujetos de la cultura?, sino primariamente la cuestión mayor: ¿puede llamarse también enferma a la *cultura objetiva* en determinadas circunstancias? ¿Puede también sufrir el destino del devenir patológico? ¿Cómo sucede esto y cómo se revela?

De antemano es manifiesto que no se puede hablar así si implícitamente no se somete la cultura a una norma que debe dominar su estructura y su funcionamiento, y naturalmente no a una norma media que se pudiera adquirir de un modo compara-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tivo-estadístico, sino a una norma ideal, a una idea de perfeccionabilidad. Aquí, al comienzo de nuestras explicaciones, no tenemos aun ninguna sospecha de en qué consiste propiamente la norma total de una cultura. Yo aventuro esta afirmación algo tosca: "Al organismo natural le está prescrito su fin vital; la cultura tiene que *buscarlo*". Esto no sucede sin una intensa lucha. El nombre abreviado: norma total de la cultura está muy cargado metafísicamente. Será prudente designar en forma provisional con una X mayúscula el lugar inquirido. Una ganancia esencial del proceso intelectual hoy buscado sería poder sustituir a su conclusión esta X por determinaciones más precisas. Para esto se requiere una aclaración en esta primera parte de ambos grupos de conceptos básicos: "enfermedad" y "cultura". Debemos limitarnos a los contornos más esenciales. En el trabajo cotidiano de la filosofía se medita mucho más cuidadosamente de lo que aquí se expone.

I

A. No es el caso de poder tomar sencillamente para la problemática de la patología de la cultura una definición de enfermedad ya preparada por los médicos. El concepto ha sido discutido desde tiempo inmemorial, y una extensa bibliografía especial trata exclusivamente de él. Dejo de lado la diferencia entre patología y nosología, porque para nuestro tema es secundaria. Nunca podrán coincidir dos grupos de determinaciones esenciales de la enfermedad porque parten de dos puntos fundamentalmente divergentes: hay una diferencia entre la enfermedad como situación objetiva y la enfermedad como estado subjetivo. En el segundo caso, ocupa el proscenio el *sufrir* personal de una condición total alterada de la persona; se podría también hablar por ello de la enfermedad en el sentido existencial. Es obvio que la diferencia entre el concepto objetivo y subjetivo de la enfermedad no coincide, por ejemplo, con la enfermedad orgánica y la puramente anímica. Que en la totalidad de una posible patología cultural puede también desempeñar un papel el sufrimiento subjetivo, personal, lo enseña ya el título de la obra esencial de Freud sobre la teoría de las neurosis culturales: *El malestar en la cultura* (1930). Pero, puesto que deseamos excluir como improblemático el tema de "los hombres enfermos por la cultura", sólo tiene importancia para nosotros el concepto objetivo de la enfermedad. Repitámoslo: nuestra cuestión es si en la cultura misma pueden comprobarse objetivamente enfermedades.

Una selección cuidadosa de todas las palabras convenidas que se presentan en la bibliografía, ha dado por resultado que los caracteres de la enfermedad se pueden ordenar en dos series: los de la primera serie expresan algo que se enfrenta con el sujeto; los de la segunda serie designan lo que se ha modificado en el sujeto afectado. Lo que se le enfrenta será denominado *perturbación* o *lesión* o hasta *peligro* —amenaza a la vida— del sujeto psicofísico. Pero aquello que es perturbado o lesionado o amenazado es según algunos la *adaptación*, según otros el *equilibrio*, según otros la *capacidad de rendimiento* y en el caso extremo la *capacidad* vital del sujeto. La nota de adaptación no bastará ya en la medicina personal; pues aun la mayor renuncia vital contiene todavía adaptación. La palabra *equilibrio* está muy difundida en toda la biología: pero es sólo una imagen de los procesos de totalidad, que se extienden mucho más allá de las simples relaciones de la gravitación. La expresión *integración* no dice mucho más. Con la frase *capacidad de rendimiento* se tocan conceptos ultrabiológicos, que en el hombre están ya condicionados intensamente por la *cultura*. Las exigencias de la cultura en cuanto a realizaciones de una persona psíquica pueden ser muy diferentes según su profesión. Desde un punto de vista puramente biológico un paciente puede seguir teniendo durante mucho tiempo capacidad vital, en tanto que su capacidad cultural de trabajo disminuye cada vez más. La capacidad de rendimiento es, pues, una medida muy relativa.

Mas entre los elementos enumerados de una definición de enfermedad no se ha mencionado todavía un supuesto esencial, que silencian muchos autores, puede presumirse, porque constituye de modo evidente un concepto teleológico. Sólo puede hablarse

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mamos *teleología inmanente* al hecho esencial de que está en sí organizado para la conservación, tenga o no conciencia de ello como finalidad interna. Hablamos de *teleología comprehensiva* al menos en dos direcciones. El organismo, en primer lugar, está adaptado a "su" mundo circundante (no a un mundo neutral en general). Frente a esta adaptación, los procesos singulares y ocasionales de acomodación son relativamente insignificantes. En segundo lugar, el organismo individual está también organizado adecuadamente en forma prospectiva para la conservación de su especie. En los animales capaces de conciencia, esta disponibilidad para la especie está ante todo confiada a las enigmáticas fuerzas impulsivas psicológicas que llamamos instintos.

Comparemos ahora: También puede considerarse una cultura como una estructura unitaria de acción, en la que no quepa pensar ningún rendimiento aislado sin referencia significativa a los demás. Diferenciamos campos de cultura, por decirlo así, como sistemas de órganos, por ejemplo, economía y técnica, derecho y moral, ciencia y arte. Cada uno de estos sistemas ha de contribuir con algo indispensable a la conservación y acrecentamiento de la totalidad cultural.

Pero la primera diferencia es esencialmente suficiente: En una cultura no se da ningún cuerpo unitario como soporte físico. Un organismo natural se presenta a nosotros como una unidad de forma perceptible. Puede ser estudiado anatómica y fisiológicamente; se puede hasta realizar con él experimentos. Por el contrario, la morfología y la fisiología de la cultura son dominios casi sin construir. La situación puede aun salvarse aquí caracterizando a la cultura como un superorganismo. Una especie animal, o más exactamente, toda unidad originaria de ella, constituye un superorganismo tal, puesto que sobre la continuidad del plasma germinal se construyen constantemente los cuerpos individuales, los cuales sin embargo son fenómenos subordinados y pasajeros en relación con el gran ser vivo de la "especie". Así, una cultura vive *sobre* los individuos siempre cambiantes y *por encima* de la cadena de las generaciones. Un bosque es también un superorganismo en tanto que la vida en él se apoya en una división del trabajo sumamente significativa y en una sucesión de cambios de especies animales y vegetales. Si se pierde uno de sus miembros, se produce una perturbación de la vida; podría decir también, una enfermedad.

La segunda diferencia cala más hondo: Falta no sólo el cuerpo unitario, sino que en lugar de aquellos cuerpos individuales dados se dan almas individuales innumerables. Cada una de ellas coopera un poco a la totalidad de la cultura; más adelante hablaremos de los límites de esta cooperación. La conexión de la cultura es referida a los portadores de conciencia, en tanto que no sabemos absolutamente nada de la conciencia de las células que forman un organismo. Los portadores de conciencia tienen que entenderse entre sí; de otro modo no surge un "espíritu común". Tienen que entender también las creaciones de la cultura para cuya totalidad empleamos la etiqueta de "espíritu objetivo". Pero cada individuo es ante todo "espíritu personal", porque a él le está confiado el participar en la responsabilidad de la totalidad cultural. El signo más claro de ello es que lo propiamente cultural no se hereda orgánicamente, sino que se comunica por tradición. Más aún, para la cultura hay que educar siempre de nuevo. Ya aquí parece romperse toda analogía.

La tercera diferencia se refiere al *telos,* es decir, al valor y sentido de la cultura. Los auténticos biólogos de la cultura interpretan ésta como un proceso de adaptación a la naturaleza, que sólo se acrecienta por la particular dotación del hombre con intelecto y espíritu. Empero, esto vale a lo sumo para una capa primitiva del espíritu, que nosotros designamos en lengua alemana como civilización, diferenciándonos en ello con la lengua francesa y la inglesa. Aquella pertenece sin duda a la cultura, pero no agota sus fines. La múltiple y total estructura de la utilidad, todo lo que pertenece a la mera técnica de la vida, es propiamente sólo civilización. Mas los valores de utilidad son sólo valores medios. Tiene que preguntarse siempre por el valor final, por causa del cual se realiza el penoso trabajo de la cultura. Ya Aristóteles dijo del Estado que se originaba en el mero poder de la vida, pero que consiste en τοῦ εὖ ζῆν ἕνεχα, que podemos tra-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ducir provisionalmente "por lo digno de la vida". Esta tercera diferencia es la mayor: la cultura es *misión* espiritual-moral. Al organismo no le aplicamos en modo alguno tales medidas.

¿Qué destino tiene el hombre? Si contestamos: "debe colaborar en la construcción de una cultura moral", surge de inmediato otra pregunta: "Y ¿qué destino tiene la cultura?". Sobre esto piensan de modo muy diferente los diversos grupos que contribuyen a ella. Entre ellos existe una lucha apasionada sobre la verdadera norma cultural. Y así nos encontraríamos de nuevo ante la X mayúscula que tuvimos que dejar abierta al principio.

C. Si unimos las indicaciones sobre el concepto de enfermedad con las referencias al concepto de cultura, nos encontramos en el lugar en el que podemos decir en qué sentido cabe denominar enferma a una cultura objetiva (no a los portadores individuales de la cultura). A este destino de aprendiz de brujo de los hombres creadores de cultura lo ha llamado Simmel "la tragedia de la cultura". Se aglomeran masivamente estructuras sobreindividuales que ya no pueden ser dirigidas a la medida de la pura voluntad moral. Por eso el marxismo riguroso convierte la dirección ética de la cultura en un accesorio sin importancia de la historia. Si en oposición a esto aceptamos que en la cultura sobreindividual reina una conexión teleológica, una especie de entelequia directriz o idea normativa, tenemos también que admitir que en este dominio pueden surgir deformaciones, comparables en parte a enfermedades. Serán lesiones y riesgos anormales de los rendimientos auténticos, que una cultura debía propiamente eliminar. Han surgido, para hablar con Virchow, de la insuficiencia del aparato regulador. Pero esta vez no se trata de la autorregulación relativamente simple, para el restablecimiento de las funciones normales de un organismo, sino de reguladores que deben poner de nuevo en el buen camino a la totalidad cultural.

Dirijámonos ahora en la segunda parte, al procedimiento por el que buscamos las autorregulaciones de una cultura. *Detrás* de ellas, por decirlo así, se perciben posibilidades de enfermedad que pueden llegar a ser el destino de la cultura. Las tendencias

a la autocuración son una advertencia de riesgos patológicos. Se refieren al mismo tiempo a lo positivo de la enfermedad que con razón ha realzado. La enfermedad es *también* una manifestación de la vida. La vida es tarea. La enfermedad presenta nuevas tareas que se pueden cumplir, o ante las cuales se puede fracasar. La cuestión es si conducen al éxito las regulaciones que pueden surgir de las profundidades misteriosas de la vida sobreindividual.

II

Los fenómenos reguladores se presentan dentro de una cultura en forma muy diferente. Divido las diferencias más sorprendentes en tres grados, cuyas denominaciones deben explicarse más detenidamente:

1. Procesos automáticos de regulación;
2. Sistemas de actitudes normativas;
3. Normación por lazos transcendentes.

1. En el dominio cultural no existen procesos completamente automáticos, porque todo lo que en él ocurre se tramita también por centros anímicos vivos, y por tanto, en el sentido de la conocida expresión técnica, es en parte "comprensible". Pero algunos fenómenos suscitan la impresión de lo automático, en parte por la enorme suma de acciones aisladas, en parte por la ceguera, es decir por la incierta dirección finalista de las decisiones. Se regula, en efecto, algo, pero en modo alguno siempre con un éxito que pudiera llamarse saludable. Los ejemplos inmediatos, que casi recuerdan a las leyes naturales, los ofrece la economía. En el caso de su enfermedad, se manifiesta en vigorosas reacciones defensivas. Una economía política que no produce ya lo que el pueblo necesita para su vida y no puede procurar una compensación por el camino "normal" mediante la importación, está herida de muerte y anuncia esto por movimientos espasmódicos febriles de la vida entera. La desocupación que afecta a millones de seres, crea una holgazanería general. Un mercado que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

está perturbado aun por regulaciones de precios bien intencionadas, responderá siempre a esta intervención operativa con el nuevo síntoma patológico, el "mercado negro". Una moneda, en la cual el papel en circulación es anormalmente grande, presenta rasgos patológicos. Automáticamente sigue el rechazo del dinero. Todas estas desafortunadas tendencias compensatorias se realizan con el irresistible ímpetu de las masas, aunque estén motivadas razonablemente en cada individuo. Pero se hallan sometidas de un modo particularmente intenso a las *lois d'imitation* en el sentido de Gabriel Tarde y se originan predominantemente en el campo extra-ético de las personas interesadas. Se asemejan por esto a las psicosis de masas. En todas partes donde los hombres se convierten en masas impulsivas, actúan como meros muelles, y producen así aire con su impulso vital, hay algo patológico-cultural. Ocurren aquí los conocidos procesos de contagio, comparables a las epidemias nocivas para la cultura. Independientemente de lo económico, se forman también situaciones culturales en las que existe un peligro inmediato de explosión. Las circunstancias cargadas de revolución producen la impresión de fiebres inflamatorias. Los individuos pueden ser constitucionalmente sanos en absoluto; lo enfermizo procede de la cultura objetiva. Mal que bien, se forman de algún modo rendimientos supletorios para el funcionamiento normal. De un modo notable, pensó Kant el devenir de la ordenación jurídica, este sistema *espiritual* de regulación de la sociedad, según el modelo de tal proceso automático de compensación: la sociabilidad antisocial es la que arranca al antagonismo de las pasiones un orden sobreindividual de modo puramente natural-mecánico. Y esto promueve el progreso "como los árboles en un bosque precisamente por el hecho de que cada uno trata de sustraer al otro la luz y el sol, necesitan buscar ambas cosas sobre sí y por esto llegan a alcanzar un bello crecimiento erecto".

Otros casos recuerdan más el proceso dialéctico de Hegel y la ley psicológica de Wilhelm Wundt de la intensificación de los contrastes. Las hipertrofias unilaterales de los dominios de la cultura parecen provocar autorregulaciones automáticas. A la

exaltación de la ilustración intelectual siguió un romanticismo sentimental, místico-nebuloso. Una distribución demasiado desigual de la propiedad y los privilegios provoca contraataques revolucionarios. Los recargados estilos artísticos barrocos producen un clasicismo sencillo. Tales procesos derivan menos de la lógica del pensamiento que de la rítmica de la vida. Es la vida no vivida, que se procura constantemente espacio en oscuro impulso, la que establece su totalidad. En lenguaje médico se podría decir: la naturaleza se ayuda aquí a sí misma — aunque se trate de grandes procesos culturales objetivos. Muchos procesos patológicos descargan directamente tendencias curativas, logren ellas triunfar, o produzcan "complicaciones".

Finalmente, la naturaleza se ayuda —si podemos emplear esta expresión arriesgada— cuando en circunstancias de debilidad cultural abandona misiones y actos de los que ya se había apoderado. Una economía monetaria recae en la economía natural. Las industrias muy desarrolladas se convierten en primitivas. Un Estado jurídico artificialmente construído retrocede a un ejercicio brutal del poder. Una religión moralmente fundada degenera en supersticiones siniestras. Tales procesos están emparentados con aquellas enfermedades que, como la esquizofrenia, se revelan como retrocesos a formas más primitivas de vida. Despiertan la impresión de que debiera aun salvarse, pese al descenso de los rendimientos, una forma inferior de la totalidad. Inversamente, no se observa tampoco un progreso poderoso en el desarrollo de la cultura.

Si se ha prestado atención a los fenómenos patológicos de la cultura con tendencias incompletas de compensación, surge por sí misma la cuestión de si en el cuadro de la cultura no hay organizaciones que tienen *expresamente* el sentido de orientar la cultura en dirección a la norma ideal = X que le es inmanente, de conservarla en el nivel ya alcanzado y de protegerla contra la enfermedad, la degeneración y la disolución. En realidad, existe un aparato sobreindividual muy complicado que debe funcionar de este modo más "orientador" y que por esta causa tiene que ser protegido en primer lugar contra las enfermedades. Lo en-

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

contramos en las llamadas *ordenaciones normativas de la vida en común*, que llamaremos en lo sucesivo abreviadamente *sistema de normas*. Hasta ahora se ha acostumbrado a diferenciar en las estructuras espirituales que produce una cultura estos tres aspectos: espíritu común, espíritu objetivo y portador personal de espíritu. Es necesario añadir un cuarto aspecto, que podemos designar también en forma abreviada como "el espíritu normativo".

2. Si toda cultura provoca, hasta por encima de la conciencia y la voluntad de los individuos correspondientes, sistemas colectivamente obligatorios de normas, podemos aceptar que estos significan medidas de autoprotección contra posibles aberraciones. Tales aberraciones producirían perturbaciones, daños y hasta el peligro de la vida para la cultura: amenazarían la necesaria adaptación, el equilibrio, y sobre todo el nivel de valor de la totalidad de los rendimientos. Serían, pues, comparables, a focos de enfermedad de la cultura. La filosofía de la cultura diferencia con criterio abstracto, que no siempre es fácil de aplicar y que aquí no puede fundamentarse, cuatro formas normativas de ordenación de la vida en común, que deben proteger contra ellos: las *costumbres*, la *moral*, el *derecho* y la *ordenación política*.

Las *costumbres* son reglas habituales colectivamente válidas de la conducta externa, que en gran parte han surgido de ritos religiosos sagrados, pero que después se conservan sólo por la presión de la opinión pública y que con frecuencia no se entienden ya en su finalidad originaria. Pero alguna vez han servido a un fin regulador. Hasta la época más moderna han constituído una muralla protectora contra un individualismo demasiado acentuado. El individualismo ilimitado es siempre un peligro de enfermedad para la cultura de un pueblo. Cuando, por ejemplo, una clase social puede hacer gastos desmesurados, se amenaza con ello la "medida" que significa una regla de salud para toda vida.

La *moral* penetra más dentro en la formación espiritual de los miembros del pueblo. Aquí no podemos desarrollar en toda su extensión lo que una moral popular sea y cómo actúa. Sus

exigencias proceden de un sujeto colectivo misterioso, llamado "hombre", y se aplican en forma de normas, en general sólo de altura media, a todos "a los que concierne". Así hay que decirlo. Pues bajo la capa de una moral popular general suele haber capas aun más antiguas de moral de estirpe, moral de estamento, moral de edad, etc. Por otra parte, la moral del pueblo en Occidente está desde hace tiempo construída sobre una moral de humanidad, que en parte tiene sus raíces en el cristianismo y en parte en el humanismo de los Antiguos. Esta estructura de normas, muy complicada, difícilmente captable, nunca por completo codificada, no tiene para su aplicación ningún aparato u organización. Actúa sólo prestando honor o restando honor. La obediencia disfruta de buena fama; la insubordinación, de mala reputación. El sentido cultural de la moral, en cuanto *aquí* la consideramos, es ante todo la autoconservación de la sociedad, y sobre esto, la aseguración de un nivel de valor para la vida en común. El inmoralismo, como suele presentarse en las épocas de intelectualismo y emancipación, amenaza a la existencia de la totalidad del pueblo. Pero como el sistema de regulación de la moral trabaja preferentemente con el sentimiento de honor, su mayor peligro lo constituye la enfermedad e inversión del concepto del honor. Se podría mostrar cómo el nacionalsocialismo nos ha metido de contrabando falsas representaciones del honor: un honor de jerarquía o de sistema uniformado, artificialmente construído, en vez de la medida moral que hasta ahora servía para el hombre "honrado". Ya he explicado esto en otra parte. Para la patología de la cultura constituye una importante misión el estudio de las enfermedades en la dinámica colectiva del impulso hacia el honor. Estados enteros se han hundido por la atmósfera envenenada de una ambición patológica.

En tercer lugar, aparece la ordenación jurídica: ésta es el sistema normativo, surgido de una voluntad sobreindividual, de distribución de atribuciones de poder y obligaciones externas cuya aplicación facilita un aparato regulado de modo rigurosamente formal. Sólo una parte de sus normas es de contenido moral; una parte más considerable es sólo técnica de la vida en

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

común, que podría ser también de otro modo. Pero tiene decisiva importancia que exista y se aplique una ordenación pacífica como el derecho. De otro modo, se descompone la comunidad y surge de nuevo el medio primitivo del bastarse a sí mismo. Donde decae la ordenación jurídica, la cultura enferma gravemente. Pero el sistema de regulación "derecho", juntamente con el aparato exterior, puede llegar a hacerse tan pesado, que no funcione ya con seguridad. Una cultura muy diferenciada vacila siempre entre ambos peligros de enfermedad. La *patología de la ordenación jurídica* me parece ser un tema hasta ahora no tratado.

Por el contrario, ha llegado a nuestra conciencia de un modo aun más claro del deseado lo que significa la *política* degenerada. La ordenación política se eleva sobre la ordenación jurídica, que por lo menos *debiera* ser su base, por el obrar organizador constructivo en el dominio que deja libre la ley obligatoria. El derecho constitucional como el derecho administrativo garantiza un campo de acción para la decisión individual, aun en situaciones agudas. "El obrar político, dice Karl Mannheim, se dirige al Estado y la Sociedad en tanto que estos se hallan en devenir. El obrar político se encamina a lo creador en el momento." En este lugar adquiere una significación candente la frase que he colocado al principio: "A un organismo le es prescrito su fin, que la cultura tiene que buscar." O dicho de otro modo: la norma ideal de un organismo puede determinarse científicamente. La norma ideal de una cultura popular, que está siempre entretejida en la atmósfera de acción de otras culturas populares, sigue siendo la X mayúscula, lo que hemos dejado sin resolver. Tiene que descubrirse al fin el sentido de las acciones políticas decisivas que hacen "historia". Las bases normales de las que surge el obrar político son la moral y el derecho. Cuando en lugar de esto se realiza una política descarada, brutal, antijurídica para la conquista del poder, se pone en peligro el organismo delicado de la cultura, y sus efectos solo pueden ser destructores. Ranke dijo de Maquiavelo: "Maquiavelo buscaba la curación de Italia; sin embargo, el estado de ésta le pareció tan

desesperado que fué lo suficientemente atrevido para prescribirle veneno". No es que el poder sea "en sí malo". Ninguna vida social es posible sin poder; ya el derecho no es posible sin poder. Pero un límite delicado y difícil de trazar separa el poder moralmente fundado, del inmoral; el poder de arbitrio, del ejercicio de poder jurídicamente admisible. Cuando diferenciamos así la política sana de la insana por referencia a la moral y al derecho, tiene que llegar intensamente a nuestra conciencia el hecho de que ambos sistemas de normas están también en la atmósfera que nos rodea. Pues con frecuencia queda abierta la cuestión de donde derivan sus medidas del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. Asimismo queda hasta ahora en la oscuridad la norma ideal de la cultura.

3. Tiene que permitírseme que en mis explicaciones haga uso de postulados derivados de la totalidad de una filosofía que aquí no pueden quedar lo bastante fundamentadas. Habiéndome ocupado durante mucho tiempo con los problemas de la ética, he llegado a la firme convicción de que tiene que fracasar todo intento de derivar la moral exclusivamente de las experiencias sobre lo social-conveniente. Por este camino se llega en todo caso, como H. Spencer y R. v. Ihering, a un utilitarismo social, y por tanto también a una hábil compensación de intereses y a una prudente técnica vital, pero en modo alguno a una obligación incondicionada. Cuando la moral y el sentido jurídico no radican en lo *metafísico,* se descomponen en el suelo pantanoso del mero opinar y creer. Tiene que aceptarse que ya en el alma del hombre más primitivo, cuando distinguía una conducta con el acento de lo moral, resonaba en él la conciencia de una ligazón transcendente: el sentimiento de lo santo y lo "puro" que le llenaba de temor piadoso. Pero en lo íntimo puede haber vivido en profunda oscuridad sobre lo que es propiamente la moral. Lo decisivo era que sospechaba un enlace con poderes superiores a los cotidianos. Ligazón, empero, significa el latín "religio".

El punto supremo al que hay que anudar toda creación cultural moral se halla, pues, en el dominio de lo metafísico o transcendente. Lo que allí viene al mundo se lo representa la filoso-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fía de la cultura en dos formas: como sistema objetivo de inspiración y como foco personal de singular encuentro con la eternidad; dicho más brevemente: como religión objetiva y como conciencia individual.

a) En épocas en que se ha desarrollado aun poco la individualidad autónoma, el hombre se encuentra enteramente entretejido en convicciones e instituciones colectivo-religiosas. El sistema religioso dominante abarca a todos los individuos. Con frecuencia está administrado por un sacerdocio, a saber, cuando la división progresiva del trabajo interviene también en este dominio. Yo hablo del modo más general posible de "cuerpos de inspiración". En nuestra cultura occidental son las iglesias y grupos cristianos los que cuidan de la salud espiritual y a los que está confiado el llamamiento a la salud. Ellos llegan a ser conforme a esta referencia a la eternidad poderes intensamente atados a la tradición. En todo caso: el suelo materno de toda cultura es la religión, y toda cultura a la que se ha arrancado de estas raíces profundas tendrá que ser considerada sin ulterior examen como gravemente enferma. Le faltan los últimos aparatos reguladores o han llegado a ser insuficientes. Pero con ello se destruye también la secreta fuerza constructiva de la norma cultural buscada siempre por nosotros. "Norma ideal de cultura" es para nosotros solo la expresión abreviada de las fuerzas constructivas culturales, que surgen de los sagrados fundamentos originarios de la vida, y que dirigen todo crecimiento y toda creación planeada en la sana dirección del valor.

b) Con la creciente autonomización de las individualidades portadoras de cultura, el centro de la ligazón transcendente se introduce cada vez más en la callada intimidad de los hombres. Su conciencia personal llega a ser el lugar de la discusión responsable con las exigencias que parten de la contemplación de los valores eternos. Pero esto es sólo una expresión filosófica de la vivencia que en el lenguaje religioso se llama el encuentro con Dios. Cuando los individuos se emancipan sin conservar este enlace con lo santo, la cultura más brillante degenera en aquel individualismo que solo puede actuar en forma disolvente, y ni

siquiera las reformas sociales más refinadas pueden producir ya curación alguna. Si en la conciencia personal no se ve más que el sedimento de experiencias de la especie sobre la vida en común conveniente y útil, la conciencia pierde su sentido metafísico. La conciencia unida a Dios constituye en el grado superior de la diferenciación el lugar de la afluencia más importante de toda norma ideal de cultura. Es el último regulador en el complejo de las regulaciones de la cultura, porque únicamente está en contacto con la última fuente de sentido. Cómo esto se concreta en el sí y el no en las tareas culturales terrenas, sería cosa de una investigación difícil y profunda en cada caso aislado. Pues Hegel tiene razón cuando encuentra en la mera conciencia subjetiva aun muchos factores de inseguridad. También esta conciencia tiene que ser purificada y por decirlo así sobrepasada por la "conciencia de la conciencia": una cultura que no está regulada ya por la conciencia, que no se halla ya diariamente bajo el peso de la responsabilidad eterna ante Dios, está enferma porque carece de la última y verdadera orientación reguladora. Su insuficiencia parte ya de la fuente espiritual de la vida.

Parece, pues, como si retrocediéramos, en la cúspide de nuestra investigación, a la culpa del hombre individual, como si toda supuesta enfermedad de la cultura objetiva se resolviera en culpa de la cultura personal, como si el *destino* del enfermarse tuviera siempre como supuesto una inversión de la *voluntad*. Surge el recuerdo de aquella "enfermedad para la muerte", de Kierkegaard, que es propiamente el pecado original y que solo puede curarse por la gracia. Sin embargo, aquí son necesarias unas pocas palabras que deben separar más radicalmente la parte de la culpa y la del destino.

III

Constituye un viejo problema, no solo en la filosofía, sino también en la política práctica, saber hasta qué punto el hombre está en situación de dirigir conforme a plan la marcha de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la historia y con ello el desarrollo de la cultura. En ningún tiempo puede haber quedado oculto que esta dirigibilidad tiene límites estrechos. Hegel hacía un principio fundamental de su filosofía del hecho de que un pueblo y aun los más grandes hombres de un pueblo, sólo son instrumentos del espíritu universal omnicomprensivo, del espíritu que se desarrolla según una ley racional sobrepersonal. La lista de la razón abarca pueblos e individuos para algo que *ellos* no quieren y que en todo caso comprende el filósofo especulativo (*Unda fert, nec regitur*). Como este espíritu omnicomprensivo de la historia universal es para Hegel igual a Dios, se puede aun soportar la desposesión de la persona aquí indudablemente realizada. Pero en Marx, el poder soportador de la historia se convierte ya en la marcha ciega dialéctico-causal de las formas económicas de producción. A la voluntad moral sólo le queda el papel de un reflejo ideológico casi sin efecto.

Cualquiera que sea la visión del mundo a que uno se incline, nadie puede negar que una cultura diferenciada, formada ya, abarca con poderío inquietante, convirtiéndose en su destino, a los hombres que han nacido en ella y que éstos tienen que contribuir a hacerla avanzar un paso más allá. Ahora bien, si este dominio ya no dirigible de la cultura está enfermo en su estructura, podrá mejorarlo poco la voluntad individual de sanación, por enérgica que sea. En tal situación, ocurre a veces que cualquier dictador trata de dominar las fuerzas que se dirigen en sentidos opuestos. Si se trata de un verdadero médico del gran cuerpo, esta cura radical puede ser en cierto modo saludable. Pero como él es casi siempre ya en todo su ser un producto de circunstancias putrefactas, sólo surge por lo general un lamentable despotismo que aumenta el mal. Pues las almas de esclavo no pueden realizar nada creador.

Así se produce un círculo vicioso: lo que ha enfermado por culpas añejas en la estructura de la cultura objetiva reactúa nocivamente con la masa de sus venenos sobre la generación posterior. Al cuerpo social sólo le puede mantener unido el poder bruto. Pero éste mata en los hombres los últimos gérmenes de curación;

sobre todo, quita su función a la conciencia personal. La aparente regulación es sólo un excitante de energías fanáticas. Un tipo de hombre brutal, de valor ínfimo, que está allí siempre, pero que en otro caso permanece en el fondo, toma en sus manos la palanca de la política. Al cabo, la totalidad se hunde bajo la fiebre y los calambres. Jakob Burckhardt describió tales crisis históricas. Pero nosotros hemos vivido hasta sus límites extremos estos horrores. Un organismo individual totalmente enfermo puede también concentrarse durante algún tiempo con intensos excitantes para realizar actos violentos; pero después caerá en un colapso tanto peor. Las víctimas inocentes, en parte, de una cultura que ha llegado a ser patológica, solo crean, a su vez, una cultura objetivamente enferma. El mal aumenta aquí y allá; por fin, pone en cuestión la capacidad vital de la cultura. Este es el aspecto del *destino* y también *el* aspecto del acontecer total, que hemos querido denominar enfermedad pura, puesto que debía pertenecer a la naturaleza de la enfermedad el no ser querida.

Pero si volvemos a los orígenes, encontramos allí la enfermedad y la falta, el destino y la culpa íntimamente entretejidos, sea que el daño de la cultura ha sido causado exclusivamente por la intervención de fuerzas destructoras nocivas, sea en la forma de desbordamientos de hordas primitivas. En el hombre individual no ocurre de otro modo. En parte, tiene la responsabilidad de no caer enfermo; tiene el deber de vivir saludablemente. Pero esto no le protege del destino de la enfermedad. Ella puede prevenir de su masa hereditaria y relacionarse con una culpa de sus antepasados; pero puede también afectarle desde fuera como trauma o infección. La vida está tejida con muchos hilos.

En tanto que se pueden dirigir las circunstancias objetivas y hasta donde pueden serlo, por lo menos los hombres directivos, educados en medida suficiente, son moralmente responsables de la cultura que han recibido y en la que colaboran. Han de cuidar ante todo de que los sistemas de regulación, que pueden oscilar hacia ambos lados, por tanto, las costumbres, la moral,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la ordenación jurídica y la política funcionen saludablemente. En ellos están las materias protectoras contra los daños del organismo de la cultura. Constituye un punto litigioso del presente inmediato hasta donde estaban todavía en condiciones los bien intencionados en Alemania después de 1934 de influir sobre el desarrollo ulterior y detener la fatalidad. Quien sólo lo haya visto de lejos piensa en ésto de otro modo que aquellos a quienes encerraba inmediatamente el sistema de la esclavitud de las almas con tanto refinamiento edificado. ¡Pero elijamos otro ejemplo que despierte menos apasionamientos!

No cabe sustraerse a la impresión de que la cultura europea no ha vuelto propiamente a estar sana desde la marcha triunfal de la industria que comenzó a más tardar al comienzo del siglo XIX aun en el Continente. La gran industria trajo consigo al gran capitalismo, y éste tuvo como consecuencia la miseria social. La industria produjo la desmedida extensión de la economía mundial, y por mucho que se nos asegure que los intereses económicos unen a los pueblos, lo único que han hecho es desencadenar guerras. La industria exigía extraordinarios progresos de la técnica, y esta técnica produjo al mismo tiempo los medios más perfectos de destrucción bélica. En contra de los tranquilos ideales de Herbert Spencer, la gran industria ha destruido del modo más grave el equilibrio de la cultura. ¿Tenemos que deducir de ahí que este camino, antes saludado con esperanza, para procurar ámbito de nutrición a una población excedente no debiera haberse emprendido nunca? Esto sería una ingenuidad filosófica. Pero tiene que recordarse al hombre vidente que reconoció pronto tanto las bendiciones como los peligros de la industria y que durante una vida de sacrificio no se cansó de predicar que con la nueva industria tenía que desarrollarse también un nuevo espíritu de moral popular más vigoroso y que con esto se aumentaba hasta el máximo la responsabilidad por la educación del pueblo: *Juan Enrique Pestalozzi.* No se le entendió entonces, y quizá no se le entiende siempre hoy. Si generalizamos sus ideas, dice: con los nuevos contenidos de la cultura tienen también que perfeccionarse de un modo responsable y consciente sus sistemas de regulación: la moralidad, el derecho, la dirección del Estado. En todo exige el destino "del espíritu la valiente resistencia". La moral no crece sin más; los valores tienen que defenderse con consciente energía. No hemos logrado aun recobrar lo que se perdió en el vertiginoso desarrollo de la industria hace 150 o 200 años. Es decir: tenemos siempre que habérnosla con los ensayos de curación: la moral y el derecho de la época industrial continuarán siempre estando en grave retraso.

La moral, el derecho y la dirección del Estado no pueden estar sanos si no se hallan animados por la fuerza configuradora que hemos denominado la norma ideal de cultura. El nombre era tan indeterminado que en su lugar pudimos colocar simplemente una X. La cultura occidental misma ha llegado a ser, sin embargo, tan complicada hoy que las ecuaciones en que esta X interviene tienen más de *una* solución. Sin acudir a imágenes: Observamos hace mucho tiempo que la idea de lo sano y lo normal se ha hendido en una multiplicidad de ideales culturales, que están sostenidos por diferentes grupos de un pueblo y hasta por Estados enteros, y éstos luchan espiritualmente entre sí. No hay *una* moral, sino que todo vidente percibe en nuestros días la lucha de morales diferentes. Asimismo luchan entre sí ideales jurídicos divergentes e ideas diferentes de estructuración política. Los médicos no están de acuerdo sobre los métodos curativos que deben aplicarse. Tampoco podemos evitar estas luchas de los espíritus. Pero sobre una cosa hemos de ser claros: todos estos proyectos de regulación tienen una raíz ética; y de esto se sigue una exigencia esencial, muy general.

Subsiste el postulado de que el espíritu moral se apoya en enlaces transcendentes. Estos solo se experimentan en toda su seriedad en la individualidad aislada, que se halla ante Dios. El principio originario cristiano: "Dios y el alma" ha llegado a penetrar tan profundamente en nuestra cultura, que aun los grandes cuerpos de inspiración que llamamos iglesias no bastan ya por sí solos como poderes reguladores de la cultura. La persona

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

individual tiene que ser *libre*, no para vivir para sí, sino para que pueda actuar en el mundo la conciencia unida a Dios. De la exigencia de la libertad de conciencia, de la libertad de creer y pensar, ha surgido en general la *déclaration des droits de l'homme* de 1789. Ninguna Constitución que pase por alto este derecho originario puede ser sana. Pues este derecho es de origen divino, no humano. El mayor peligro para un Estado portador de cultura es la masificación de los hombres. Lo mismo como masa homogénea que como masa que sirve de instrumento a ciegos poderes del destino, la masa carece siempre de conciencia. Si se asegura por la constitución política la libertad de la persona, aun quedan dos cosas por hacer.

La primera es de naturaleza político-técnica y por ello no más importante que toda técnica en la vida. Si entendemos por constitución libre una democracia, necesita ésta los métodos buscados siempre desde Rousseau para sacar a luz la verdadera *volonté générale*. Pero esto significa: la lucha de los programas culturales que rivalizan entre sí y que aparecen en la forma de partidos y eventualmente también de Estados, tiene que realizarse en formas pacíficas. Para esto hay diferentes caminos posibles. Sobre ello han de reflexionar los políticos.

La segunda es de naturaleza ética y por esto de urgente importancia. La más bella democracia no sirve de nada si los hombres no viven según su conciencia, o quizá no tienen conciencia alguna. Aun con una técnica muy refinada de la formación del poder no se puede remediar la enfermedad que ataca a la vida política. Hay que educar para la vida de conciencia, para una política fundada moralmente. Cómo se hace esto, deben pensarlo los educadores. No se puede educar la democracia. Esta supone más bien hombres libres y que obedecen a su conciencia. No está lejos el peligro de que vuelva a desaparecer la libertad moral del juego de los partidos. También los partidos tienen que actuar, por su responsabilidad más seria, para la totalidad. La responsabilidad es algo diferente y superior al instinto de poder, que se encubre con ideologías políticas.

Llegamos al final: la cuestión de si podemos hablar de una patología de la cultura nos ha transportado por la forzosidad de las cosas al dominio ético. Dicho de otro modo: así como el médico auténtico considera en seguida una enfermedad desde el punto de vista de sus posibilidades de curación, así como lo une todo a las fuerzas curativas de la naturaleza, puesto que en toda enfermedad no desesperada actúan contrafuerzas, así nos ha ocurrido también a nosotros. Llamábamos enferma en su verdadero sentido a una cultura solo cuando ya no es suficiente para aplicar fuerzas reguladoras y cuando su deformación, a consecuencia de su predominio masivo, se sustrae a toda regulación por el hombre. Pero cuando se puede regular aun en el complejo cultural, se realiza ello por la reunión de energías morales: por la preservación, responsable, de la sana moral del pueblo, de la sana ordenación jurídica y de la pacífica configuración política.

El diagnóstico sobre si la enfermedad de la cultura occidental significa ya una enfermedad mortal, de la que no se podrá salvar posiblemente al paciente, es difícil y yo no puedo hacerlo. Pero suponiendo que no tenga ya cura, queda en esta tragedia siempre el camino de lo sagrado. A la divinidad que dirige la historia según una voluntad invisible para nosotros, no podemos forzarle la mano. Pero podemos confiar en que nuestra voluntad débil dirigida por lo sagrado y así purificada no dejará tampoco de tener efectos felices en el mundo exterior. Pues, si Dios está por nosotros, ¿quién estará en contra nuestra?

Tubinga, verano de 1948.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CIVILIDAD CONTRA NATURALEZA

LAS POETICAS DEL SIGLO ACTUAL

Por FRANCESCO FLORA*

En el fondo de las poéticas de hoy, de aquellas que más atraen a los poetas y literatos modernos (y no ya en el fondo de la poesía, sino del gusto previo con el cual la poesía se encuentra) hay un presupuesto religioso y moral, a veces inmoralista, que inviste la categoría misma de la eterna poesía y puede llegar hasta renegar de su esencia en el propósito de asignarle tareas impropias y por eso infecundas, sean aquellas que se declaran mágicas y demiúrgicas o aquellas por las cuales el hombre se arroga el haber llegado a ser un dios al encontrar la presunta libertad de la bestia primordial.

Los hombres han afirmado siempre sentir el peso doliente del mundo más que su trágico Ritmo, que es precisamente dolor y catarsis, gozo y martirio; han superado por eso el dolor de las cosas en la creación poética, en la religión de una vida futura de justicia (volviéndola mítica y firme y emprendiendo como realidad lógica una visión imaginativa y poética), en la acción como fin por sí misma, capaz de engendrar un ciego olvido de la razón y del sentimiento.

Pero la acción por la acción, aunque exaltada inocentemente también por poetas como Leopardi, Nietzsche —y eran temas poéticos todavía térreos y por eso metáforas; pero pasados por cerebros incultos o criminales, o solamente ingenuos, dañaron a Europa más que una invasión de los bárbaros—, la acción por

* El ilustre escritor, crítico literario y profesor de Literatura italiana en la Universidad de Milán, ha destinado a REALIDAD este ensayo donde examina el tema de la crisis de cultura en el campo de la creación literaria.

Francesco Flora nació en 1891. Entre sus numerosas y variadas obras se destacan *Dal Romanticismo al Futurismo*, 1921, *La poesía ermetica*, 1936, y la gran *Storia della letteratura italiana*, 1940-42.

la acción es el mito de la pura bestialidad humana, amarguísima vileza de quien quiere eludir el conocimiento de la vida y, vegetando intensivamente, eludir la responsabilidad de ser hombre. Sobre este mito aquí no se discurre sino por aquello que él tiene en común con las otras negaciones de la conciencia, de la historia y de la civilidad.

El hombre tal como fué visto y asistido por la religión es el pecador redimido, salvado por la gracia, es la humana bestia rescatada por la fe; y su frágil razón no puede pretender interrogar al misterio, sino que debe contentarse con la revelación, que le abre la inmortalidad de la persona en el alma y en la carne resucitada, la comunión de los santos, la vida eterna, la promesa de ver otra vez a los muertos queridos, la madre, el padre, continuando la vida profunda de los afectos por los cuales más sufrimos en la vida terrestre, hasta poder conocer a todos los hombres y perdonar sus culpas, conocer todas las cosas y sus destinos en una luz de justicia y de caridad. El arte aquí es solamente imagen y símbolo de la realidad absoluta; por eso con los cielos y todas las criaturas canta sobre la tierra la gloria de Dios. Y en realidad se ahoga como arte; sus palabras y figuras repiten una visión primera de artistas que diseñaron los cielos futuros; pero no la repiten ya como metáfora, sino como una verdad absoluta y perpetua.

Perdida esta nueva inocencia de la fe al escuchar la voz divina que posee la esencia de la razón (y también poetas católicos del mundo moderno, digamos Manzoni, han vuelto a abrazar y a reconquistar aquella fe después de una áspera negación, por lo cual el ángel caído y fulminado, como en la herejía de Orígenes, se arrepiente y recobra a Dios) la poesía de todo arte que también había visto o entrevisto en el amor profano una escalera para llegar al cielo, sigue cada vez más su proceso laico al igual que toda cultura, y por eso las poéticas necesitan fundar en otro mito que no sea el del celeste reino futuro, los fines y la sustancia de la poesía. (También se puede observar materialmente cómo en las artes, especialmente en las figurativas y en la música, desde la Edad Media hasta el siglo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

XVIII, prevalece lo sacro; mientras que después prevalecerá lo profano de tal forma que el siglo XIX y el XX casi no conocen, no ya un grande, sino un mediano arte sacro.)

Pero este proceso prometeico de laicicidad no se realiza sin turbación, o mejor, sin riesgo de desesperación, dado que tocando el fondo trágico de las cosas no siempre logra dominarlo situándose en el ritmo, de modo que de la tragedia —como se ha dicho antes— ve el dolor pero no la catarsis que lo desintegra, y a veces el pesimismo y el irracionalismo que son inherentes al mito religioso influyen en aquel plano laico, y no siempre sabe encontrar la armonía que es la voz divina dentro de cada ser y en el universo.

A los modernos el arte se les ofrece como autónomo en el reino de la Madres: consuelo contra el mal, solución de aquella tragedia del vivir desesperado, sentido de inmortalidad.

En forma más o menos manifiesta existe este principio en Foscolo, en Leopardi o en Baudelaire. Un nuevo mito donde parecería que la fe transformada en laica se afirma como trascendencia del sentimiento, pone al arte entre las categorías primigenias sobre las que actúa el ritmo espiritual.

Inventar un motivo, elaborarlo con devoción hasta liberarlo de los azares y escorias del tiempo, y, bajo el estímulo de signos, colores y voces lograr que adquiera una trasparente y objetiva duración y llegue a ser universalmente humano, esto presupone un estado de necesidad cósmica en el cual trasciende lo finito en una forma infinita; presupone un estado religioso en el significado etimológico y fundamental de la palabra.

Y no se quiere decir que eso no sea el bien perenne de la poesía, aun cuando parezca diversa la poética, dado que la naturaleza del arte es eterna; se dice que la conciencia de esta autonomía es filosóficamente moderna, y se la puede remontar al Renacimiento precursor, origen del pensamiento moderno; pero no se instituyó sólidamente hasta el siglo XVIII. Y aquí viene al pensamiento aquel Vittorio Alfieri que dijera vana la creación artística, ya que por ella el hombre no hace más que imitar. Motivo entre los más trágicos que los prometéicos han afirmado en

su rebelión contra la tiranía de lo real, sea trascendente o inmanente. Y donde tantos europeos contemporáneos o posteriores a Alfieri, sin una filosofía histórica de espiritualismo puro que habría dado equilibrio a su litigio y restituído el justo nombre a las cosas, creyeron haber traspuesto el límite terrestre, transformándose en superhombres o mejor en dioses (no hálito de Dios en la arcilla de Adán), Alfieri lúcidamente se sintió vencido, no se mixtificó a sí mismo. Y quienes lo comparan a un Nietzsche o a un Dostoiewski (aquel de Kiriloff, que para afirmar la inexistencia de Dios y su propia autonomía, se mata) sienten más humano y sincero el consciente destino de Alfieri, ya sea cuando dice: "Y estudia, y escucha, y piensa, e inventa, y escribe. Pero no esperes que otro gane para ti al hombre consumido", o cuando dice: "¿Qué provecho en el crear, si creando imitas?"

Sea como fuere, se quería aquí observar que para los modernos, a menudo, lo afirmen o lo callen, la razón de la poesía nace del supuesto del mal de vivir; aunque ellos niegan este supuesto en lo vivo de la poesía, mejor, mediante la poesía, y reafirman así el otro aspecto del vivir y el ritmo positivo de la vida.

Así Fóscolo afirmó que el arte extraviaba "en mundos imaginarios la mente", "cuanto más dura de tolerar es la triste realidad de las cosas": sostuvo la ilusión creada por la fantasía "con la armonía y con el encantamiento de la palabra". De tal forma, mediante la poesía y el concepto de la poesía reafirmaba él lo divino de la vida contra la mera desesperación del vivir. Tampoco es distinta, para quien busque la sustancia, la poética leopardiana, nacida del concepto del mal y de la vanidad universal, dado que en la palabra que es custodia de las ilusiones reafirma el verdadero concepto de la vida que es drama y por eso ritmo de contrastes.

Retomando, pues, el hilo de lo dicho sobre las poéticas más cercanas a nosotros, el carácter dominante del siglo actual, por la inesperada omnipresencia de las influencias mentales y morales que partían de todos los continentes y modificaban las tradi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciones nacionales y locales, fué un anhelo, a veces límpido, otras turbio, de libertad; y traduce la aspiración moral o inmoralista en sus cánones de arte y en el arte concreto; a menudo en una indebida confusión de arte y de voluntad polémica, declarando arte aquello que era solamente una rebelión de los instintos, de los sentidos o de la razón.

De él nace, además, un exasperado gusto por la novedad; conciencia o ilusión de la novedad frente al presente o al pasado, que se juzga con las nuevas medidas, espontáneas a veces, otras arbitrarias, sugeridas por el nuevo sentido de las proporciones creado por la compenetración de las culturas en la progresiva reducción del espacio al instante.

Libertad, si fuese posible, aún frente a las percepciones; y alguien quiso hacer de las alucinaciones simples o analógicas la razón de ser de todo arte, que por fin salía de lo real fotográfico o fonográfico. Inventar también en los sentimientos, hasta llegar al absurdo de una voluntaria locura, como la que se atribuyó a Nietzsche.

Como el orden moral y político del mundo señala la simultaneidad de los estímulos, el orden artístico está en él en continua oscilación, y la prepotencia del mal gusto gritado desde todos los puntos cardinales impone a quien no se someta a él —y los más se someten— una vigilancia y una soledad meditativa en las cuales es muy difícil resistir. El gusto demorado de los Padres por la tradición de las escuelas ha puesto en la necesidad de obrar activamente, para absorber o refutar los nuevos cánones, a mil formas de arte o de pseudo-arte que llegan en un momento desde todas las regiones, a mil desviaciones propuestas por los oportunismos comerciales, y, con más nobleza pero también indebidamente, por las ideologías sociales y religiosas. De allí nacen también provisionales monaquismos de literatos, que para resistir han necesitado aislarse y, tal vez, ser injustos con otros escritores.

En esta voluntaria Babel, tener fe en lo sustancial, sin obedecer a lo fácil-paradójico, es difícil y sin embargo urgente.

Con el Romanticismo y todos los movimientos posteriores del pensamiento y del arte que le son afines, hasta el superrealismo de lo inconsciente, la síntesis del Renacimiento fué rota por una acentuación del individualismo atómico y superhumano (subhumano, como hemos visto, es lo mismo). Se puede aún decir que la síntesis de la libertad fué desintegrada, y el análisis gravitaba sobre el motivo individualista contra el universal, sea que afirmase el abstracto arbitrio del yo, sea que sumergiese el yo (como número) en una abstracta idea de masa social. Reducido el hombre a aquello que tiene en común con los animales y las plantas, y por eso desconocida la esencia que lo hace hombre por la mente y por la voluntad, negada su responsabilidad moral, que es la responsabilidad de lo humano, el último romanticismo parecía valerse de la palabra humana solamente para negar el hombre, y agitaba su acento contradictorio sobre lo satánico contra lo divino, sobre lo prometéico o titánico contra lo olímpico, sobre el Anticristo, sobre lo irracional contra la razón, sobre el momento irresponsable contra la historia, sobre la acción por la acción contra la palabra "que fué en principio", sobre el estado de naturaleza contra la civilidad, nacida cuando los primeros hombres se descubrieron hombres, y, como dice Vico, levantaron los ojos y advirtieron el cielo; de este modo tuvieron el sentimiento de la atadura universal que es la religión.

La virtud laboriosa del Renacimiento consistió en transformar al mundo en bien positivo, aceptando lo que Leonardo llamó el beneficio de la vida, y la belleza y utilidad del mundo; se establecía así una armonía entre la palabra y la acción, la mente y la obra, como ambas "fueron en principio". El romanticismo extremo sufre por la rotura de aquella síntesis, y vaga o sádicamente considera el mundo como mal, y del mal reivindica con cólera lo que es positivo, poniendo como contribución del hombre una impiedad que se declara único bien: la felicidad negra y macabra.

Pero como el hombre, en verdad, no puede renegar de su al-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ma, y aún cuando niega la razón y la voluntad afirma razón y voluntad, la angustia del romanticismo extremo, el profundo sufrimiento y tristeza de la edad moderna que busca refugio en la desesperación, descubre a nuestra solidaridad de criaturas mortales aquel rostro de Adán que los falsos e iracundos sofismas no pueden borrar. En aquel tembloroso espacio donde palpita la melancolía de un mundo que ha perdido a Dios y el Paraíso terrestre surge a veces el arte moderno, como la retama leopardiana que consuela al desierto. Es fácil no darse cuenta de ello; y quien tiene del arte un sentimiento y una idea positiva, en vano podrá desear una vitalidad más generosa y menos indirecta; pero es necesario entender la naturaleza de aquel arte, o habremos pasado ciegos y sordos por la época que nos ha tocado en suerte vivir.

Y mientras, se advierte que nuestra era atómica, entre muchos errores y delitos —delito supremo es siempre la guerra, a la cual los hombres transfieren ferozmente la tragedia que los obliga a nutrirse de inocentes animales y de hierbas— tiende a un nuevo equilibrio y a una nueva inocencia, contra leyes, usanzas, gustos y supersticiones que la prepotencia de costumbres seculares quiere imponer a pesar de nuestra verdadera sinceridad; contra ordenamientos sociales privilegiados que prohiben una real libertad a cada yo y una relación armoniosa entre el yo y la comunidad de un pueblo o de todos los pueblos. Tiende a trastornar todas las prohibiciones que la envidiosa y avara crueldad de los caínes ha puesto en nuestra jornada para impedirnos el gozo verdadero y el gozo iluso de vivir. Se trata de decir *sí* a la vida, y decir *no* a las prohibiciones malignas e irrazonables de quien no puede soportar la "felicidad" y el "placer" de sus semejantes.

Se diría que entre tantas palabras de angustia, los hombres se afanan hoy por conquistar su derecho a la alegría. Demasiado duraron las "inhibiciones", como fueron llamadas con este vocablo de moda las prohibiciones que la conciencia, bajo el estímulo de un arbitrio extraño, se impuso a sí misma; demasiado duraron los tiempos de las prohibiciones con las cuales el odio más o menos evidente quiso impedir que se viviera sinceramente la propia jornada. Una vida interior sin prohibiciones es imposible, puesto que ellas representan la resistencia misma que es necesaria a la expansión de la vitalidad, como a la paloma kantiana la resistencia del aire; y es éste el verdadero y dramático sentido de la libertad; pero el hombre, a medida que se hace más libre, necesita perfeccionar la materia sórdida y arbitraria del dolor que precisamente le niega la libertad; necesita elevar cada vez más los términos de su lucha vital.

Éste es el sufrimiento humano que descubrimos bajo las desviaciones y mixtificaciones de nuestros contemporáneos, en el acto mismo de rechazar gran parte de sus soluciones. Es una dolorosa desviación y mixtificación aquella que induce, en casi toda la literatura, especialmente en las novelas, a insistir sobre argumentos equívocos, que como tales han quedado en el ánimo mismo del escritor: donde prevalecen asesinos, invertidos, ladrones, ebrios, locos, niños con barbas mosáicas y arrugas, y todos poseídos de un sensualismo árido y helado. Gustaron los libros de grandes escritores como Dostoiewski, Proust, hasta Gide o Lawrence, no tanto por las virtudes expresivas, sino por los problemas de libertad o licencia que ellos planteaban. Y gustó después todo libro que enlodaba al hombre, también cuando en él se desenmascaraba la hipocresía; todo libro que negaba historia, civilidad, razón, amor. Pero se ha dicho el motivo humano que existía en esta rebelión y en este gusto por lo equívoco; y aclararlo es una obligación para nosotros, dado que significa separar lo puro de lo impuro, y realizar dentro de nosotros el filtro, en nombre de un pensamiento humanístico que debe esforzarse por entender todo y de esta forma acudir también al defecto: acogiendo liberalmente todas las exigencias de libertad de la vida moderna con la claridad de la mente y de la voluntad en una sinceridad suprema, refiriendo siempre todo a esta única medida que es la conciencia humana, capaz de distinguir cuanto es anhelo puro de libertad de cuanto es solamente arbitrio animal.

Esta premisa de una búsqueda moral es indispensable para entender las experiencias artísticas del mundo moderno, porque afecta a las fuentes mismas de las poéticas y del arte realizado.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Y en efecto, las poéticas más cercanas a nosotros en el tiempo, proponiendo otra vez la culpa y el mal de vivir bajo la forma de lo eterno o bajo la forma de un pecado social en el cual consistiría la civilidad, fuerzan la palabra a tareas que, por querer resolver el problema del Ser, arriesgan perder, a cambio de una mera sombra, lo propio de la poesía, aquella esencia por la cual es poesía y no otra cosa, por la cual le corresponde un nombre y una historia.

Señalaré solamente aquellos que, cual Valéry, sintiendo el universo como una culpa ("l'univers n'est qu'un défaut dans la pureté du Non-Être"; "Il n'y a rien de si beau que ce qui n'existe pas", etc.), llevando a la exasperación un motivo de Mallarmé que consideraba al mundo como defecto y decadencia, negando la historia, considerando al arte como un simple "faux", no tratan siquiera de justificarlo filosóficamente, se contentan con responder que ellos lo practican "par faiblesse". Es verdad que también ellos cuando llegan a la poesía afirman las certezas negadas y colocan la positiva belleza en la concreta realidad.

A la idea del mal de vivir, con la fe de poder transformarlo milagrosamente en bien captando su misterio, las poéticas superrealistas creen aportar un remedio absoluto. Sobre formas de filosofías negadoras de la razón, de la civilidad, de la historia, pretenden negar el concepto del arte como expresión, belleza, etc., así que una categoría se pueda confundir con otra sin destruirla; y después de haberla disuelto presumen valerse de ella como un medio mágico y mesiánico a la expectativa de una revelación que libere al hombre de toda esclavitud, mostrándole aquel punto en el cual el ser y el no-ser, la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, lo pasado y lo futuro, lo comunicable y lo incomunicable cesan de ser percibidos como contradictorios y eso lo impulsa a buscar dialécticamente, mientras habían materializado los elementos de la síntesis dialéctica.

De cualquier modo habré de volver sobre esta premisa: aquí se quería entre tanto observar que el medio superrealista fué el presunto conocimiento del inconsciente freudiano mediante testimonios automáticos, transcripciones de sueños, poemas compuestos de un modo inconsciente. Y siempre fundamentalmente, ellos no hacen sino disimular el inconsciente, esperando que un buen día, de aquella búsqueda de sugestiones, magia, mediumismo aparezca la verdad que libere al hombre. Donde Baudelaire quería descender "au fond de l'inconnu" para encontrar "du nouveau" (que es el "nouveau" de Rimbaud y la novedad de los futuristas) ellos lo interrogaron para encontrar aquel "maravilloso" (la promesa de todas las poéticas nuevas desde el siglo XVIII en adelante) de donde debe brotar la suprema liberación del hombre. Búsqueda que sería verdaderamente de una aterradora sublimidad si no fuese nutrida por el arbitrio y no se uniese a una metafísica mediocre y a una filosofía infantil.

Así, entre tantos movimientos de extremo romanticismo, que van desde el simbolismo al superrealismo negando la realidad por el inconsciente y por lo desconocido, se ha hecho laico el gran motivo de los místicos que siempre desconfiaron de las apariencias y pidieron ver lo invisible. Y ya el mundo pagano conoció la naturaleza poblada de invisibles divinidades de los cielos, de las montañas, de los árboles, de los ríos, de los mares; y el mundo cristiano que posee junto al hombre el ángel y el diablo, creó el reino de los espíritus en el tríptico de los condenados, de las almas del purgatorio y del paraíso.

Pero en esta búsqueda de la nueva revelación el arte trastorna al mundo, al igual que las filosofías escépticas, pesimistas, desesperadas, y que las doctrinas sociales que quieren hacer desaparecer como inicuo el presente estado de las clases. El arte quiere ante todo aguzar todos los litigios, acentuar todas las dudas y los malestares, crear desórdenes y blasfemias, es antidivino y antihumano. Desde el arriesgado tiempo de los asesinos al arte de ayer y de hoy que ha insistido sobre la *bête humaine*, sobre los criminales, los envilecidos, los ebrios, los deficientes, los locos, pareció que fuese tarea urgente liberar la bestia humana encadenada por la civilidad.

En esta premisa soplaban como en un fuego el inmoralismo de Nietzsche, e incluso el de Gide y de tantos otros, con todas las filosofías del inconsciente sexual o rugiente de violencia; un in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

consciente que había perdido todo lo espiritual que contuvo a los místicos y conservaba todavía sujeto a Hartmann, para transformar todo en instintivo; como la tan estudiada Memoria de los modernos (todavía cuando tocó la obra maestra proustiana, pero no cuando se sumió en las indagaciones de Heidegger) no fué aquélla divina de las Musas, es decir del alma humana, sino de la simple sensación.

(Y jamás la palabra memoria, fundamental en la búsqueda del inconsciente, dado que éste es solamente el olvido, tuvo tanto curso en el mundo como lo tiene hoy; como que los hombres solamente hoy se acuerdan de recordar; como si la vida no fuera siempre el conocimiento del recuerdo para poder los seres vivos reconocerse en las personas, en las palabras y en las cosas; y en suma trabajar, imaginar, vivir. El nuevo crédito de la memoria hace sospechar un origen impuro, y eso es el disgregado sentido de la civilidad en quien no sabiendo reencontrarse en la historia, memoria suprema de la humanidad, se reencuentra en la serie discontinua, temporal y estrecha de las sensaciones; así la memoria en vez de ser la conciencia de nuestra continuidad en el todo es una intermitente y arbitraria facultad animalesca.)

Esta rebelión de los instintos se unía a la lucha contra la razón y la historia o mejor era uno de los aspectos de una sola negación de lo humano. Y también esta lucha contra la razón era una forma laica de una negación que fué religiosa un tiempo en nombre de los dogmas revelados que la frágil mente del hombre acoge y no puede comprender; ahora, a la razón que se contentaba con declararse vencida e inclinándose ante la divinidad, los modernos, sin renunciar a querer explicarse el misterio de las cosas, quieren sustituirla por otra fuerza, algo como el amor de los místicos que pone en inmediato contacto con Dios; el poder de oscuras magias trata de la ciencia del inconsciente y de una búsqueda, o casi diré de una pesca de lo ignorado.

Entre las tantas formas de irracionalismo, aparte de aquellas proclamadas abiertamente por poetas y filósofos de nuestra época, no podrá ser olvidado el pirandellismo, con su sofística de las múltiples personalidades. Y aquí no se trata de la poesía de Pirande-

llo cuando él alcanza, entre los obstáculos que estorbaban su camino, el signo humano; está en cuestión el esquema de todo su teatro, con aquella desconfianza en la conciencia de cada uno, la ambivalencia de equilibrio mental y locura, la pasividad de la mente constructiva. No diré los mil malentendidos de aquella lógica repugnancia al panlogismo que fué uno de los caracteres de la mejor filosofía del siglo actual; no diré cómo fuera desfigurada la actitud bergsoniana frente a la lógica. ¿Acaso André Gide no proclamaba estar finalmente liberado de las pesadas cadenas de la lógica? (Yo he dicho a veces que, como el justo peca siete veces al día, siete veces el hombre inteligente peca contra la inteligencia.) Y Gide escribía su pequeño himno a la *tabula rasa*: "Table rase. J'ai tout balayé. C'en est fait! Je me dresse nu sur la terre vierge, derrière le ciel a repeupler." Y antes había escrito: "Toute connaissance que n'a pas précédé une sensation m'est inutile." Pero la *tabula rasa*, la negación de la historia y de la civilidad, favoreciendo todos los arbitrios morales, legitima también aquellos que un Gide y otros inmoralistas combaten: por eso legitima en nombre de los instintos y de la violencia toda prohibición, toda tiranía social, moral y política. *Tabula rasa!* la aspiración, que fuera poética y pronto se hizo ejercitación arcaica de un retorno a la edad de oro o al edén perdido, inmaterializa hasta aquella imagen ambigua del hombre desnudo sobre la tierra por poblarse. ¿Y quién nacerá sino los caníbales?

Esta metáfora de la *tabula rasa*, que he citado de Gide, pero que es muy frecuente en tantos otros escritores, aparece antes y después de él, llega razonada como un riguroso concepto: por eso con ella la idea de un nacimiento humano y civil está sustituída por la de un nacimiento puramente zoológico con el torcido monadismo de las razas; a la tradición en el pensamiento y en el arte, la pura filiación animal (ni se sabe hasta ahora si las bestias siempre irredentas, serán capaces de una civilidad suya); al *homo* la bestia provista desgraciadamente de palabra; a la verdad que evoluciona, el inmóvil estado primitivo de naturaleza; al orden celeste, el primer caos.

Ni perciben los inmoralistas predicantes una nueva moral,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

libre de la razón y de la civilidad, que al negar así la mente y la historia, no tiene ninguna razón para exaltar al superhombre, al cual muchos de ellos tienden, antes que al esclavo, al ladrón antes que al mendigo, al bárbaro antes que al digno de compasión, al hombre desnudo antes que al vestido, al loco antes que al sabio, al proletario antes que al burgués. Pero aquel superhombre tan glorificado es hasta tal punto el más iluso y miserable entre los pobres de espíritu, un esclavo siempre en movimiento y aun privado de voluntad, porque la voluntad no es cosa natural sino humana, no es instinto sino civilidad. Y he dicho esclavo, porque moral de esclavo no es ya aquella cristiana y civil que un genio demente acometió en el énfasis y en el orgullo de Zaratustra; sino propiamente aquella de los instintos, aquella nietzscheana y, peor aún, dannunzziana del superhombre.

Pero todos estos enemigos de la razón confunden la virtud divina de la mente de donde surgen los grandes templos de los diálogos platónicos, de los tratados aristotélicos, de la Summa, de los Máximos sistemas, de la Ciencia nueva, de la Fenomenología del Espíritu, de la Estética; la razón que construye la geometría y el cálculo infinitesimal, con la pequeña y exterior silogística del farmacéutico Homais. De tal modo, son irónicamente castigados.

Maravilla de la razón es que cuando crees reconocer los errores, te das cuenta que no ella sino su contrario, un fantasma de sombra, había tomado su puesto; la razón por uno u otro motivo pasional estaba ausente, y justamente por su ausencia fué cometido el error; la razón es incorruptible. Y si descubre abusos y engaños, malos y perezosos conformismos, mezquindades, burguesas o plebeyas, desconocimiento de fuerzas diversas de la razón pero plenamente legítimas, éstas no son culpas de la razón sino, precisamente, pecados contra la razón. La razón es inexpugnable. Para abatirla deberías servirte de su fuerza inmortal; es como si quisieras desmontar tu sombra; matar en ti mismo eso que te hace hombre.

Por eso ningún milagro del inconsciente (estadio olvidado e inferior de nuestra vida, de la vida civil y del cosmos, siempre presente como perenne trabajo y drama de la memoria) puede

tener el valor del conocimiento lírico o lógico; ningún inconsciente valora la conciencia. La vigilia tiene más importancia que el sueño y la luz más que las tinieblas, a pesar de los románticos himnos a la noche; porque la noche solamente tiene valor por la luz que le resta, huella del pasado sol, astros, esplendor de los hombres. Lo inconsciente es apariencia, la conciencia es realidad El instinto es falso o ignora la sinceridad que es conquista del espíritu civil, valoración moral. Los afectos evidentes del hombre, sus culpas y sus virtudes cuentan más que las fuentes más o menos secretas de su bestia. El sueño no existe verdaderamente sino en la vigilia conciente en la que se aclara y toma forma; y el inconsciente no existe sino en la conciencia en la cual es fijado e iluminado. ¿Qué puede ser un arte que conscientemente simula lo inconciente?

Nosotros estamos contra lo irreal, el sueño, la oscuridad, lo inconsciente, lo primitivo, lo ingenuo, la insensatez, el ya explicado estado de naturaleza: porque la sana y santa naturaleza está comprendida en la civilidad con la cual se asocia y con la cual colabora. Defendemos el patrimonio de costumbre y de civilidad contra la barbarie del estado de naturaleza. Una flauta, por no decir una orquesta, es un tesoro de civilidad que no querría sacrificar a la inocencia del silbido con los labios recogidos, instrumento más directo. También para la civilidad es verdad aquello que se ha dicho de la razón: cuando la crees equivocada la transformas en su contrario: la incivilidad, precisamente eso que en aquélla resta aún de los primeros tiempos bárbaros, el egoísmo, el odio, el delito, la miseria. Toda profunda fuerza e idea, toda magia está en la cumbre del movimiento mismo de la civilidad, no en su infancia o en su desconocida prehistoria. Y en la vida del hombre el estado de naturaleza es la perenne fuerza del abismo que lo lleva a la floresta primigenia y a la nada; sin embargo conviene alejarlo, reprimirlo, domarlo como a la perpetua bestia que existe en nosotros. También la inocencia que tantas veces los modernos invocan desde Novalis en adelante no puede ser un retorno a los instintos sino una purificación espiritual que está en la cima de la civilidad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Nuestro ánimo siente piedad por la tristeza de los ángeles caídos, por la avidez de degradarse en la palabra, usándola para confesar no por claridad y liberación sino por embrutecimiento; y eso que es humano en su sufrimiento lo comprendemos con la antigua piedad de Terencio. Pero no podemos ilusionarnos sobre la expectación de las revelaciones superrealistas, sobre lo maravilloso de las analogías que serían tanto más significativas cuanto más lejanas. Por lo demás, una revelación cualquiera crearía el perpetuo tedio del universo, porque donde todo fué revelado ninguna tarea queda al hombre sino detenerse en otra y más ficticia y monótona sociedad: aquella, digamos superrealista, donde se habla solamente por semejanza de cosas lo más distantes posible y por decir sueño se dice el reloj de la luna y por decir luna se dice el ruiseñor de leche; que debería ser un mundo libre y es el más servil que el hombre pueda imaginar. El mundo de la libertad es sólo el de la conciencia. El superrealismo y todas las otras poéticas de lo inconsciente, de lo irracional, de lo antihistórico, tendrán este mérito: el de hacer más resplandeciente la preeminencia de aquella conciencia que esperaban sustituir por la ciega y estólida luz de lo inconciente. Y sus facetas positivas, en contraste con las premisas teóricas, se revelaron en el ámbito de aquellas poéticas expresivas que ellos negaban; y de ellos creemos haber visto los frutos y haberlos absorbido escogiéndolos en comparación con las tres literaturas clásicas, la griega, la latina y la italiana; reconoceremos el extraordinario enriquecimiento analógico que han prodigado y que enriquece la capacidad misma del gusto analógico moderno, ayudándonos a entenderlo mejor en el pasado.

Pero a pesar nuestro decimos: basta de filosofías de los instintos y del inconsciente; basta de lo irracional de quien pretende apelar a nuestra razón porque con ello se libera de la razón; basta de histerismos femeninos de los sueños y de los testimonios automáticos. Es tiempo de llevar la indagación a la vigilia consciente de los hombres; digamos también: es tiempo de despertarse; de darles otra vez el sentido de la responsabilidad humana contra la indiferencia y la abulia, morbosidad de lo irracional; contra todas las renuncias mentales y éticas, que llevan a la aceptación pasiva de toda esclavitud y pasivamente hacen acoger una cómoda inversión de valores donde la vileza moral es llamada coraje, o por lo menos audacia, solamente porque actúa según instintos feroces. Los hombres cuyo deber es conservar la fe en su responsabilidad de ser hombres a riesgo de degradarse a un estado ferino si renuncian a aquella dignidad, ¿preferirán que los instintivos, los criminales, los obsesos, los ignorantes, asuman el gobierno de la sociedad?

Se ha titulado este escrito *Civilidad contra naturaleza;* es una contraposición polémica frente al mito de la bestia que la desesperación moderna, aguzando el gran motivo de Rousseau, propone al hombre con un mundano y depravado "cupio dissolvi"; no frente a la perpetua naturaleza en la cual se templa como en una fresca infancia y adolescencia nuestra vida sensible, no frente a la espiritual naturaleza que vive en cada acto del hombre.

Nosotros queremos afianzarnos cada vez más en el mundo responsable de la historia y de la civilidad; que es el mundo más profundo y creador para trabajar por la divina libertad; reencontrar armonía entre el hombre y el hombre, entre el hombre y las cosas, entre lo real y lo irreal, entre la vida y el arte, esto es el sentido inmortal de la clasicidad: el sentido humano y poético del Ritmo.

Milán, otoño 1948.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL MODERNO FENOMENALISMO BRITANICO

Por MANUEL OLGUIN*

Fiel a su tradición, el pensamiento inglés contemporáneo se distingue por su interés en la epistemología. En este trabajo quisiera presentar un aspecto de ese pensamiento en el fenomenalismo de Alfred J. Ayer, basándome para ello en su obra fundamental, *The Foundations of Empirical Knowledge*, obra digna de conocerse, entre otras consideraciones, por el interesante intento de reconciliación que propone entre las tradicionalmente opuestas tesis del realismo e idealismo en los problemas del conocimiento.

Alfred Ayer entra en materia con el problema de si es o no posible conocer directamente los llamados objetos materiales. Esta pluma, este libro ¿los percibimos directamente, como "realmente son", o sólo indirectamente, es decir, modificados por las condiciones físicas o fisiológicas del conocimiento?

Sabido es que la afirmación de la primera pregunta constituye la tesis básica del realismo ingenuo. Contra esta afirmación los idealistas esgrimen el conocido argumento de las ilusiones. "He aquí un bastón en el agua", dicen éstos; "parece quebrado, pero si lo saco no lo está. En consecuencia, si se pregunta qué sabemos del bastón, debe responderse que a veces parece quebrado y a veces no; y puesto que de dos juicios contradictorios, uno sólo puede ser correcto, es evidente que en un caso nuestras percepciones son verídicas y en el otro engañosas. Lo grave del asunto es que no hay modo de decidir mediante el mero examen de nuestras percepciones cuáles son verídicas y cuáles engañosas, pues ninguna diferencia cualitativa existe entre ambas series de percepciones que nos permita establecer una solución de continuidad entre ellas: una torre que desde lejos se nos antoja cilíndrica va descubriendo paulatinamente esquinas a medida que nos acercamos. Yerran, en consecuencia, los realistas ingenuos al afirmar que percibimos directamente los objetos materiales; siempre los percibimos modificados por las condiciones físicas y fisiológicas del conocimiento".

* Manuel Olguín es un joven y distinguido profesor chileno, actualmente en la Universidad de California.

Alfred Ayer ha tratado de mostrar que este argumento carece de la fuerza lógica que el idealista le atribuye y que en el fondo no hay sino una aparente contradicción entre la posición de éste y la del realista. Para que existiera una verdadera contradicción, arguye Ayer, debiera ser posible que la experiencia decidiera en favor de una de las hipótesis en cuestión; pero el mismo idealista ha reconocido la imposibilidad de tal intento. Privadas de toda base en la experiencia, ni la posición del realismo ingenuo ni la del idealismo debieron llamarse propiamente hipótesis, sino más bien dos modos lingüísticos de traducir un mismo hecho de observación. Para convencerse de la legitimidad de este aserto, agrega Ayer, basta establecer convenientes aclaraciones o definiciones convencionales sobre los términos del argumento para que la contradicción desaparezca.

Como es obvio, continúa Ayer, los términos fundamentales que el llamado argumento de las ilusiones enlaza son: *percibir* y *objetos materiales*. En cuanto al primero, puede usarse en dos sentidos básicos en la proposición "percibimos objetos materiales": sea en un sentido que implica necesariamente la existencia transcendente de los objetos, sea en un sentido que no la implica. Si se la usa en el primer sentido, se entiende que se percibe el bastón quebrado y que realmente lo está. Usado en el segundo sentido, se entiende que se percibe el bastón quebrado sin que nada se afirme sobre si lo está o no en realidad.

Obsérvese, continúa Ayer, que de estos dos sentidos del término *percibir*, el segundo, adoptado por el fenomenalista, es el más fecundo para la teoría del conocimiento, pues él sólo evita la ambigua distinción entre percibir directamente y percibir in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

directamente el objeto, y con ello, la distinción sin base alguna en la experiencia entre percepciones verídicas y falsas. Desaparecida esta distinción, resulta inmediatamente que en todo caso se percibe directamente un objeto, afirmación que la experiencia sí confirma, pues aun en las llamadas ilusiones puede señalarse un objeto de conocimiento inmediato o directo, ya que tan objeto de conocimiento directo es el espejismo de un paisaje como el paisaje mismo.

Para dar un nombre a los objetos inmediatos o directos de nuestro conocimiento, el fenomenalismo británico usa diferentes términos. Alfred Ayer habla de *sense-data,* Russell de *sensibilia,* G. E. Moore y Broad de *sensa;* y hay bastante controversia respecto al problema de definir adecuadamente dichos términos [1]. Tal es el problema que Alfred Ayer se plantea en seguida.

No parece adecuado según Ayer entender por *sense-data,* como algunos fenomenalistas han hecho, la conciencia directa de un objeto *(direct awareness),* porque tal expresión es ambigua. ¿Qué quiere decir, se pregunta Ayer, "tener conciencia directa" de un objeto? ¿Acaso un proceso en el que no hay una inferencia consciente? Si así fuera, deberían llamarse *sense-data* objetos como sillas o tinteros, pues su percepción no entraña ningún proceso consciente de inferencia. Pero el término *sense-data* se ha creado precisamente para designar objetos acerca de los cuales es imposible dudar que existen, en oposición a objetos como sillas y tinteros de los cuales el idealista espera percepciones engañosas. Por eso prefiere Ayer reservar el término *sense-data* para designar aquellos objetos del conocimiento de los cuales es imposible dudar que existan si se perciben, porque por definición su existencia depende de ser percibidos.

Esta definición contiene entera la solución que Ayer da al problema que acomete en seguida, o sea, el de los caracteres que han de atribuirse a los *sense-data.* Así, a la pregunta de G. E. Moore: "Si los *sense-data* pueden parecer poseer caracteres que

[1] Cf. "Symposium on the nature of sensible appearances'. Proceedings of *The Aristotelian Society,* suplementary volume VI, 1926, pág. 179.

en realidad no tienen", Ayer contesta negativamente; los *sense-data* por definición, sólo poseen los caracteres que exhiben en la percepción. Suponer otra cosa, como Moore lo hace, es introducir la dualidad realidad-apariencia que precisamente trata de eliminar el fenomenalismo con su concepción de los *sense-data.* La fórmula "esse est percipi" describe, pues, perfectamente la naturaleza de estos elementos, o dicho de otro modo, toda proposición que describe *sense-data* es *indudablemente verdadera (indubitable or incorregible proposition),* es decir, que respecto de ella no cabe otro error que un simple *lapsus linguæ,* como el de llamar pan al vino.

Estas proposiciones "indudables" del fenomenalismo han recibido una dura crítica de parte de los modernos positivistas lógicos de la escuela de Wittgenstein y Carnap, quienes lejos de considerarlas indudablemente verdaderas las declaran vacías de significado. La clave de esta actitud radica en la concepción que esta escuela tiene del significado lógico de las proposiciones: sólo lo tienen las proposiciones comprobables por hechos asequibles a cualquier sujeto, como ocurre en las proposiciones científicas. No pueden tener significado las proposiciones del fenomenalismo para Carnap y su escuela, pues por definición, estas proposiciones se limitan a establecer experiencias puramente personales.

No ha de creerse, sin embargo, que la afirmación de la incomunicabilidad de la experiencia subjetiva, implícita en su crítica, haya llevado a Carnap a hacerse solidario del solipsismo sofista, pues, por el contrario, la solución del viejo problema de asegurar la posibilidad de la comunicación del conocimiento subjetivo preocupa a Carnap tanto como a los fenomenalistas; si así no fuera, no se habría producido el conflicto. Lo que hay es que su solución entraña la destrucción de la tesis fundamental del fenomenalismo, al negar a las proposiciones "indudables" significado lógico y proponer su conversión a proposiciones científicas como único medio de hacerlas válidas. Así, según Carnap, la proposición "S tiene sed" carece totalmente de significado para quien no sea S, porque sólo él puede comprobar sus propios estados de conciencia; pero lo adquiere, si la proposición se inter-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

preta como una descripción de las reacciones fisiológicas del sediento, por ser éstas comprobables por cualquier sujeto.

Como es obvio esta solución no puede satisfacer al fenomenalista para quien las proposiciones que establecen experiencias puramente subjetivas constituyen una clase irreductible, con validez o significados propios. No es de extrañar así que Ayer se esfuerce en combatirla. Si con dicha solución, arguye Ayer, Carnap intenta evitar el solipsismo a que según él conducen las proposiciones indudables, bien pudo ahorrarse el trabajo de crear una concepción tan arbitraria del significado lógico para fundamentarla, pues no son solipsísticas dichas proposiciones.

Para probar su aserto, Ayer aduce dos razones. La primera es de orden lingüístico. Siendo el lenguaje comunidad de todos, de ningún modo carecen las proposiciones que expresan estados subjetivos de aquella comunicabilidad, objetividad o significado que Carnap intenta darles reduciéndolas a proposiciones científicas. La segunda razón deriva de un carácter que, con el nombre de "semejanza estructural", Ayer atribuye a los *sense-data,* carácter que trata de aclarar con el siguiente ejemplo. Así, dice Ayer, si pregunto a mi interlocutor lo que piensa sobre mi nuevo cuadro y él me responde que se trata "de un paisaje digno de colgarse sobre el hogar", de la semejanza entre lo que yo relaciono: paisaje, hogar, colgarse, y lo que él relaciona, infiero que entre mis *sense-data* y los suyos existe la necesaria semejanza de estructura para que las proposiciones en que yo expreso los míos adquieran claro significado para él. Si aún me cupiera duda, podría pedirle que señalara con la mano los objetos en cuestión, pues la determinación espacial constituye la más extrema reducción de lo subjetivo a lo objetivo o público.

Como ya lo habrá advertido el lector, la última razón aducida por Ayer contiene implícita una solución al viejo problema de explicar el conocimiento que un sujeto dado tiene de la existencia de otras mentalidades. Conocemos otras mentalidades, según Ayer, porque entre nuestros *sense-data* y los de otro sujeto existen semejanzas estructurales que es posible constatar mediante el lenguaje o los signos localizadores de objetos.

Esta solución característicamente fenomenalista en cuanto se atiene a los datos del conocimiento inmediato, la considera Ayer más satisfactoria que la ofrecida por la llamada prueba por razonamiento analógico, consistente, como es sabido, en inferir la existencia de las mentalidades ajenas de la constatación de semejanzas entre los estados fisiológicos que acompañan nuestros estados de conciencia y los estados fisiológicos de otro sujeto, razonando que a los estados fisiológicos constados en éste deben corresponder estados de conciencia semejantes a los nuestros. La dificultad teórica de este argumento, aduce Ayer, consiste en que un razonamiento analógico sólo es concluyente cuando todos los términos por él relacionados son observables, condición que no cumple este argumento porque precisamente lo que con él se quiere probar, —la existencia de otras mentalidades—, es por definición inobservable.

A continuación discute Ayer el problema del conocimiento de los llamados objetos materiales, problema que, como es sabido, acompaña tradicionalmente al anterior en el fenomenalismo británico. La solución que Ayer da a este problema es también característicamente fenomenalista en cuanto parte del conocimiento inmediato, evitando la hipótesis metafísica de la existencia transcendente de objetos. De ahí el cuidado que muestra Ayer en discutir previamente el concepto de la causalidad, por el papel básico que en la prueba de la transcendencia desempeña este concepto.

Los filósofos que defienden la hipótesis de la transcendencia de los objetos materiales, mediante la teoría causal de la percepción, dice Ayer, razonan de este modo: Todo fenómeno tiene su causa; la causa de los *sense-data* no puede ser otros *sense-data;* en consecuencia, deben tener como causa objetos transcendentes. Contra este razonamiento aduce Ayer que siendo la causalidad, como lo ha mostrado Hume, una mera relación entre fenómenos, no es lícito inferir de ella prueba alguna para la existencia de objetos transcendentes, y que todo lo que esta relación muestra es que la causa de un grupo de *sense-data* es otro grupo de *sense-data.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ahondando más en su análisis, Ayer procede a examinar el concepto de *necesidad*, comúnmente atribuído a la relación causal. Estrictamente definida, dice Ayer, la necesidad es un concepto lógico que expresa la relación analítica existente entre la conclusión y las premisas de un razonamiento válido; siendo así, no parece lícito atribuir este concepto a una mera relación fenoménica, como es la causal. Como lo ha demostrado Hume, lo que generalmente se llama necesidad en esta relación, no es un concepto lógico, sino un hábito psicológico, el de esperar que las conexiones fenoménicas que hemos visto repetirse sin excepción en el pasado, continuarán produciéndose inalteradas en el futuro. Pero si se observa que esta esperanza no tiene más garantía que la pasada experiencia, y que ninguna seguridad tenemos de que el futuro no pueda contradecirla, más propio parece llamar *probabilidad* que *necesidad* al fundamento lógico de las relaciones causales.

La relativa incertidumbre que el concepto de causalidad así definido introduce en las predicciones científicas, continúa Ayer, inquieta tanto a los filósofos de la ciencia, que algunos no vacilan en proponer las más descabelladas hipótesis para dar a la causalidad la necesidad lógica de las relaciones analíticas. Como notable ejemplo comenta Ayer la hipótesis animista del profesor Stout. Según esta hipótesis, los efectos naturales se derivan de sus causas con la misma necesidad que deriva la conclusión de las premisas, porque cada efecto no es sino la consecuencia inevitable de una tendencia de la naturaleza, tendencia que se explica como la expresión de una especie de alma de las cosas. Así, por ejemplo, el movimiento de rechazo de un arco tenso no es más que la consecuencia de la tendencia del arco a volver a la posición inhiesta. De este modo, si no se admite una especie de alma en la naturaleza, concluye el profesor Stout, las inferencias causales no ofrecen garantía alguna de validez lógica.

Sin detenerse a examinar la legitimidad de la hipótesis metafísica del profesor Stout, Ayer concentra su atención en el ejemplo del arco. Para que pudiera decirse con el citado profesor que entre la situación inicial y el efecto hay una relación analítica,

observa Ayer, debería ser posible establecer *a priori*, por el mero examen de la situación inicial, lo que sería el efecto. Pero es evidente que lo que sucede es exactamente lo contrario, o sea, que es la experiencia del hecho consumado la que nos sugiere la hipótesis de una tendencia en los antecedentes; de ahí que el único legítimo sentido de la noción de tendencia en el citado ejemplo es el de una descripción de lo observado en el arco después del tiro.

A esta altura de la discusión Ayer nos considera ya suficientemente preparados para comprender exactamente en qué consiste su posición fenomenalista. Por fenomenalismo, dice, debe entenderse la tesis filosófica que sostiene que toda proposición relativa a objetos materiales debe interpretarse, para que tenga un fundamento en la experiencia, en términos de *sense-data*. Se trata, pues, de un intento de descripción de la realidad que, dejando de lado toda hipótesis metafísica relativa a la existencia transcendente de los objetos del conocimiento, acepta el término de *transcendencia* de la epistemología realista, pero redefinido en categorías de conocimiento inmediato. Cómo puede lograrse este verdadero salto mortal, como diría James, es lo que a continuación intenta explicarnos.

Lo primero es definir los llamados objetos materiales. Para evitar en esta definición toda referencia a la trascendencia, ahí está la definición de Mill y de Rusell: los objetos materiales son una posibilidad permanente de percepciones. Con esta definición se quiere expresar, advierte Ayer, que la realidad de los objetos llamados materiales queda garantizada por una serie de proposiciones hipotéticas que establecen las condiciones bajo las cuales son cognoscibles los objetos. En otras palabras, decir que los objetos son reales, es decir que existe una posibilidad permanente de percepciones; y decir que tal posibilidad existe, es afirmar que dadas ciertas condiciones exigidas por nuestra organización física y mental podemos conocer objetos.

Definidos así los objetos materiales, cumple al fenomenalista encarar el problema de explicar los caracteres que en la vida diaria, gobernada por el realismo ingenuo, atribuímos a estos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

objetos como prueba de su trascendencia. A este problema se dedica en seguida Ayer, mostrando en su solución considerable originalidad respecto de sus dos más importantes predecesores, Hume y Stuart Mill.

Sabido es que Hume interpretaba "la continua y distinta existencia" o trascendencia de los objetos llamados materiales, como el combinado efecto de una ilusión de la imaginación y de la necesidad psicológica del sujeto de constatar coherencia o identidad entre los diferentes datos de su conocimiento. Vemos el mar, decía Hume para ilustrar su pensamiento, y al tornar a verlo después de algún tiempo, nuestra imaginación nos convence de que las primeras impresiones y las presentes son idénticas. Pero no termina aquí el proceso. Por mucho que el observador se halle bajo el influjo de su imaginación, no podrá sin embargo dejar de constatar notables discrepancias entre las imágenes que del mar tenía y las que ahora se le ofrecen. Esta constatación le sume en perplejidades, pues mientras por una parte las discrepancias tiende a debilitar su creencia de que se trata de las mismas percepciones, por otra, necesita el convencimiento de que sus percepciones son idénticas. Movido por esta necesidad más poderosa que la duda, imagina entonces que el mar posee una existencia independiente de sus percepciones y que por ello cambia en su ausencia. Crea así el sujeto un duplicado ilegítimo de sus impresiones, un mundo transcendente para el cual la filosofía no puede dar pruebas.

Stuart Mill, que tan de cerca siguió a menudo a Hume, lo abandona en este punto, y en vez de recurrir a la imaginación para explicar la génesis del concepto de la transcendencia echa mano de sus famosas leyes de asociación. Alfred Ayer recoge su herencia, pero la enriquece en precisión, mostrando exactamente cómo intervienen estas leyes en la explicación de cada uno de los caracteres que el realismo ingenuo atribuye a los objetos materiales como prueba de su transcendencia.

Cuatro son esos caracteres, dice Ayer: la solidez tridimensional, la individualidad, la permanencia y la objetividad o publicidad; y tres las leyes de asociación que los explican: ley de semejanza entre las series de *sense-data* (Law of resemblance); ley

de estabilidad de los contextos en que las series ocurren (Law of stability of contexts) y ley de repetición de los *sense-data* (Law of repeatability). A estas leyes debe agregarse, para explicar la objetividad, el principio de la semejanza estructural de los *sense-data,* que ya hemos conocido.

Para ilustrar cómo operan estas leyes en la explicación de los aludidos caracteres de los objetos materiales, Ayer toma como ejemplo el conocimiento de dos monedas. Ante todo debemos explicarnos la solidez tridimensional y la permanencia de estos objetos. El primero de estos caracteres se explica por la propiedad que tienen nuestros *sense-data* de arreglarse en series continuas, de tal manera que cada una de ellos se asemeja en algún grado al siguiente, aunque entre los términos extremos de cada una de las series no exista esa semejanza; en cuanto, a la permanencia, se debe al hecho de que cada una de las series puede repetirse en sentido inverso mediante apropiados movimientos de nuestra mano. Así mientras la mano recorre los bordes de una moneda, van surgiendo una serie de *sense-data* semejantes que nos dan a conocer la solidez tridimensional de este objeto; el mismo movimiento de la mano, pero ahora en sentido inverso, nos da el conocimiento de la permanencia del objeto.

Resta ahora explicar el conocimiento de la individualidad, es decir, el carácter que evita que una de las monedas se confunda con la otra. Para ello, recurre Ayer a la llamada ley de estabilidad de los contextos en que los *sense-data* son dados. Lo que diferencia a la serie de *sense-data* que nos da la solidez de una moneda con respecto a la serie que nos da la solidez de la otra es el contexto en que se presenta cada una. Así aunque las dos monedas sean exactamente idénticas en solidez y permanencia, siempre existirá algún carácter en el contexto en que cada una ocurre —la posición, por ejemplo— que nos permita establecer la identidad de cada una. En cuanto al cuarto y último carácter atribuído a los objetos materiales, o sea, la objetividad o publicidad, ya se ha visto que Ayer la explica por medio de la semejanza estructural de los *sense-data.*

Así termina la obra de Alfred Ayer, que hemos creído de in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

terés presentar como una muestra del género de problemas que preocupa al fenomenalismo inglés contemporáneo y del tipo de solución que les da. Queda así de manifiesto que, fiel a su larga tradición epistemológica, el fenomenalismo inglés continúa tratando de resolver los problemas del conocimiento mediante los datos inmediatos de la conciencia y evitando el uso de hipótesis metafísicas relativas a la transcendencia; y que, por lo menos en el caso de Ayer, es fundamental su insistencia en la importancia de la semántica para evitar los falsos problemas epistemológicos engendrados por dichas hipótesis. Cabe observar, sin embargo, respecto de esa insistencia, que el libro de Ayer no deja bien en claro si los *sense-data* deben tomarse coom simples convenciones verbales para zanjar las diferencias entre realistas e idealistas, o más bien como realidades del conocimiento inmediato, pues si por una parte su crítica del argumento de las ilusiones sugiere que se trata de lo primero, su ataque a la teoría de Carnap y su propia teoría de la transcendencia, parece indicar que se trata de lo último. En ambos casos queda el lector perplejo. Pues si son simples convenciones verbales ¿a quién no se alcanza que a menos que apunten a un verdadero concepto, nada sólido puede construir el filósofo con ellas? Y si se trata de un concepto o categoría que sólo el fenomenalismo afirma, la reconciliación que Ayer espera alcanzar entre las escuelas rivales ¿no sería más bien una substitución de los conceptos básicos de éstas por los del fenomenalismo?

Universidad de California, otoño 1948.

EL SENTIDO REGIONAL EN LA LITERATURA

UNA EXPERIENCIA LOCAL

Por HORACIO G. RAVA

Alguna vez, llevado por el simple afán de presentar un cuadro de la obra de los escritores santiagueños, afronté la lectura sistemática y detenida de nuestra producción local y a lo largo de los libros y las páginas pude establecer, sin proponérmelo, la existencia de una línea esencial que vertebra un sentido humano de la creación artística, particularmente en los últimos treinta años, que es la etapa más importante en cantidad y calidad. Ello me condujo, como lógica consecuencia, a la contemplación detenida del fenómeno, a la confrontación confirmatoria y a la búsqueda de sus posibles causas.

La unidad, dentro de la tónica diferencial era evidente y se percibía también en otras manifestaciones creadoras, como la plástica y aún, aunque en menor grado, la canción de tipo popular. Esa línea, con ligeras variantes, se ajustaba a un afanoso anhelo de expresar y desentrañar la realidad circundante, cuando no a un angustioso esfuerzo en busca del substractum en que esa realidad hallaba su sustento. Allí estaban los poemas de Oscar R. Juárez con sus atisbos del misterio del bosque, con su devota, y desesperada contemplación del río —padre tutelar de las tierras paniegas—, con su canción esperanzada a los campos labrantíos y también aquel su intento de novela, en la que, junto a la descripción de la vida campesina, aflora su inquietud por desentrañar, sino una filosofía, por lo menos el sentido normativo que la anima. Allí los versos limpios y sencillos de Carlos Abregú Virreyra, diciendo la cristalina emoción de las cosas inmediatas, de su campo y de su aldea. Y junto a ellos, la presencia, más medida, más austera, de los poemas angustiados de Bernardo Canal Feijóo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero no eran éstas las únicas presencias. Oreste Di Lullo había dicho la cruda realidad de *El Bosque sin Leyenda;* Hipólito Noriega, tratado de bucear en *La tragedia del hombre nativo* y Carlos Bernabé Gómez había gritado, clamoroso, la angustia de las vidas destrozadas en la dura realidad de los obrajes. Y Blanca Irurzun, dolida de sus *Changos,* huérfanos de infancia, golpeados de esfuerzos; Clementina Quenell, con el dolor y la desesperanza de las mujeres silenciosas y sufridas y María Adela Agudo, afiebrada en la búsqueda de lo que el tiempo oculta detrás de los hechos y los seres. Y con ellos, y conmigo, aquejado de las mismas inquietudes, la angustia trascendente, el dolor hecho presencia intemporal, en los versos de Cristóforo Juárez. Y también las vidalas de los hermanos Diaz y los cuadros de Ramón Gómez Cornet.

Pero, ¿cuál era ese sentido oculto, esa línea esencial que vertebra la creación artística en Santiago, en poetas, escritores y artistas de tan variado temperamento?

Un pintor y un poeta santiagueños, ampliamente conocidos ambos, Ramón Gómez Cornet y Bernardo Canal Feijóo, han de prestarme el apoyo de su experiencia artística para iniciar este pequeño viaje que proyecto hacia el mundo confuso —acaso confundido— de la tierra nuestra.

En la obra de Ramón Gómez Cornet destacan con carácter definitorio sus figuras humanas, motivos todos de la tierra: hombres curtidos, reconcentrados; mujeres gastadas en largas soledades; niños harapientos, niños huérfanos de alegría y de esperanza; o los más simples del árbol y la bestia, en una incomplicada suavidad de tonos que confirman su intención de huir a toda artificiosidad.

En los poemas de Canal Feijóo, las cosas y los hombres se definen en la realidad de su ser y su existir, en la doble y auténtica dimensión de su presencia y de su esencia, que les permite trascender lo contingente, ocasional y transitorio, para alcanzar una subjetividad inconfundible.

Hay que mirar nuestra realidad "con ojos vírgenes", nos

decía hace más de diez años, Ramón Gómez Cornet. "Hay que cavar y cavar; a fuerza de cavar es como un escritor puede llegar a tocar la piedra", afirmaba un escritor lejano (Corrado Alvaro) en un reportaje citado hace poco tiempo. Mirar la realidad con ojos vírgenes. Cavar hasta tocar la piedra, ¡Cuánta diferencia aparente y en verdad, qué identidad de conceptos! . . .

Canal Feijóo no formula, afirma: "Hay un fenómeno . . . Ese fenómeno está hecho cuando menos de paisaje, de costumbres, de tonada" [1]. Él también mira con ojos vírgenes (sin pre-conceptos ni intenciones); él también cava hondo, hasta la raíz de las costumbres, hasta la nota dormida en que nació la tonada.

Y en estas posiciones, en estos modos de mirar y de ver, hallé el rumbo que habría de permitirme concretar el sentido de nuestra creación estética, en una afanosa búsqueda de autenticidad.

El paisaje físico y el paisaje humano tienen un sentido propio, íntimo, que no se revela en la superficie de las cosas, que muchas veces no aflora en el rostro de los seres. De ahí que quienes contemplan solamente su apariencia inmediata, equivocan el enfoque y orientan sus pasos por fallido rumbo.

La llamada literatura gauchesca presenta un ejemplo típico de este fenómeno. Si omitimos a Hidalgo, el poeta de la Revolución, y a Echeverría, el de *La Cautiva* y *El Matadero,* vemos que el hombre de nuestros campos penetra en la literatura con categoría propia en los tiempos de Del Campo, de Hernández, de Obligado. El gaucho, modalidad de una época y de un medio que se encarna en el hombre, ocupaba la dilatada extensión de nuestras tierras, las animaba con sus pasiones y agitaba con sus sentimientos; era aún una realidad palpitante, y ellos pudieron asomarse a su contemplación, a su estudio o copiarlo simplemente; así lo llevaron al verso, así le dieron el soplo de su ingenio para

2 Bernardo Canal Feijóo: *Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago,* págs. 10, 39 y 85.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la vida del arte, así nacieron "Anastasio el Pollo", "Martín Fierro", el prototipo, y tras ellos, Santos Vega y otros personajes menores de la leyenda gauchesca. Lógico es que los poetas y escritores de aquella época pudieran interpretar y dar valor artístico a la vida de esos hombres con la extraordinaria plasticidad y hondura que les supieron imprimir. Sin embargo, ya entonces la misma cuestión que hoy nos preocupa había de ser tema de discrepancia y controversia.

Antes que los citados, algunos intentaron configurar al gaucho; pero al parecer sólo atinaron a ver lo aparente, y a ellos se refiere Ricardo Gutiérrez cuando niega autenticidad a "los que creen que dibujando la vestimenta pueden reflejar el tipo moral del "gaucho". Y parece ser que contra ellos, como una afirmación de la realidad humana de los campos, Hernández concibió su Martín Fierro. Él dió su voz auténtica. La dieron Obligado y los Gutiérrez. ¿Y después? . . . Después, los tiempos que antes eran lerdos, empezaron a correr; los campos se achicaron entre los alambrados y los gauchos fueron diluyéndose poco a poco hasta desaparecer del todo. Entre tanto, las tierras argentinas se poblaron de otros hombres: arrieros y reseros, carreros y hachadores; esquiladores y mensús de los yerbales; peones de las chacras y las estancias, de los bosques y los viñedos; hombres todos del trabajo de la tierra en la dura realidad de los esfuerzos; pero ninguno de ellos recuerda nada que pudiera identificarlos en la exterioridad de su figura y en la intimidad de su vida con el gaucho.

Sin embargo, muchos escritores argentinos siguieron soñando con los tiempos de Martín Fierro y dando vida a seres de leyenda. Así, en la novela, en el teatro y en el poema, transitan caravanas de gauchos de estancia, de gauchos troperos, hasta de gauchos malevos, que ambulan cantando vidalitas, haciendo el amor en las tranqueras, peleando en las pulperías, indumentados a la usanza de setenta años atrás. Gauchos literatos y filósofos, que en lenguaje caprichoso nos abruman con frases sentenciosas de dudosa originalidad. Literatura bastarda, deforma el paisaje humano de los campos y falsea para nosotros mismos la realidad

de nuestras vidas. Y en ello han incurrido hasta escritores de talento indiscutible, pero que no supieron o no quisieron ver lo que ocurría a su alrededor.

La literatura quedó en retardo. El gauchismo empezó a diluirse muchos años después que el gaucho había desaparecido en absoluto y muy lentamente llegó a comprenderse que se marchaba por un camino equivocado. Entonces fué cuando en busca de una nueva ruta que permitiera transitar por la vida campesina, se dió con otra que tampoco nos acercó a la realidad.

Así aparecieron los folklorizantes, los que quisieron elevar al rango de arte mayor las bellamente ingenuas supervivencias de una expresión con hondas raíces populares. Pero no comprendieron que lo folklórico es algo de tan ajustada esencia propia que (con excepción de la música) no admite transformación alguna sin perder lo que tiene de bello, que es lo que tiene de propio.

El folklore es para mostrarlo, para reproducirlo o, yendo más lejos, es material de estudio, de interpretación de sus raíces, su desenvolvimiento y su sentido; pero no admite adaptaciones ni menos deformaciones preconcebidas. Sin embargo, son muchos los que han dado en recorrer la senda fallida y apenas han logrado caricaturizar la belleza simple de la vieja, de la ingenua poesía popular.

Y esta forma es acaso más nociva que la otra: con el motivo a la vista que supervive en los pueblos, engaña con una apariencia de falsa realidad. Como esos daguerrotipos de las abuelas caducas que dormitan a la sombra de nuestro amor, muestran la belleza que muchos años ha naufragó en el tiempo; y quién se detiene a contemplarlos sin un sentido de la ubicación de los hechos y las cosas, cae fácilmente en el error. De ahí que la literatura campera de esta época esté plagada de carnavales y telesitas, de chacareras y zapateadores, de cantos a las cosas inmediatas, a las tabeadas, a las trenzas de las muchachas. Estos escritores prefieren o sólo quieren ver lo aparente, lo superficial y no bajan a la entraña de los pueblos, no hunden la observación en la vida y en el alma de los hombres, como hicieron en su tiempo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

los que llegaron a plasmar en arte la figura auténtica del gaucho. La frase de Gutiérrez sigue teniendo actualidad.

Güiraldes tuvo una clara visión del fenómeno y al construir esa novela de tan gran aliento argentino que es *Don Segundo Sombra,* si bien se entregó al hechizo de lo legendario y nos dió en su personaje a un hombre de otros tiempos, lo hace marchar levantando polvo de pasado y le pone la inquietud del que no puede encontrar en ningún sitio el quicio propio para su existencia, porque ninguno era el suyo. Güiraldes comprendió que Segundo Ramírez, que caducaba en la vida cuando Segundo Sombra nacía en la literatura, era la tipificación de una realidad humana de transición entre el gaucho ya borrado de la escena nacional, y el paisano argentino que vive y alienta la verdad anímica de este siglo.

Este fenómeno que se ha producido en el litoral pampeano —que por la gravitación de su potencialidad económica, social y cultural, alcanza proyecciones nacionales— se repite en el interior del país, en aquellas regiones que por sus características geográfico-sociales presentan todavía un marcado sello de tipicidad: el Norte y el Noroeste, particularmente. La tierra apretada y dura de las serranías, la tierra blanda y fugitiva de las llanuras, el bosque cerrado e inabordable, la maraña áspera y opaca de los matorrales, el reverbero agresivo de las salinas, no brindan a la contemplación ningún halago inmediato; pero están los hombres, los seres adheridos a esas tierras, con sus costumbres, sus modalidades, sus exteriorizaciones; y debajo de ellos, más allá del paisaje y la figura, un mundo que la mirada desprevenida no alcanza a descubrir.

Por esta causa el espectador simplista se queda al borde del paisaje y se prenda de apariencias, que siempre tienen algo de pintoresco. ¿Qué turista que cruzó Formosa no ha traído una postal con indios desprovistos de ropas y gestos de supuesta fiereza; y el que fué a Jujuy, la clásica figura de la colla con su carga de hijos y polleras; y la noticia de los *reza-bailes* y *misa-chicos,* de las procesiones y tal vez alguna flauta o alguna caja, de factura urbana y mercantil?

Y así asoman y afincan en la literatura y otras expresiones del arte, los elementos decorativos del paisaje: los cardones, las llamas, las tropas de carros, los bailes en las enramadas, matizados de zambas y bailecitos, de tamboriles y de quenas.

Pero aquello que vive detrás de las primeras líneas; aquello que palpita debajo de la ropa y de la piel; la realidad humana del indio, del colla, del peón de los obrajes, de los ingenios, de las chacras; eso, que puede ser carácter o desesperanza, amor o disconformidad, odio o derrota del espíritu; eso, la raíz honda y viva de los seres humanos, es decir, la esencia misma, no lo advierten los ojos desprevenidos del turista del arte.

Un escritor norteño, que por muchos conceptos merece nuestro respeto, dijo alguna vez en sonoro verso, al evocar en su recuerdo la gesta del obraje: ¡"Cantan las hachas"! ¡Oh, amarga ironía! Él escuchaba el canto de las hachas, y aquella falsa melodía tornaba sordos sus oídos para el dolor y la queja de los hombres esclavizados en el bosque, para los ecos de la inmensa soledad que se abría a lo largo de las picadas, detrás de la devastación.

¡Qué distinta aquella otra visión del bosque que se empina en el verso de Canal Feijóo!

> La mueca ensangrentada de los árboles rojos
> responde al tajo de las hachas.
> . . . . . .
> No es vano ese relámpago que dibuja tu brazo,
> y hace un dolor del mundo alcance de tu mano.
> . . . . . .
> El sudor te desnuda y te viste.
> No es ese trapo impregnado de tí mismo
> y de tierra,
> lo que necesitas arrancar de tu cuerpo!
> . . . . . .

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¡Tac! ¡Tac!...
Las hachas percuten en el propio corazón del mundo,
y es un compás de danza viril y vengativa.
. . . . . .

Porque la realidad anímica de la tierra nuestra no es solamente el follaje que empenacha el tronco poderoso del árbol centenario ni el polvo que patina la piel tensa o rugosa.

Detrás de cada expresión de la naturaleza hay un problema o una lección para la vida del hombre; detrás de las costumbres, de las modalidades típicas, de las formas de vivir y de obrar, hay una honda y segura razón, que no está hecha solamente de formas y colores, de palabras y tonalidades.

Hablando de las formas de la expresión popular, del auténtico folklore, un autor santiagueño, Orestes Di Lullo [3], ha dicho: "La expresión popular muestra al investigador su riqueza interior, los medios que posee para vivir y sobrevivir, las creencias que sustenta, el origen de ciertas costumbres, la razón de su tristeza, el determinismo de sus pasiones, el significado de sus juegos; el móvil de una coreografía pintoresca y, al parecer, sin trascendencia, la verdadera calidad de su humorismo, así como el fondo religioso de una intimidad que no se descorre sino en los momentos propicios para ello. — Y aprenderemos que no es sólo por delectación por lo que el santiagueño canta y baila, narra y juega, bebe y cree, sino por necesidad, por imperativos superiores, cuyas razones algún día conoceremos exactamente. — En cuanto a sus conocimientos, tampoco sabe el santiagueño por vanagloria. Su existencia dura le afina los sentidos para la defensa. No de otro modo debe comprenderse el enorme caudal de sabiduría que posee en relación con la flora, la fauna, las actividades rurales, la cosmogonía, etc., frutos todos de una observación paciente y meditada, que utiliza, luego, en su beneficio. — Por eso, todas estas formas de la expresión popular, que viven las más de las veces sin trascendencia objetiva o que se muestran sólo como un

accidente pintoresco, tienen un valor considerable para el investigador, el sociólogo, el estadista o el artista que deseen apreciar el grado de cultura, las modalidades propias y las causas que hayan motivado esas lentas transformaciones que se operan en los individuos y los pueblos".

Y Canal Feijóo ha tratado de bajar hasta las raíces de esas costumbres, de esas formas, a veces simples, a veces esotéricas, para hallar el móvil lejano y auténtico que alienta una realidad presente. Así llegó a saber que la picardía criolla era defensa y evasión; que viejos cultos lunares y agrarios alientan la razón de ser de ciertos ritos y celebraciones; que las formas simples de la plástica popular entroncan con oscuras evocaciones del totem, la magia y la leyenda; que la danza lleva en sí un sentido de afirmación de los valores sociales e individuales; y, en definitiva, que un estado espiritual, con hondas raíces en el tiempo y en la tierra, constituye el légamo en que enraiza la flora exuberante del arte popular.

Estas comprobaciones en la expresión artística popular, son análogas a las ya señaladas en la labor de creación de nuestros escritores contemporáneos. Unos y otros han desdeñado, consciente o inconscientemente, lo superficial y pasajero, para remontar los cursos que llevan a las fuentes, para hundir el esfuerzo en busca de las raíces.

Las causas que los llevaron a obrar de esa manera, supongo, no deben ser otras que las de su vinculación al medio, su arraigo en la tierra, su conocimiento del hombre y del paisaje, su mirar con ojos vírgenes, su cavar hondo en procura de las napas profundas de la verdad humana y de la esencia de los seres y las cosas. Y también, un gran amor, una gran pasión por la tierra en que viven, por todo lo que ella entrega —parca o generosa— al correr de los días y a lo largo de las huellas.

Confirma este supuesto la obra de los escritores que se desarraigaron del medio. Muchos de ellos han elegido como motivo de sus poemas, relatos o novelas, las escenas y personajes de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la vida campesina; pero ya sea porque la memoria les fuera infiel o porque el recuerdo no se afianzaba en una arraigada connaturalización con el clima de la existencia lugareña, la verdad es que no alcanzaron a expresarse con voz de autenticidad y a pesar de sus calidades formales, de su talento creador, sólo nos dieron un pálido reflejo de la realidad o una prolija reproducción de lo aparente, de lo superficial.

Otro tanto ocurre a quienes pretenden crear sobre motivos entrevistos en sus viajes o en sus breves estadas invernales. Ellos pueden ser exactos en los enfoques del panorama, prolijos en la descripción de los modelos, pueden llegar a una justa estimación de los elementos materiales que su vista abarca; pero la apreciación del auténtico mundo que vive y que se agita detrás del paisaje y la figura, no será verdadera.

Es difícil trascender la órbita natural de la propia formación anímica. Y si nosotros, hombres del campo y de la aldea, quisiéramos hablar de Buenos Aires, por ejemplo, nuestra voz sería apenas un torpe balbuceo; nuestros cuadros, fallidas caricaturas; nuestros juicios, apreciaciones superficiales y erradas.

Los oídos que perciben el rumor lejano de los vientos, el ruido de las tropas, el paso de las bestias, el canto de las aves y diferencian su origen y caracteres, se tornan sordos en el tumulto de la gran ciudad. Los ojos acostumbrados a sondear el cielo y la maraña, sabios de horizontes y de huellas, se empequeñecen ante los muros paralelos e infinitos y su mirada se turba frente al ritmo precipitado de las multitudes. Y ese sutil instinto que descubre en los gestos del hombre y de la bestia la pasión que los anima, la intención que los empuja, se entorpece con dudas y temores en la ciudad extraña, llena de modos, de ritmos, de tonalidades desconocidas.

De la misma manera, ¡cómo podría el hombre rigurosamente urbano explorar la gran soledad de la vida campesina; el alma arborecente de sus mujeres arraigadas en la tierra, ramificadas de hijos, ensombrecidas de abandonos; la pasión incontrolada de los hombres por las rutas desconocidas, sus ansias de lejanía, su

fervor de andar y aquel extraño embrujo de la tierra, que siempre los recobra en el inevitable retorno!

Al no poder hacerlo, aquellos que perdieron —o no alcanzaron— el íntimo contacto con la tierra y el alma de sus hijos se conforman con la fácil apariencia de lo inmediato. Frente al árbol, desdeñan el tronco rugoso, limado por el tiempo, las aguas y los vientos; ignoran la gesta de las raíces y se enamoran de la pompa del follaje, generosa de colores y de trinos.

Aquella concepción de nuestra realidad podría ejemplificarse con numerosas referencias a la obra de casi todos o de los principales escritores santiagueños; pero ello escaparía a los límites que he querido dar a este ensayo. El lector podrá confirmarlo en la obra de los escritores ya nombrados y de otros artistas, como Luis Manzione (poeta), Jorge W. Ábalos (cuentista), Juana Briones (pintora), Rafael y Roberto Delgado (escultores) y Manuel Gómez Carrillo (músico).

En otra oportunidad, hablando de este sentido de la realidad artística he dicho que el simple espectador verá sólo la superficie de las cosas, de los seres, del paisaje. Turista del arte, viajará junto a la naturaleza, al borde de las pasiones, frente a los dramas humanos, con la máquina fotográfica pronta a enfocar lo más raro o lo más bonito; deleitará los oídos con la armonía de su verso y la acertada combinación de sus figuras; esteta exquisito, podrá hacer admirar la filigrana de la frase y la originalidad de la metáfora; pero no irá muy lejos. Y he afirmado que otra es la posición de aquel que es portador de una voz antigua, venga ella de la tierra o de la sangre, si esa voz es auténtica, libre y generosa. Él descubrirá a su paso la tibieza del humus, la aspereza de las tierras solas, el esmeril de las arenas resecas y sabrá donde detenerse para que la pausa sea fecunda. Sentirá que lo que antes no era polvo aflora desde la entraña del tiempo, para trepar por nuestras raíces; que las fuerzas del Cosmos viven en la tierra y en el tiempo y que el Cosmos vive dentro de nosotros mismos; que la canción madura como maduran los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trigales y que la voz del ave no es extraña a la alegría que brilla en las pupilas de la niña que corre por el sendero travieso. Sentirá el frío de las soledades y la grave unción de la piedra. Conocerá al río manso y al río arisco y al río aquel que se quedó sin agua. El bosque, ora poblado de voces, ora erizado de silencios, le abrirá sus rutas misteriosas. Y la llanura y el camino que araña la llanura y las represas tendidas de espaldas para mirar el cielo y los pozos que se ahondan en la tierra y la Naturaleza toda, deshilarán las cuerdas del secreto y le brindarán su voz.

No creo que estas referencias a nuestra experiencia local importen una revelación ni pretendo presentar ninguna fórmula; apenas quiero referirme a esa experiencia, pobre experiencia de hombres del campo y de la aldea.

No desdeñamos, no, el verde que estalla en la impacientada gloria del follaje ni el oro promisor de las vainas frutales; pero afianzamos nuestra fe en la gracia de las raíces ocultas y en la fecunda realidad del humus que guarda el secreto de las fuerzas creadoras.

A las entrañas de la tierra y del tiempo fuímos en busca de la verdad en que procuramos sustentar nuestra pequeña producción artística; si nuestras fuerzas no fueron capaces de acercarnos a ella, la intención deja detrás nuestro un rumbo para quienes, mejor dotados, logren alcanzarla; pero por esa senda no han de marchar sino aquellos que, con su entrañable amor por lo nuestro, rechacen toda complacencia con los fáciles modos de la imitación decorativa y pintoresca. Este es nuestro sentido de la autenticidad en lo regional.

EL RESULTADO DE LAS ELECCIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Por L. L. BERNARD

Al escribir esto, cuatro días después de las elecciones del 2 de noviembre en los Estados Unidos, casi todo el mundo está expresando todavía su sorpresa por el mandato del pueblo. Mr. Truman, el candidato democrático a la Presidencia, no sólo obtuvo 504 compromisarios electorales contra 189 de Mr. Dewey, el candidato republicano, y contra los 38 de Mr. Thirmond, el candidato de los derechos de los Estados, sino que obtuvo la mayoría de los 47.000.000 de votos emitidos por los nueve candidatos en la lucha. Con la elección de Mr. Truman ha sufrido un cambio completo la composición del Congreso nacional, que era resueltamente republicano en la Cámara de Representantes y en el Senado durante los dos últimos años. El nuevo Senado estará compuesto por 54 demócratas y 42 republicanos, y la nueva Cámara de Representantes tendrá una mayoría demócrata de más de noventa miembros. Estas mayorías son casi la exacta inversión de las mayorías republicanas de 1946-1948. Al mismo tiempo, nueve de los gobernadores demócratas, dando así una mayoría de casi dos tercios a los gobernadores demócratas de los Estados.

Estos inesperados cambios resultaron más sorprendentes porque las consultas electorales, los profetas políticos, los periódicos, revistas y los pronosticadores expertos de la radio habían predicho todos, sin una sola excepción, la victoria aplastante de los candidatos republicanos. Los compromisarios electorales que solían asignar estos profetas del éxito republicano eran 345 a Mr. Dewey y 105 a Mr. Truman. Ninguno de ellos pensó que la Cámara de Representantes sería demócrata, y pocos republicanos esperaban perder el control del Senado. Mr. Dewey confiaba tanto en su propia elección que había comenzado a planear el personal de su gabinete. Algunos de los miembros del gabinete de Truman habían hecho planes para retirarse al terminar el presente período de Mr. Truman. De un miembro del gabinete de Truman, que éste había sacado de una empresa de inversiones de Wall Street, se decía que proyectaba ser incluído en el gabinete de Mr. Dewey como un conveniente agente de enlace con los intereses económicos que la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gente supone pertenecen al partido republicano. De diferentes altos funcionarios del gobierno Truman se ha dicho que habían puesto a la venta sus residencias de Washington para después de Año Nuevo. Al parecer, Mr. Truman fué el único de su gobierno que había anticipado la victoria.

Todos los órganos de publicidad, tanto como los candidatos triunfantes y derrotados, se afanan por explicar la inexperada victoria de los demócratas. Mr. Dewey dice que los republicanos confiaban demasiado en la victoria, y dos o tres millones de votantes republicanos se quedaron en sus casas en vez de acudir a los comicios. En realidad, aproximadamente 48.000.000 de votantes autorizados de todos los partidos dejaron de ejercer su derecho electoral. Considerando la gran desanimación de los demócratas antes de las elecciones, es muy probable que dejaran de votar más demócratas que republicanos. Mr. Truman dijo repetidamente, antes y después de la elección, que él había esperado siempre ganar la contienda por los sufragios del pueblo. Algunos de los republicanos pretenden que fué el voto de más de 2.000.000 de funcionarios federales el que dió la mayoría a los demócratas. Un radiodifusor popular dijo que él pensaba que la elección fué decidida por la cálida y amable personalidad de Mr. Truman en contraste con la actitud distante de Mr. Dewey. Otro dijo que el factor decisivo fué el persistente hábito de Mr. Truman de discutir problemas reales en los 270 discursos de su campaña electoral, mientras que Mr. Dewey trató sólo de amenas generalidades en los 170 discursos que pronunció. Era tan evidente que Mr. Dewey evitaba comprometerse a ninguna política legislativa que acaso muchos creyeron que no se atrevía a decir al público lo que haría si fuera elegido. Hasta el tiempo y la lluvia en algunas secciones del país fueron inculpados por el resultado de las elecciones. Los republicanos nunca se inculparon a sí mismos por representar a las clases gobernantes opuestas a los intereses de las masas de votantes como causa de su derrota. Pero los demócratas acentuaron este punto constantemente antes y después de la elección.

A mí no me parece que haya ningún misterio en cuanto o por qué los demócratas vencieron a los republicanos. También quedé sorprendido, pero sólo porque los votantes mostraron más perspicacia de la ordinaria al captar la situación y actuar conforme a esta inteligencia. Creo que si las elecciones se hubieran realizado antes de terminar la estación del béisbol profesional, que es el principal punto de interés para el público norteamericano durante los meses de verano, hubiera

podido ser el candidato triunfante a la Presidencia Mr. Dewey, en vez de Mr. Truman. Pero los partidos finales por el "campeonato mundial" de béisbol se habían jugado unas tres semanas antes de que ocurriera la elección y la atención se había vuelto, del apoyo a los "héroes del diamante", hacia el apoyo al gran circo político que sólo se presenta una vez cada cuatro años. En tanto que la campaña de Mr. Dewey ha sido en gran medida ampliamente incolora, la de Míster Truman ha sido vigorosa y dramática hasta un grado desconocido desde los días en que William Jennings Bryan fué tres veces el candidato demócrata a la Presidencia hace más de cuarenta años. Mr. Dewey prefirió la falta de relieve para no revelar sus preferencias por el orden capitalista de nuestra sociedad. Por ejemplo, alabó la obra del Ochentavo Congreso (Republicano) que el pueblo abominaba. Prestó también apoyo a la Ley del Trabajo Taft-Hartley, que millones de obreros consideraban como un ataque directo a su libertad de negociación.

Mr. Dewey no sólo sustituyó la discusión vital de los problemas económicos y políticos actuales por vagas trivialidades políticas, sino que también repitió el ataque demente que había dirigido al gobierno de Roosevelt en 1944, diciendo que el gobierno presente estaba envejecido y cansado, y que se hallaba fuera de la corriente. Raramente ha habido una campaña tan trivial e inimaginativa en torno a la Presidencia. Su futilidad sólo puede explicarse por la suposición —confirmada por Mr. Dewey mismo— de que los republicanos tenían confianza excesiva en la victoria. Las consultas de la opinión, la radio y los periódicos —el noventa por ciento o más, propiedad de los republicanos— habían arrullado a Mr. Dewey y a sus consejeros políticos hasta dormirlos con su adulación y predicciones basadas en la más completa falta de comprensión de lo que las masas del pueblo pensaban. Uno de los principales consultores de opinión había dejado de recoger opiniones desde agosto porque había decidido que Mr. Dewey iba a ganar de un modo seguro. Podría suponerse que los reporteros de los periódicos percibirían mejor la situación, pero, o no lo hicieron, o sus directores no les permitieron publicar informes favorables a Mr. Truman. Dos factores básicos parecen explicar esta marcada ceguera de los centros publicitarios. Uno fué el predominio del pensar a medida del deseo entre los candidatos, sus sostenedores de los grandes negocios y los poseedores pro-negocios de los órganos de publicidad. El otro fué la aparente supresión de noticias contrarias a sus deseos en un esfuerzo para crear una atmósfera de "coche precintado" entre los votantes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Este esfuerzo para suprimir las opiniones desfavorables a su causa ha sido denunciado por uno de los pocos expertos en publicidad que predijo el éxito demócrata.

La vigorosa estrategia de la campaña de Mr. Truman fué el factor decisivo para tornar a su favor la elección. Comenzó la compaña con una enorme desventaja, tanto a causa de su carrera administrativa como de su propia personalidad. Había cometido numerosos errores políticos en los tres años que ocupó la Presidencia. Había debilitado y por último abandonado la política del control de precios, con el resultado de que la inflación llegara a ser una peligrosa realidad. Su política europea había además aumentado aun más la inflación por el inaudito tiempo de paz gubernamental empleado. Apoyó la conscripción militar en tiempo de paz, lo que era contrario a las tradiciones democráticas del país. Había llenado su gabinete y los puestos superiores de libre nombramiento del gobierno casi enteramente con selecciones de Wall Street y del ejército —"el oro y el bronce", como los denominó Henry Wallace. Había nombrado o mantenido en sus puestos a hombres públicamente acusados de prácticas financieras discutibles, algunos de los cuales fueron depuestos de sus cargos por investigaciones senatoriales. Había sido acusado de "doble palabra" política, al tratar de "llevar el agua en ambos hombros" políticamente, según expresa la frase. Había adquirido la reputación de ser una personalidad débil, ni conociendo su propio pensamiento, que se suponía elaborado para él por las personas que poseían más poder político con que ayudarle o amenazarle. Tenía un "gabinete de cocina" de consejeros políticos de grado inferior, cuyas opiniones aceptaba a menudo en oposición a las de su gabinete oficial. Uno de ellos era conocido y aludido públicamente como el "bufón de la corte" por su facilidad en divertir al presidente con sus historias "chistosas", que se suponían lejos de toda dignidad. El Presidente, comprendiendo la necesidad de fondos de campaña para la elección de 1948, había dimitido en 1947 a todo miembro remanente del equipo oficial "New Deal" de Mr. Roosevelt, rodeándose de hombres generalmente considerados como representantes de los intereses financieros de Wall Street. En efecto, se le había acusado de haber abandonado las medidas del "New Deal" de su predecesor a cambio del apoyo financiero de los intereses reaccionarios del país en la inminente campaña presidencial.

Pero en este punto (al principio de 1948) Mr. Truman hizo un descubrimiento desconcertante. Los intereses financieros cuyo apoyo había presumiblemente cortejado en aquel tiempo, no querían saber nada

de él. Preferían a Mr. Dewey y al partido republicano como su defensor oficial en la Casa Blanca. Mr. Truman, para decirlo con metáfora, había vendido su primogenitura política por un plato de lentejas, y las lentejas no se le habían entregado ni se le entregarían. No sólo había perdido el apoyo financiero de los grandes negocios después de haber perdido la confianza del pueblo, por su curso político débil, sino que también se había enajenado la ayuda política liberal de aquellos grupos de minoría que dieron a Mr. Roosevelt sus mayorías. Un liberal tras otro —Henry Wallace, Mr. Ickes, el capaz Secretario del Interior de Mr. Roosevelt, Leon Henderson, y otros— le habían abandonado o denunciado. Varias organizaciones liberales lo repudieron. Los grandes caudillos políticos de la City, que trabajan encubiertamente con los grandes intereses financieros, cualquiera sea la etiqueta política que puedan ostentar, se prepararon para barrenar su barco político. Las consultas a la opinión mostraron ser su proporción de popularidad entre los votantes alrededor de un 30 por 100 posible. Los políticos, directores de diarios y ciudadanos importantes de todo el país le aconsejaron públicamente que abandonara su plan de convertirse en candidato a presidente en 1948, diciendo que si luchaba por el cargo sería el hombre más derrotado de la historia. Justamente antes de la convención electoral para la presidencia reunida a mediados del verano, la mayor parte de los líderes políticos demócratas con muchos partidarios trataron de buscar un candidato sustituto a quien pudiera ofrecer su apoyo. Se realizaron esfuerzos desesperados para inducir al general Eisenhower a que fuera su candidato, pero éste rehusó repetidamente. Aun el Juez de la Corte Suprema William Douglas podía haber recibido ese nombramiento, pero también lo rechazó, tan escasas habían llegado a ser las perspectivas de éxito demócrata en la campaña presidencial de 1948. Truman se negó a retirar su candidatura, y los líderes políticos del partido demócrata, no teniendo otro candidato, se vieron obligados a aceptarlo y a prepararse para la derrota del partido. Tan bajo había colocado a Mr. Truman su ineptitud política y personal en la primavera y verano de 1948.

Este infortunio personal resultó ser el choque necesario para obligar a Mr. Truman a rehacer su moral. La retirada del apoyo de las grandes finanzas, y la traición de Wall Street cuyo apoyo había cortejado de modo visible, demostraron ser su mayor bendición disfrazada. Traicionado así, y sin obligaciones respecto a ningún interés especial, anunció públicamente su intención de trabajar en adelante sinceramente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en interés del pueblo. Al parecer, éste no le tomó al principio muy en serio y se produjo un intenso movimiento para volver al tercer partido de Henry Wallace como solución para las masas del pueblo. No se esperaba ganar la Presidencia para Mr. Wallace en 1948, pero se anticipaba que su partido progresista podía adquirir fuerza y ganar la victoria en 1952. Se esperaba que la administración republicana, a la que se concedía de modo tan general la victoria en 1948, aun antes de que fuera designado su candidato, perdería tan por completo las masas del pueblo con su mala administración, que estas se volverían de buena gana hacia la dirección del tercer partido en las siguientes elecciones. Se pensaba que el partido demócrata se había desorganizado de modo tan completo por la inepta dirección de Mr. Truman y por la rivalidad interna de las facciones, que no podría restablecerse. Mr. Truman, esperando conquistar el apoyo del voto de los negros (que es aproximadamente una décima parte del total) había perdido el voto blanco del Sur inferior, declarándose por la igualdad de derechos civiles para todas las razas cualquiera sea su color. Como consecuencia, se organizó un nuevo partido de los derechos de los Estados, que ganó 38 compromisarios en cuatro Estados (Alabama, Luisiana, Misisipi y Carolina del Sur). Estos eran votos que de otro modo hubieran ido a parar al partido demócrata. Los votos a Mr. Wallace también fueron a expensas del partido demócrata, y dieron lugar a que perdiera el compromisario electoral a favor de los republicanos en Nueva York y Connecticut, una pérdida total de 55 compromisarios. Sin estas pérdidas, el voto electoral final de Mr. Truman habría sido de 379 en vez de 304.

Mr. Truman percibió sus errores políticos cuando, según pensaba la mayor parte de la gente, era demasiado tarde. Aun antes de su designación para candidato en el verano de 1948 se había dedicado intensamente a recuperar su fortuna política y a recobrar la confianza de los votantes. Comenzó a desafiar a la mayoría republicana del Congreso para restablecer el control de precios, para atacar la inflación, para aprobar una honesta ley de construcción de casas y abandonar así el apoyo de los intereses de los propietarios de fincas, para extender los beneficios de la seguridad social, y para derogar la odiada ley Taft-Hartley restrictiva para los obreros. En su mayor parte repercutió para la política suya el hecho de que los republicanos rechazaron estas propuestas. Después de su nombramiento como candidato a la Presidencia renovó dichas peticiones de legislación popular y las perfeccionó con una hábil estrategia de campaña. Inmediatamente, convocó a una re-

unión especial del Congreso con un renovado desafío a los republicanos para que se aprobara esa legislación. Hizo más fuertes sus demandas recordando a los republicanos sus promesas políticas electorales de aliviar las condiciones a que se había referido Mr. Truman. Otra vez se apuntó un triunfo estratégico cuando el Congreso republicano se negó a aprobar las leyes pedidas. El pueblo se convenció por esta negativa de que no tenía nada que esperar del partido republicano si fuera elevado al poder.

Míster Truman mostró una habilidad sorprendente en su campaña electoral. Mr. Dewey y su consejo organizador no eran rivales para él. Se hallaban obsesionados por la idea de que no podían perder las elecciones y se atuvieron a la idea de que cuanto menos dijeran sería mejor para ellos. No prometerían nada, y después cuando no hicieran nada, no podrían ser acusados de faltar a su mandato. Esta era en sí mismo una noción pervertida de las obligaciones políticas, puesto que debían haber conocido qué era lo que deseaban los votantes del partido ganador y lo que de él esperaban, siendo responsable de no realizarlo, hubiera o no promesas.

Mr. Truman comenzó su propia campaña de más de 22.000 millas y más de 270 discursos llamando la atención sobre el hecho de que los republicanos se habían negado a aprobar en la reunión especial del Congreso, en agosto y setiembre, las leyes prometidas en su propaganda política. Después atacó al Ochentavo Congreso (Republicano) como el Congreso peor y más reaccionario de nuestra historia. Repitió esta acusación a través de todo el país, e indicó millares de veces los tipos de legislación necesarios que se habían negado a aprobar, y las malas leyes que habían aprobado. Esto era exactamente lo que el pueblo deseaba oír; atrajo a enormes multitudes para oír a Mr. Truman, a veces hasta de 150.000 personas. La radio también transmitió repetidamente su voz y sus argumentos a todo el país. Atacó los antecedentes y los fines del partido republicano, diciendo que los republicanos constituían el partido de los privilegios especiales, y que la elección de Mr. Dewey, si ocurría, sería el comienzo del fascismo en este país.

La campaña de Mr. Truman fué dramática y apasionada. Aunque sus muchedumbres eran mucho más grandes y respondían más que las de Mr. Dewey, los republicanos confiaban tanto en su victoria que no estaban alarmados por ello. Mr. Dewey adoptó la táctica de seguir a Mr. Truman por todo el país, hablando ordinariamente en los mismos lugares un día o dos después, pero sin que nunca contestara realmente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a los argumentos del candidato demócrata. Finalmente, su hábito de hablar sobre generalidades, en vez de hacerlo con argumentos llegó a considerarse como una evasión, como en efecto lo era, y este *método* de seguir a Mr. Truman llegó a hacerse irritante a la vez que fútil. Los votantes eran más sagaces de lo que pensaban los republicanos. Juzgando por la tranquila acogida que encontraba Mr. Truman, cometieron el error de suponer que la gente prestaba poca atención a la campaña. Las grandes muchedumbres que se reunían para oír a Mr. Truman debieran haberlos desengañado, pero las explicaban como resultado de la curiosidad popular por ver al Presidente y a su hija Margarita, que había alcanzado una favorable publicidad como cantante desde que vivía en la Casa Blanca. Ambos candidatos llevaron sus esposas en sus campañas. Esta es una costumbre de la campaña presidencial en los Estados Unidos. Se supone que es una incitación para las mujeres votantes y una salvaguardia contra la posible difusión de rumores de escándalo por el partido opuesto.

Los demócratas tuvieron tres enormes ventajas sobre los republicanos en esta campaña, que los últimos no tomaron en cuenta con peligro suyo. Una fué la cólera de los obreros organizados, por la ley antiobrerista Taft-Hartley, que había aprobado el Ochentavo Congreso (Republicano) y que Mr. Dewey había aplaudido. Las organizaciones nacionales de trabajadores —el C. I. O., la A. F. de L. y los ferroviarios— se habían jurado derrotar a los miembros del Congreso que votaron esa ley. Mantuvieron su promesa como un solo hombre y dieron predominio demócrata al Ochenta y Un Congreso. Esto, como es natural, resultó en ventaja personal para Mr. Truman en cuanto candidato demócrata a la Presidencia. Es curioso que tal amenaza por parte de las organizaciones obreras, que comprenden a millones de hombres no preocupara mucho a los infatuados republicanos. El obrerismo jamás se había movido mucho políticamente en anteriores elecciones. Aquellos pensaban que ahora ocurriría lo mismo. Pero ocurrió de otro modo, bajo el latigazo de la ley Taft-Hartley.

Otra gran ventaja de los demócratas fué el furor de los consumidores por los elevados precios que tenían que pagar por los alimentos, el vestido, las casas y todas las demás necesidades de la vida. Los precios elevados y la creciente inflación la achacaban al Congreso republicano que defendía Mr. Dewey. Éste se había aventurado a hacer una contraacusación a los demócratas, diciendo que los altos precios eran debidos a los despilfarros del Gobierno y al envío de demasiados alimentos y artículos manufacturados al exterior, más que la omisión del Congreso en cuanto a restablecer los controles de precios. Es evidente que el cuerpo electoral consideró este argumento como otra evasiva. Mr. Truman también se benefició políticamente de su decidido apoyo a la equiparación de derechos de los negros. Aunque advirtió al partido demócrata y causó la pérdida de 38 compromisarios electorales que fueron a parar a los candidatos del partido de los "dixiecratas" (derechos de los Estados), probablemente le dió el margen de votos negros que le hizo conquistar Illinois y Ohio, dos grandes Estados con suficientes compromisarios electorales para hacerle ganar la elección. Los republicanos se habían declarado también por la igualdad de derechos civiles para los negros, pero la general desconfianza respecto a las promesas y motivos republicanos disminuyeron la fuerza de esta apelación a los votantes negros.

Otro "punto sensible" que actuó en beneficio de los demócratas fué la obstrucción a las leyes de casas presentada por el Congreso republicano. Los veteranos que volvían de Europa y de los Mares del Sur habían encontrado tan elevado el costo de las nuevas casas que no podían adquirirlas. El Congreso republicano había aprobado leyes que mantenían elevados los costos de construcción y favorecían los intereses de los propietarios de terrenos a expensas de las masas que necesitaban las casas al alcance de sus disponibilidades financieras. Su cólera contra el Congreso republicano se reveló en los resultados electorales.

Todos estos resentimientos mayores, y otros muchos menores no enumerados aquí, hicieron que la mayoría de los votantes convergiera en Mr. Truman y el partido demócrata como su única esperanza para librarse de las condiciones existentes. No había otro escape a la vista. Podían preferir la política de Mr. Wallace y del partido progresista recién formado. Pero nadie —ni aun Mr. Wallace mismo— creía que este partido pudiese ganar las elecciones de 1948. No había ni aun logrado asegurarse una representación en las listas de algunos Estados, incluyendo al populoso Illinois. También había sido perjudicado en meses recientes por el apoyo de los comunistas, cuyo beso letal le había hecho perder a Mr. Wallace la mayor parte de los defensores no comunistas. Aunque éste no es comunista, la hábil propaganda de publicidad de los viejos partidos afirmando que era el candidato más favorecido por Moscú y que los soviets habían ordenado a los comunistas de los Estados Unidos votar por él, contribuyó a llevar a millones de sus defensores potenciales no comunistas al partido demócrata. La fe creciente en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

las promesas de Mr. Truman, hechas en sus apasionados discursos de la campaña electoral, de defender la causa del pueblo, produjo la deserción de otros millones de votantes de Mr. Wallace a Mr. Truman. Estas promesas de Mr. Truman también hicieron al pueblo olvidar por el momento sus malos antecedentes durante los tres últimos años.

Como Mr. Wallace no podía ganar, y había la posibilidad de que Mr. Truman llevara el partido a la victoria, las masas se volvieron en su apoyo. Al cabo, Mr. Wallace y el partido progresista recibieron sólo poco más de un millón de votos en vez de los diez millones que se había predicho alguna vez que recibiría. Pero el partido progresista sigue siendo el tercer partido por su tamaño en los Estados Unidos. Si Míster Truman se muestra incapaz o renuente a cumplir sus promesas electorales y justificar así la nueva fe puesta en él por el pueblo, éste puede volverse a los progresistas, en 1952, en su búsqueda perenne de un campeón de su causa. Mr. Wallace, que no espera que el partido demócrata apruebe las leyes deseadas por el pueblo que lo llevó al poder para otros cuatro años, ha anunciado que el partido progresista estará en disposición de triunfar en 1952 cuando fracasen los otros partidos.

Pero no es en ningún modo cierto que el partido demócrata haya de fracasar en la justificación de las esperanzas recién reanimadas del pueblo. Mr. Truman ha declarado ya su intención de cumplir todas las promesas de su campaña, y se supone que planea un programa con ese fin. Las organizaciones de trabajadores que hicieron tanto para elegirle y Drew Pearson, el principal orador político de la radio en los Estados Unidos, le han pedido: 1) que promueva la legislación para anular la ley Taft-Harley, ofrecer facilidades para la adquisición de casas y extender las medidas de seguridad, higiene pública y control de precios en ayuda del consumidor; 2) que limpie su gabinete de "oro y bronce" (Wall Street y militaristas); y 3) que se libere de las influencias de un "gabinete de cocina" hipocrítico, adulador, que tan mal le aconsejó en el pasado. Se cree que Mr. Truman hará por lo menos una tentativa inicial para realizar el programa legislativo sugerido. Pero no es tan cierto que pueda arrastrar al partido demócrata en sus esfuerzos. Ha sido a los republicanos reaccionarios, y no a los demócratas conservadores, del Congreso a los que purgó el voto popular reciente. Uno de los perennes problemas políticos de Mr. Truman ha sido la oposición de estos demócratas reaccionarios del Sur que votaron en el Congreso con los republicanos contra las mismas leyes que Mr. Truman se propone ahora hacer aprobar. No es aun perceptible si han sido depurados por

las recientes demandas populares indicadas por las elecciones, y si se ha añadido un número suficientemente grande de nuevos congresistas demócratas progresivos para garantizar el éxito legislativo del programa de Mr. Truman. El auxilio puede venir, sin embargo, de los congresistas republicanos liberales. Algunos de ellos han prometido apoyar el programa Truman. Ahora que los republicanos están en minoría en el Congreso, la presión para seguir estrictamente las directivas del partido no será tan fuerte, y pueden votar con los demócratas apoyando el nuevo programa Truman. Es cierto, sin embargo, que Mr. Truman se inclina más a la legislación liberal que la mayoría de su partido en el Congreso.

Más dudoso parece que Mr. Truman acepte el consejo de los trabajadores y de Mr. Pearson sobre las otras dos propuestas. La práctica de Mr. Truman de sacar a miembros del "New Deal" de su gabinete y de altos puestos oficiales, y sustituirlos por hombres de Wall Street y militares, no se basaba quizá exclusivamente en su deseo de lograr apoyo financiero para su campaña presidencial. Como antiguo hombre de negocios (mercero) en una pequeña población y ex-capitán de artillería, hombre él mismo de perspectiva limitada, ha tenido un enorme respeto por los grandes financieros y los militares superiores. Le parecía que eran los hombres prácticos, los hombres que podían hacer las cosas. No contó con su devoción a los intereses egoístas a expensas del interés público, y es probable que no tuviera conocimiento de que eran personas de una visión política y social sumamente estrecha. Por desgracia, es demasiado cierta la acusación de los críticos sinceros de Mr. Truman, de que su preparación no ha sido la necesaria para hacerle bastante apto para la Presidencia. Puede dudarse de que haya quedado desilusionado en medida suficiente sobre Wall Street por los recientes acontecimientos políticos. Es casi cierto que no ha sufrido aun suficientes desilusiones respecto a los "grandes bronces".

Aun más difícil puede ser divorciar a Mr. Truman de su sumisión al "gabinete de cocina". Es lo que puede llamarse una personalidad débil, por regular que pueda ser en su moralidad personal. Desconfía de sus propios conocimientos y de su competencia para planear y dirigir los asuntos de un gran Estado nacional, que está llamado a desempeñar un papel mundial de primer plano. Su ferviente apelación a las masas que le han elegido hace pocos días para que oren por él y le ayuden revela cuán profundamente siente la "terrible responsabilidad" de su empleo, como él lo llama. Constitutivamente, depende de otros para

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su seguridad y orientación. Sólo en raras ocasiones, como en su reciente campaña, puede "llevar el bocado a su boca", y lanzarse solo a una búsqueda aventurada. Unido a esta infortunada duda sobre sí mismo está su pobre juicio sobre los hombres. No puede distinguir a los sinceros y los capaces de los insinceros e incompetentes o sólo en parte competentes. Ha llenado muy menudo las posiciones políticas importantes con hombres de segundo y tercer orden, cuya profesión de lealtad a él era ruidosa pero insincera. Le resultaba casi imposible desilusionarse de estos hombres. Es muy dudoso que tenga a la vez la prudencia y el coraje para disociarse de tales hombres que se recomiendan a él y que sólo lo hacen por los intereses a que sirven. Esta es la cuestión sobre la que están más ansiosos quienes verdaderamente le desean bien.

Por extraño que pueda parecer, el partido republicano podría aprovechar de su reciente derrota más de lo que hubiera hecho con el éxito de las elecciones que acaban de terminar. Este partido ha llegado a ser conocido como el defensor y el agente político de los grandes negocios en el país. El control sobre su política y organización ha pasado de las manos del pueblo a las de los grandes intereses económicos que financian sus campañas. Las masas del pueblo han llegado a comprender este hecho. Desde hace veinte años lo vienen rechazando en las elecciones. Al senador Aiken, de Vermont, uno de la minoría de directivos liberales dentro del partido republicano, se le atribuye el dicho de que las últimas elecciones muestran que si este partido ha de volver alguna vez al poder tiene que purgarse de su orientación reaccionaria inspirada por los negocios y convertirse en un partido del pueblo, como lo era en los primeros tiempos de su historia. Si resultara de su reciente derrota esta regeneración del partido republicano, su desgracia sería una bendición disfrazada.

Las elecciones se decidieron sobre la base de cuestiones internas, no internacionales. Parece importante destacar este hecho porque algunos de los comentaristas han afirmado lo contrario. Han acentuado que casi todos los aislacionistas que se opusieron al plan Marshall y al programa de recuperación económica han sido retirados a la vida privada por el voto popular. Ello es cierto, pero su retiro resultó principalmente del hecho de que estos mismos aislacionistas eran también ultraconservadores respecto a la política interior. Es hasta posible que Mr. Truman pudiera no haber sido reelegido sobre la base de su política extranjera. Se han hecho muchas críticas de su envío de dinero y equipo de guerra a Grecia y Turquía, de sus recientes aproximaciones a Franco en España

y a los fascistas de Alemania, Italia y Francia. La desilusión de Chiang Kai Shek por la derrota de Dewey ilumina en otra forma lo que el pueblo piensa de nuestros compromisos políticos en el extranjero. Es casi cierto que el próximo año gastaremos menos dinero como soborno en Europa.

Un comentario final parece necesario. Esta elección explica de una manera concluyente el papel de la propaganda en la política moderna como ninguna otra cosa lo ha hecho desde los días en que Mussolini e Hitler adquirieron el control de la mente popular en Italia y Alemania. La convicción extendida en los Estados Unidos de que los republicanos ganarían las elecciones se debió sin duda a la incesante reiteración de esta afirmación por casi todos los órganos de publicidad del país, propiedad de los grandes intereses económicos. Los propagandistas acabaron por convencerse ellos mismos. Cuando se conocieron los resultados finales fueron ellos los más sorprendidos. Las elecciones demostraron también la impotencia de la propaganda para decidir unas elecciones cuando el pueblo puede elevarse hasta el punto de ser capaz de pensar por sí mismo. Pero tal despertar sólo parece ser posible cuando otras apelaciones en competencia, incluyendo las diversiones comercializadas, no son lo bastante fuertes para borrar los intereses políticos más serios. Los espectáculos circenses tienen una antipatía mortal por la política sana. También la política parece florecer mejor cuando se convierte en un estadio. Mr. Truman ha sido mejor director de espectáculos que Mr. Dewey.

Pennsylvania State College, noviembre 1948.

VANDALOS Y DUDADORES

COMENTARIO ACERCA DE UNA ESCARAMUZA ENTRE *LITERATURA SOVIETICA* Y *HORIZON*

Poco tiempo atrás, la revista soviética que lleva el nombre de una literatura inexistente, creyó necesario lanzar un ataque a fondo a la pequeña revista publicada en Londres, *Horizon*, que es, quizá, de cuantas allí hoy aparecen, la que refleja con más fina y honesta

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

precisión el panorama de la nueva —y singularmente vivaz— literatura de lengua inglesa. *Horizon* inicia su último número con un comentario de este pequeño hecho significativo. El comentario —que pasamos a comentar nosotros— es también un pequeño hecho significativo.

Parece que "la desventurada crítica A. Elistratova" ha dirigido sus espontáneos dardos a Cyril Connolly, director de la revista, Evelyn Waugh y Herbert Read, "la *clique* decadente y reaccionaria de *Horizon*". Recordemos que Evelyn Waugh es culpable de haber escrito una sangrienta sátira de los Estados Unidos —*The Loved One*— dada íntegramente por *Horizon* en una de sus últimas entregas y que, dicho sea de paso y según nuestro pronóstico, muy posiblemente perdurará como obra perfectamente lograda dentro de su género. Tiene, por lo menos, mayor probabilidad de permanecer en la memoria de los hombres que los diarios insultos de *Pravda* a Mr. Truman, pues ni el insulto político ni Mr. Truman ofrecen el menor interés duradero. ¿Será precisamente eso lo que la Sra. Elistratova no le perdona al escritor británico? Si es así, comprendemos su melancolía y simpatizamos con ella. ¡Ojalá fuera algún ruso de hoy capaz de lanzar sobre ciertos cementerios occidentales la mirada libre, incisiva y jocunda del joven católico inglés!

Pero éste no es el nudo del asunto. Parece que la revista rusa acusa a la inglesa de ser "ciudadela británica de una militante decadencia de las artes" y recuerda una lista publicada por *Horizon* de aquellos signos, que, según la dicha revista, "definen a toda comunidad civilizada" y que serían: la abolición de la pena de muerte, la supresión de las leyes que condenan la homosexualidad, etc. Como esta lista fué objetada en su momento por Evelyn Waugh desde un diario católico, el articulista de *Horizon* se vuelve repentinamente contra los católicos y afirma, sin más, que si un escritor de hoy no es atacado a la vez por católicos y comunistas "no es un escritor de su tiempo". (No podemos dejar de anotar que no tenemos hasta ahora noticia de que los católicos ataquen hoy en ninguna parte, con la modesta excepción del Sr. Sartre, a los escritores liberales.) Mas sigamos adelante. Transcribiremos el párrafo en que el director de *Horizon* define, a renglón seguido, la posición filosófica de la revista:

"*Horizon* se titula a sí misma Revista de Literatura y de Arte, lo cual viene a significar que creemos en el punto de vista estético: que creemos que el arte y la literatura existen por derecho propio —no como síntomas de actitudes políticas ni tampoco *ad majorem Dei gloriam*. No tenemos ninguna prueba de que así sea; no tenemos ninguna prueba

de que los valores absolutos —Verdad, Justicia, Virtud, Libertad— existan realmente, pues quizá sólo sean meros acomodos de nuestra conveniencia: mas he aquí que pertenecemos a ese sector de la civilización occidental que ha sido educado para conducirse como si esos valores existieran. "*Who have been conditioned to behave as if they existed.*" Nuestros valores vienen de Grecia, Roma y la Biblia; del Renacimiento; somos, en realidad, humanistas. El dilema del humanista es, precisamente, que la Razón —por la cual vive— le impide creer en los valores abstractos por cuya defensa está a menudo, y paradójicamente, dispuesto a morir."

Es posible que sea porque —tal como está ahí expresada— esa posición se torna cada día menos vital y menos vivible y suena melancólicamente a viejo cristal de vitrina (más conmovedor, por cierto, cuanto más amenazado), pero el hecho es que nunca nos había sorprendido más fuertemente su artificioso y precario aspecto; nunca habíamos percibido mejor la dificultad que halla ella misma en fijar y defender esa complacida instalación en la duda en que consiste cierto tipo —ay, lujoso— de liberalismo. Es verdad que el hombre tiene derecho a dudar; que el hombre *comienza* por dudar. ("Señor, creo; ayuda mi incredulidad.") El derecho a la duda, aunque no se lo proclame a gritos en las esquinas, es un derecho fundamental. Quienes lo nieguen, niegan al mismo tiempo la conciencia de cada hombre, ese recinto inviolable y sagrado sobre el cual se asienta el edificio moral y social que protege —bien o mal— hace dos mil años, al hombre de Occidente. ¿Mas tiene derecho el hombre a fundar su vida sobre la duda? ¿Tiene derecho a hacer de esa vacilación, de ese íntimo temblor del ánimo, de ese ansioso no saber, de esa indigencia o de esa cobardía, su casa? ¿Puede acaso construirse una vivienda en un camino? ¿Puede una civilización entera hacer de ese derecho personal privado el cimiento de su filosofía? ¿Tiene derecho a hacer de la duda, Duda?

Quizá pueda decirse de cierto muy evolucionado liberalismo —ese que es, en realidad, racionalismo sentimental y confortable— que su pecado es el haber hecho de la duda rigurosa y funcional de Descartes punto de arribo, atmósfera habitable, plácida morada. Dentro de ella, el hombre ha ido perdiendo toda capacidad de afirmación. Enseñado a dudar desde que nace, ha venido a no saber ni elegir ni creer, y ha ido convirtiéndose poco a poco en eso que es hoy: este pálido dudador mortífero, sin Dios y sin cuerpo, erizado de armas monstruosas inven-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tadas por él, ávido de oro, melancólico, juguete dócil de fuerzas que ya no puede dominar y ciego fabricador de cataclismos...

El liberalismo que no cree y vive "como si" creyera ha sido desbordado por su propia circunstancia. Ya no es ni psicológica ni prácticamente posible. Nuestros padres fueron liberales. Nosotros ya no podemos serlo. Sabemos, porque lo hemos sentido en carne propia, que el trance es infinitamente doloroso. ¡Se estaba tan bien en aquella casa, la Duda; la convivencia en ella era tan delicadamente sentimental, tan respetuosa de todo, tan distante de todo; todo, en la morada espectral, tenía su sitio posible, pero —qué delicia— nada más que posible! ¡Era tan suave aquella permanente fiesta, donde ninguno de los invitados incurría en la vulgaridad de ser realmente una presencia!

Su hora fué fácil, breve, matizada, como un tibio atardecer. Mas en su media luz, que apenas tocaba las formas, dormían, duermen —fuego bajo cenizas— quebrados destellos del sol medioeval. Todavía brillan aquí y allá rotos resplandores. Los valores absolutos están todavía a la vista de los hombres.

El mundo que venga, cuando el último pedazo de éste haya caído hecho polvo a nuestros pies —es bueno que vayan viendo lo que ya tienen delante, los dudadores—, *será o Cristiano o Comunista*. Los liberales no pesarán en la balanza. Una fe no puede luchar sino con otra fe. Con un "as if" en la boca no se ganan ciertas batallas. Si triunfa el Cristianismo, los liberales tendrán el sitio que les asigna Eliot en su *Idea of a Christian Society* o Maritain en su *Humanismo Integral*, el de habitantes disidentes pero respetuosos de la obra común. Si triunfa el Comunismo no habrá sitio alguno para ellos sobre la faz de la tierra. La actitud liberal o humanista, cuyo postulado esencial es el respeto a la personalidad humana, procede, al fin, histórica y filosóficamente, del Cristianismo. Quisiéramos poder decirles a los liberales de los cuatro horizontes que si el liberalismo se salva, se salvará, no en la medida en que dude, sino en la medida en que crea, si tiene el coraje de volver a creer.

Cuando hablamos de Cristianismo, no se suponga que pensamos en apostolados protegidos por poderes temporales impuros. Eso nos parece ser lo contrario del apostolado. Cuando hablamos del nacimiento de un mundo nuevo pensamos en una sacudida espiritual que recorra la tierra y soñamos en la voz de un nuevo San Pablo, clamando, alta, desde la colina romana y soñamos con que sería escuchado por los hombres todos. Sabemos que es difícil imaginarlo, pues nunca, quizá, hemos estado

más lejos de Cristo. Mas eso, *una nueva revolución cristiana*, es lo único que puede salvarnos.

Todo lo cual no quiere decir que en escaramuzas como la que hemos comentado más arriba, hayamos tomado partido por los vándalos —esos, tras de cuyo paso no puede ya una brizna de pasto ser diferente de otra—. Pero sí tenemos que decir que abrigamos la convicción de que la sociedad de mañana será construída bajo el signo de Marx o bajo el signo de Cristo.

Para terminar, reproduciremos unas palabras proféticas de Newman, pronunciadas allá por 1840. Se hallan en la *Apologia pro vita sua*.

"Entonces, sí, tendrá lugar el recio encuentro. Cuando dos principios reales y vivientes, simples, enteros y consistentes, el uno dentro de la Iglesia, el otro fuera de ella, se lancen al final el uno sobre el otro, no ya para disputar acerca de nombres o palabras o puntos de vista intermedios, mas para imponer nociones elementales y caracteres morales diferentes."

A los prolegómenos de esa batalla está asistiendo hoy el mundo.

CARMEN GÁNDARA

TOTALITARISMO Y LIBERALISMO EN LA EDUCACION

POR un accidente al parecer fatal, la mente humana se refiere frecuentemente, para expresar sus actitudes espirituales, a órganos o funciones corporales y materiales. Así ha ocurrido con los términos más elevados de alma, espíritu, idea, cultura, etc., todos los cuales tienen, como es sabido, un origen claramente fisiológico u orgánico.

Así ha ocurrido también con las actitudes o posiciones políticas. Del simple hecho de que el cuerpo humano tenga dos brazos o dos manos colocados respectivamente a uno y otro lado de su eje, ha sur-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gido en el cuerpo político las denominaciones de derecha e izquierda aplicadas hoy a diversos partidos políticos antagónicos que antes se llamaban liberales y conservadores, revolucionarios y reaccionarios, federales y unitarios, individualistas y colectivistas, siempre en lucha unos con otros. En la actualidad ese antagonismo se lleva a diversos partidos políticos, sin que sepamos exactamente cuáles corresponden a la derecha y cuáles a la izquierda, así como tampoco si hay algunos que pertenecen al centro del cuerpo social.

La confusión procede de la situación del mundo en nuestro tiempo, y más concretamente de los últimos años en que se ha desarrollado la tragedia social y política actual. El primer acto de ella tuvo lugar en la escena europea, con la guerra de 1914-18, entre la concepción autoritaria y militarista germánica y la liberal y democrática de los "aliados", entre los cuales figuraba sin embargo la autocrática Rusia. En el segundo acto, los papeles los desempeñaron, ahora en una escena mundial, la visión totalitaria y nacionalista de Hitler-Mussolini-Hirohito y esta vez también la liberal y democrática del resto del mundo, en el cual se hallaba asimismo la ahora comunista Rusia. El tercer acto se está representando hoy, hasta ahora en guerra fría, entre las potencias occidentales (democráticas, socialistas, liberales, etc.) y las orientales (totalitarias, comunistas, autoritarias, etc.).

Claro es que las cosas no son tan sencillas como aquí se dice. Pues, aun quedando en pie las líneas generales de la obra, se entremezclan en ella aspiraciones y tendencias de muy diverso y oscuro género: imperialismo, nacionalismo, predominio económico, voluntad de poderío, que penetran en uno y otro campo. Pero en general se suelen colocar las cosas según el respectivo punto de vista del observador, de modo que a un lado están los personajes "buenos y al otro los "villanos", a un lado la luz y al otro la sombra. Y el hombre medio, común, que no está "comprometido", se encuentra perplejo ante tan divergentes valoraciones. Y llega a sospechar que las cosas no son tan simples como aparecen en la política, y aunque tome partido por uno u otro lado, no deja de ver que en ambos campos hay cosas buenas y malas, luces y sombras, y que es preciso llevar a ellos la máxima claridad posible.

Estas divergencias ideológico-políticas han llegado también, como no podía por menos de ocurrir, a la educación, la cual aparece hoy escindida en las dos tendencias generales aludidas, que para simplificar, podemos llamar occidental o liberal y oriental o totalitaria, desechando la equívoca denominación de democrática que como una palabra mágica

todo el mundo se atribuye. Para el hombre occidental, que busca la luz, la elección creo que no es dudosa. Pero lo grave es que al socaire de la determinación que nos viene impuesta por la historia y por nuestra resolución individual, se quieren introducir vergonzosamente ideas y se pretende perpetuar situaciones ya a punto de desaparecer antes de la agudización del conflicto actual o desaparecidas de casi todo el mundo mucho tiempo antes.

Tales son por ejemplo las ideas que se refieren a la libertad y la coerción en la educación, a las relaciones entre el individuo y la sociedad y entre la Iglesia y el Estado, a la elevación cultural de las masas, etc., y a otros varios problemas que vamos a tratar de aclarar.

Como es sabido, el problema de la educación pública, nacional, estatal, se ha planteado concretamente en el mundo occidental desde la Revolución francesa y los "reyes ilustrados" del siglo XVIII. Con ella se trataba de universalizar y secularizar, bien en forma liberal o bien autoritaria, la educación, confiándosela al órgano más poderoso que se poseía, al Estado. Desde entonces, con diversas modalidades, éste ha asumido la dirección y sostenimiento de la educación en todas partes.

Hasta el advenimiento de los Estados totalitarios, se había llegado a establecer no sin bastantes luchas un cierto equilibrio en las relaciones de la sociedad y el Estado, entre la colectividad y el individuo en materias de educación. El Estado imponía desde luego un nivel mínimo de instrucción y creaba y sostenía establecimientos docentes, pero dejaba en libertad a los individuos para alcanzar ese nivel educativo donde quisieran, sin coartar así la libertad de enseñanza. La misma Iglesia, que al principio fué enemiga de esta situación, se había avenido a reconocerla, en la imposibilidad material y política de hacerse totalmente cargo de la enseñanza y ante la posibilidad que tenía para crear y sostener instituciones docentes.

Tal estado de cosas desapareció radicalmente con el triunfo del totalitarismo en Rusia y Alemania y de modo menos intenso en Italia. El Estado llegó a absorber la educación en todos sus grados y suprimió la iniciativa particular y la libertad de enseñanza. La Iglesia, por supuesto, perdió en ella toda su influencia, y quedó privada de sus establecimientos de educación. Una situación parecida, sólo que con signo contrario, ocurrió en los Estados pseudototalitarios en cuya educación se suprimió toda disidencia en materia política o religiosa y en la que se concedió a la Iglesia un monopolio completo. En uno y otro caso, se estableció una verdadera Inquisición; se persiguió o no se admitió en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la educación a los heterodoxos; se eliminaron los libros "peligrosos" y se suprimió, en suma, toda libertad de enseñanza.

Pero las cosas no marchaban tampoco muy bien en algunos de los Estados llamados democráticos. Es cierto que las posiciones oficiales no se han modificado radicalmente en muchos de ellos, y que continúa predominando la libertad y la tolerancia en materia de enseñanza. Pero no lo es menos que ha habido y hay manifestaciones que tratan de cambiarla en un sentido no precisamente liberal y democrático. Así, bajo el pretexto de que la educación pública debe ser religiosa, se quieren imponer en ella los dogmas de iglesias determinadas. Se rechaza la concepción de la educación religiosa extraconfesional, propia de los pueblos anglosajones, o la religiosa interconfesional característica de los pueblos centroeuropeos. Y se pretende volver a la situación anterior al siglo XIX, en que las iglesias monopolizaban la enseñanza en todos sus grados y manifestaciones.

Esta concepción totalitaria religiosa tiene su paralelo político en ciertos Estados totalitarios o pseudototalitarios en los que se impone o se quiere imponer una orientación determinada. La educación liberal-democrática iniciada en el siglo anterior se había declarado neutral en materia política, y sólo aspiraba a dar una cierta preparación cívica, una educación que de un modo vago se definía como nacional y patriótica. Pero en general respetaba las convicciones religiosas y políticas de las familias y de los alumnos en sus establecimientos escolares. Tal situación la destruyeron las potencias comunistas, fascistas y nacional-socialistas, y las que después las han seguido más o menos encubiertamente, imponiendo sus credos políticos y sociales en todos los establecimientos de educación, desde el jardín de infantes a la universidad. Los resultados de tal educación son conocidos por todos y no hay por qué repetirlos aquí.

Por otra parte, y como reacción a ese estatismo monopolizador, se ha desarrollado en algunos países un movimiento que cae en el extremo contrario: se quiere volver al liberalismo del *laissez faire*, al individualismo contrario a toda acción colectiva o del Estado en cuestiones de educación. Esta tendencia se manifiesta en ciertos círculos conservadores, aristocráticos, que tienen resuelto, al menos aparentemente, el problema de la educación de sus hijos, enviándoles a escuelas privadas, de retribuciones elevadas, inaccesibles a la generalidad de las gentes. Asimismo ese movimiento se percibe en algunos círculos eclesiásticos, que desean el predominio de la enseñanza privada, al menos en el grado

de la secundaria, y que en parte ya lo tienen por las sucesivas concesiones del Estado.

Que debe existir libertad de elección para la educación es algo que ningún espíritu libre puede negar; no hay nada más monstruoso que la máquina burocrática del Estado absorbiendo todas las iniciativas y ahogando las preferencias y sentimientos más íntimos de los hombres. Pero, por otra parte, el Estado tiene la obligación de garantizar la libertad de sus nuevas generaciones, impidiendo que se les impongan credos y tendencias particularistas, cuando aquellas no tienen libertad de elección entre ellas. Por esto debe defenderlas frente al particularismo de las tendencias centrífugas y proporcionarlas el margen más amplio posible de elección. De aquí la necesidad de una educación de Estado, precisamente para asegurar la libertad de opinión y de creencia a sus futuros ciudadanos. De otro modo, estos serán presa de todos los apetitos políticos, económicos, religiosos y sociales del mundo en torno.

En el aspecto puramente social existe una mayor coincidencia en todas partes. Por lo general, se aspira a dar la mayor y mejor educación posible al mayor número de ciudadanos. Las diferencias comienzan al tratarse del modo de realizarlo.

Hay que partir del hecho de la general y creciente ascensión de las masas al gobierno y dirección de la vida política y social de los pueblos. Aquéllas, sin embargo, llegan al poder en condiciones desfavorables en cuanto a su educación. De aquí el predominio de la agresividad, la ineficiencia y hasta del mal gusto en muchos gobiernos actuales. El problema está en cómo proveer a esas masas de la educación que necesitan. Es indudable que la escuela primaria no es suficiente; deja a los alumnos en el momento más crítico de sus vidas, la adolescencia. Se trata pues de prolongar lo más posible aquella educación, o lo que es mejor, de crear una nueva educación secundaria general y obligatoria y gratuita, como ya se está haciendo en muchas partes. Pero esta educación no puede ser meramente técnica, profesional. Por muy importante que sea ésta, aún lo es más la educación general, humanista, cultural o como quiera llamarse a la educación del espíritu. Lo demás, es querer hacer de los muchachos máquinas o partes de una máquina.

Sin embargo, fuera del ámbito y de la edad de la educación queda la masa propiamente dicha, la gran masa del pueblo, que no ha recibido educación suficiente, y que sin embargo es hoy la decisiva. Para hacer llegar a ella los beneficios de la cultura, para darla aquel sentido de humanidad, tolerancia y libertad necesario para la convivencia cívica,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

no hay más que el camino de la educación de los adultos, que han iniciado los pueblos auténticamente democráticos como los escandinavos y que han seguida los anglosajones: la educación libre, cultural por medio de las instituciones académicas, gremiales y sociales, con el apoyo, pero sin la ingerencia del Estado. Sin esta garantía, esa educación está expuesta a seguir el camino totalitario de algunos Estados, que es lo que precisamente se trata de evitar.

Finalmente, queda el aspecto humano, supernacional de la educación. Por mucho tiempo, éste ha quedado excluído de la educación pública, por una falsa interpretación de la educación nacional misma. Se ha considerado que esa educación para el mundo, era incompatible con la educación para su pueblo. Y en realidad, no es así. Existe una compatibilidad entre ambos puntos de vista. Así sin duda lo han reconocido la mayor parte de los países civilizados al formar o integrar la Organización cultural, educativa y científica de las Naciones Unidas, la UNESCO, que trata de facilitar, no sabemos si con mucho éxito, esa educación para la comprensión y el respeto mutuos entre todas las naciones a ella adheridas. Aquí también se da el caso paradójico de que los países que por su concepción política debieran ser las más internacionalistas en educación, como la República socialista de Rusia, son hoy los que más defienden la orientación nacionalista hasta el punto de no haberse querido adherir a la Organización aludida.

Cualquiera que sea el destino del mundo en los próximos años, es indiscutible que la situación actual antagónica en la educación como en la vida política puede subsistir. Más bien habrán de buscarse soluciones conciliadoras, integradoras, que reconozcan al hombre en su totalidad y su individualidad, dentro del cuadro amplio y elástico de la vida social y pública.

LORENZO LUZURIAGA

CARTA DE ESPAÑA

LITERATURA A LA DERIVA

Los escritores españoles parecen hallarse en un momento de perplejidad, en un momento de desorientación. Como si no supieran cuál es el camino a seguir ni la actitud a adoptar frente a los problemas que hoy suscita la creación artística; como si vacilaran entre resignarse a ser meros imitadores o buscar nuevas formas de expresión. Pienso a veces que ni siquiera se plantean problemas, limitándose a vivir al día, repitiendo por comodidad y desgana dos o tres fórmulas estéticas tiempo ha periclitadas. La literatura marcha a la deriva y al observador le resulta difícil atisbar síntomas de inquietud espiritual, afanes de renovación, y no ya voluntad de abordar en la obra —novela, teatro, ensayo o poesía— las dramáticas cuestiones de lo presente, sino ni siquiera el deseo de vivir dentro de las grandes corrientes contemporáneas del pensamiento y de la cultura.

Tal actitud de indiferencia y enajenamiento se advierte con destacado relieve en el área de la novela, porque este género no puede nunca ser intemporal; requiere una conexión profunda con el espíritu del tiempo (aun cuando no con la actualidad), reflejar sus esperanzas, sueños y angustias, sus formas de vida, ambientes precisos, figuras bien asentadas en la realidad. El novelista necesita sentir el pulso de su época y transportarlo a la novela sin desfigurar su significación. El éxito de *Nada* se debió precisamente a que supo revelar, con admirable sinceridad, la actitud ambigua y desesperanzada de una parte de la juventud española; el lector conocía los personajes de Carmen Laforet y con frecuencia, no sin un estremecimiento de pánico, identificaba las reacciones de alguno de ellos con las suyas propias.

Este año se publicaron bastantes novelas. Pero ¡qué novelas! En mi carta anterior hablé de las únicas destacables, las premiadas en el Nadal, y desde entonces no ha vuelto a aparecer cosa que valga la pena. Debo señalar la absoluta falta en los escritores vigentes de aquellas inquietudes que hace veinte años, a la sombra propicia de la *Revista de Occidente*, permitieron a Jarnés, Espina, Ayala, Salinas y algún otro, escribir narraciones muy bellas. De aquellas experiencias se derivó una estimable conquista: la de un lenguaje flexible, más rico y animado que el de los grandes novelistas del fin de siglo, de un lenguaje apto por su finura para servir de vehículo expresivo a los propósitos e intenciones

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de sus usuarios. Ahora se afecta desdén hacia las experiencias de los años veinte, en vez de ensancharlas y continuarlas en otras direcciones. Se rehuyen, no por estar de vuelta (lo cual sería justo y conveniente, pues que implicaría superación) sino por bobalicona vanidad aldeana o por prurito y alarde de cerrilismo casticista.

Nada diré del teatro. Sería evocar un espectro. En el ensayo se disimula mejor la inhibición frente a las urgencias cotidianas. Cabe volverse resueltamente al pasado y estudiar una obra, un suceso, un problema situado en orbes intemporales. Así sucede en las tres obras más importantes surgidas ahora en este género: el *Francisco de Medrano*, estudio biográfico y crítico realizado por Dámaso Alonso con su habitual maestría, con pleno dominio de la materia y del material, agudo en el comentario y brillante en la exposición; *La novela ejemplar de los retratos de Cervantes*, donde Enrique Lafuente Ferrari ha demostrado que la erudición más pulcra y exigente no es incompatible con la vivacidad polémica, con el atractivo fuego puesto en el ataque y destrucción de las mendaces invenciones tejidas en torno a los supuestos retratos de Cervantes por Rodríguez Marín y otros pontífices del cervantismo oficial; y *El humanismo de las armas en Don Quijote*, en la cual José Antonio Maravall —joven profesor universitario, muy versado en cuanto se relaciona con las bases culturales de nuestro siglo de oro— construyó una sugestiva teoría considerando el Quijote como tentativa de organizar el mundo sobre bases justas merced al esfuerzo y la virtud del caballero.

Los poetas mismos se resienten de la perplejidad y desorientación indicados al comienzo. No hablo ahora de los ya formados, de los maestros indiscutidos, como Vicente Aleixandre cuya evolución hacia la sencillez expresiva está cuajando en los admirables poemas (los mejores de cuantos ha escrito hasta hoy, según creo) de su todavía inédito *Historia del corazón*. Pero en los jóvenes es perceptible la insatisfacción, y también la duda. Solamente que si alguien ha de salvarse, se salvarán los poetas. Pues un grupo relativamente numeroso siente deseo de hallazgos personales y de encontrar caminos propios, deseo que no se da en los novelistas. Los jóvenes líricos están separados en dos campos: el de los retóricos, impropiamente llamados garcilasistas, y el de los inventores no conformistas, buscadores de vías y formas adecuadas a la expresión de sus sentimientos. De los primeros puede esperarse que completen y perfeccionen, no que encuentren personalmente; de los segundos ha-

de venir el fecundo impulso renovador, por que lo necesitan con irrefrenable necesidad estética.

Por el momento los mejores permanecen en silencio. En el último semestre no puedo honradamente señalar un solo libro de poesía que merezca ser mencionado. En contraste, el año 1948 ha visto crecer hasta límites increíbles la afición, digamos la moda, de los juegos florales. Apenas hay ciudad o villa de mediana importancia donde no se organizara la correspondiente mogiganga pseudo-poética, justas literarias u otros excesos por el estilo. En los barrios de Madrid estos certámenes compiten con los concursos del mantón, campeonatos de chotis y demás festejos veraniegos.

La proliferación de tales espectáculos merece comentario por ser síntoma de otras cosas. Yo veo en ello dos peligros: por un lado se le da al público, al buen público ingenuo, crédulo y desprevenido, gato por liebre, haciéndole tomar por poesía las flatulencias sentimentales favorecidas por los jurados de merceros, boticarios y honorables burócratas "aficionados a las letras", que gobiernan tales competiciones. Se incurre así en los pecados de confusionismo y chabacanería, especialmente graves en este país donde todos somos y nos miramos como iguales, sea en ciencia política como en arte poética. Por otra parte se coloca a los auténticos poetas frente a un amargo dilema. ¿Concurren a los juegos o se mantienen en desdeñoso aislamiento? Por lo suculento de los premios ofrecidos —hasta de quince y veinte mil pesetas— y por la falta de oportunidades de ganar dinero con su obra, no es raro propendan a salir de la torre y entrar en liza, y nada malo habría en ello si para combatir con posibilidades de éxito no se vieran reducidos a pensar en los gustos y mentalidad de sus probables jueces y a situarse a nivel de ellos.

Estos escollos son difíciles de evitar. De vez en cuando, por un azar sorprendente, resulta premiado algún trozo de gran poesía (así en el torneo literario de Jérez de la Frontera donde el espléndido *Canto al Teleno* de Leopoldo Panero obtuvo un segundo premio dotado con diez mil pesetas), pero, como dicen los campesinos de estas tierras, una golondrina no hace verano, y por lo general los buenos poemas son vencidos por composiciones sonoras, rutilantes e insinceras, cuyo sonsonete halaga el oído de jurados, a quien parecen mejores cuanto más vulgares y accesibles a su prosaica mentalidad, y ajenas por tanto a toda gracia poética.

Los poetas líricos tienen un público reducido. Pero esto no es una

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

novedad ni una peculiaridad. Lo mismo ocurrió siempre, y en todas partes. Más grave es dejar perder lectores en géneros mayoritarios, como la novela: pervive el gusto por ella, pero faltan novelistas. Este año se ha leído mucho *Hospital general* de Pombo Angulo, que ha competido en venta con Somerset Maugham y demás ases del escaparate. Sin embargo, los editores persisten en publicar traducciones, resistiéndose a lanzar novelistas españoles inéditos. Descontando cuanto deba ser imputado a la falta de curiosidad, de afición y de amor a la literatura característica de la mayoría de los editores, es forzoso reconocer que juzgando por las obras que con frecuencia aparecen en ediciones de fortuna o costeadas por el autor, los novelistas nuevos tienen pocas cosas que decir. Aun no se han dado cuenta de que su tarea consiste en escribir sobre los conflictos eternos desde el punto de vista del hombre de hoy, con la sensibilidad de quienes están asistiendo a un drama de incalculable alcance, donde se juega su vida y su destino.

No postulo la adopción de métodos ajenos, de tremendismos más o menos existencialistas (personalmente estoy frente a ellos), sino simplemente la decisión de que la obra de arte tenga un contenido, no sea puro verbalismo desconectado de la realidad. Que la poesía, como la novela y el ensayo, no sean cotos cerrados a la vida, géneros confinados en limbos adonde no llega el rumor de los tiempos. ¿Cuál es la visión del mundo de nuestros escritores? Costaría trabajo averiguarlo. Vueltos de espaldas a él, se niegan a contemplarlo según es y está, y nada quieren saber de cuanto ocurre fuera del limitadísimo círculo de sus pequeñas miserias y vanidades.

Esto es, en suma, una evasión. Comprendo la repulsa o la adhesión a lo anterior, a la obra y las creencias de las generaciones precedentes, pero no entiendo la indiferencia. Poco a poco las letras van hundiéndose en un *impasse*. El público, y a nadie debe extrañarle el hecho, abandona la literatura por sus sucedáneos. Las novelas del Oeste americano hacen furor —la serie de "El Coyote" es uno de los mejores negocios editoriales de España— y no sólo entre los adolescentes; las novelas "rosa" constituyen el casi único pasto espiritual de la gran mayoría de las lectoras. Todo eso está bien como un comienzo, como una iniciación, pero el fenómeno es grave cuando la gente se apega definitivamente a estos placeres de baja calidad.

Contribuye a la desorientación general la falta de revistas propiamente literarias. Abundan, es cierto, las especializadas y las de tipo erudito, donde, de vez en cuando se publican ensayos y artículos de

aquel carácter, pero faltan las dedicadas por entero a la creación literaria. Los *Cuadernos de Literatura* aparecen con demasiada irregularidad y no insertan trabajos de tipo narrativo; *Insula* lucha por suplir las limitaciones de su formato periodístico y de la falta de espacio, pero apenas puede cubrir la vastedad de sus primordiales objetivos de información bibliográfica y crítica. En provincias se mantienen valientemente cinco o seis revistas, pero, sobre ser de vida precaria, están consagradas y vocadas casi con exclusividad a la poesía.

Después de *Escorial* y de *Leonardo* ha desaparecido (o al menos hace meses que no se publica) *Finisterre*, la única revista literaria mensual sobreviviente. Carecemos por tanto de órganos de información, y de páginas donde intentar nuevos experimentos novelescos, donde realizar tareas de crítica artística y literaria con una amplitud y un desinterés que no cabe esperar de los papeles diarios o de las revistas de gran público. Su ausencia implica también la de un lazo de unión entre los escritores, y entre éstos y el público, pues en revistas como la *de Occidente* y *Cruz y Raya* antes de la guerra civil, o como *Escorial* después, se formaron y dieron a conocer los escritores que hoy ocupan la primera línea. Las revistas literarias amortiguan los riesgos editoriales en cuanto a la puesta en circulación de nombres nuevos, familiarizando al público con ellos y explicando, en la hora y de la manera adecuada, las intenciones, el alcance y el sentido de las obras producidas por los innovadores.

Aquí se nota la falta de todo eso, tanto más cuanto que la escasez de papel ha repercutido sobre las secciones literarias de los periódicos, sacrificadas a las crónicas y noticias de otro orden. Algunos publican todavía notas bibliográficas, pero reducidas a su más escuálida expresión, relegadas a los rincones, y más como medio para halagar a los autores de casa y para salir del paso en algún compromiso, que para intentar con el mínimo de decoro el comentario de los libros reseñados. Por eso, en la hora del balance, lejos de incluirlas en el Haber, yo las contaría sin vacilación como uno más entre los factores negativos que urge eliminar, si de verdad queremos salir de la presente situación.

Tiende a decrecer la producción libresca. Editores y libreros hablan de crisis. Yo no creo en ella. Todavía se producen y se venden muchos libros. No es por ahí la queja, sino por ser esos libros, en anonadante mayoría, malos, insignificantes y ajenos a las cuestiones que el hombre de hoy se está planteando, aún sin saberlo. La parte de culpa de los editores resalta en cuanto miremos a una zona de su negocio donde

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tienen libertad para escoger sobre seguro: las traducciones. El noventa por ciento de las obras traducidas debiera ser de calidad, puesto que el editor al seleccionar en este campo ha podido contrastar su criterio con el del público y la crítica del país donde primero se publicaron. Pero no sucede así: un elevado porcentaje de esas traducciones son malas, escogidas a bulto, sin ninguna preocupación orientadora o de mero buen gusto, sin tener en cuenta la diferencia de aficiones de las clientelas, ni pensar en asesorarse de quienes podrían aconsejarles con beneficio para las letras y sin desmedro de sus intereses.

Un editor traduce *Fe y belleza* del romántico italiano Tommaseo y vende veinte ejemplares; edita unos *Cuentos* trasañejos de Maupassant y no logra colocar cien volúmenes. Otros, menos sinceros en sus confesiones, no hablan de sus yerros, pero han fracasado lo mismo y por iguales causas: falta de información y desconocimiento de las necesidades del mercado. Lanzaron, en serie, las obras de Hamsum, de Chesterton, de Baring y de cien más, saturando y hastiando al lector por el inmoderado afán de agotar el filón. En la feria de libros del Botánico, en Madrid, se liquidan a precios de saldo los restos de estas aventuras editoriales, llamados a venderse al peso.

Estamos lejos de los días en que las ediciones de la *Revista de Occidente* abrían a los españoles de un modo sistemático e inteligente los horizontes de la cultura europea. Nuestros actuales editores son de vuelo más bien gallináceo. Se limitan a lo trillado y menos ambicioso: biografías de mediana calidad, novelas y novelitas "que gustan al público", algún libro de ensayos... Envueltos en celofán y con cubiertas de un gusto bastante dudoso aparecen, como novedades y a precios elevados, obras de Jane Austen, por ejemplo, que, mejor traducidas, publicó la Colección Universal de Calpe hace treinta años. Hasta los importadores de libros argentinos nos han defraudado: inundaron las librerías con más novelas extranjeras, y sólo con cuentagotas distribuyen las obras de autores hispanoamericanos que quisiéramos conocer. Se ha protestado repetidas veces contra esta anomalía, pero sin conseguir su remedio. Por ahora entre los libros llegados de esa nación, siguen predominando las traducciones. (Por lo común tan deficientes y comerciales como las de esta orilla.)

No dejo de reconocer el efecto estimulante que sobre el pensamiento y sobre la obra de nuestros escritores ejercen o pueden ejercer los contactos con las representaciones de otras culturas. Pensando así creo que deben de favorecerse tales contactos, pero ordenándolos con discreción.

Traducciones, sí, muchas traducciones. He defendido esta posición cuando, hace años, se planteó el debate a propósito de su conveniencia. Pero escogidas con cuidado, según la importancia de los textos y las necesidades de los lectores, de acuerdo con sus apetencias legítimas de saborear el zumo de ajenas culturas, y para ayudarles a satisfacer su sed de conocimiento. Pues del conocimiento nace la posibilidad de elegir, de tomar partido entre las incitaciones ofrecidas a cada existencia; del conocimiento brota también la posibilidad de sacar al espíritu de su marasmo y de crear libremente.

Es necesario un vasto esfuerzo de información y crítica, por un lado, y además, que los escritores sientan la necesidad de realizar examen de conciencia, estudiando las causas de este momento de desorientación general (confirmado por las notorias excepciones, cuya presencia aun destaca más la chatura del panorama) y de las razones por las cuales, desde hace un cuarto de siglo, aumenta por días el alejamiento entre la literatura y la vida, o dicho en otros términos, entre el escritor y el destinatario de su obra.

RICARDO GULLÓN

Post-data. — Poco después de enviada esta "Carta" han llegado a mis manos dos nuevos números (setiembre y octubre) de la revista *Finisterre*, felizmente reaparecida. Gracias a ello se anima un tanto el panorama literario, al que quieren incorporarse de nuevo algunos diarios, reanudando la publicación de las tradicionales páginas de arte y letras.

Santander, noviembre de 1948. R. G.

DECIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFIA

REDUCIR un complejo a uno de los elementos que lo componen es la tendencia natural de las mentes simplistas. Una de las manifestaciones más importantes de tal tendencia en los tiempos actuales es la reducción de toda manifestación espiritual a un hecho o fenómeno político. Cuando un nuevo compositor aparece en la escena

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

musical, un hombre de ciencia logra un descubrimiento científico, un filósofo lanza al mundo una nueva doctrina, la gente simplista no se pregunta por el sentido de tales aportes sino que desea saber qué ideas políticas tiene su autor —si es comunista o no es comunista— para condenarlo severamente en un caso, para elogiarlo sin reservas en otro.

El simplismo de la reducción de todas las manifestaciones del espíritu a cuestiones políticas se ha acrecentado en los últimos tiempos debido a la contribución de los periodistas que parecen tener ceguera para todos los colores, excepto el blanco y el negro. Y se advierte que cuanto más tiraje tiene el periódico o la revista tanto más se agudiza la ceguera para los matices y la incapacidad para apreciar las distinciones. Parecería que la cantidad de ejemplares editados estuviera en razón inversa al talento que necesitan sus redactores, o al que ellos suponen en el público. Las revistas norteamericanas son el mejor ejemplo de lo que afirmamos.

Creemos necesario hacer estas observaciones no sólo por la injusticia que se ha cometido en el caso específico que interesa a esta nota, sino también porque el simplismo se está convirtiendo en un peligroso enemigo de la libertad espiritual equivalente, en el orden del espíritu, al totalitarismo en el orden político. Es uno de los deberes de los intelectuales denunciarlo toda vez que aparezca —cualquiera sea su forma— y combatirlo persistiendo en la noble e irrenunciable tarea de pensar por cuenta propia.

Habituados a las reducciones de la mentalidad simplista de la política y el periódico, no nos ha sorprendido que el Décimo Congreso Internacional de Filosofía se haya presentado al público del mundo entero como una disputa política, en la que no faltaron los insultos. Una de las revistas norteamericanas de mayor circulación —que por desgracia también se lee en nuestra América— redujo la totalidad de las actividades del Congreso —en el que se presentaron y discutieron más de un centenar de ponencias y se tomaron resoluciones de significación para los estudios filosóficos— a la parte de la ponencia de un delegado checoeslovaco en la que usa un lenguaje un tanto duro al calificar la vida en los Estados Unidos. Para ese periodista —y para los millones de lectores que tiene la revista— el Congreso de Amsterdan se redujo a un ataque a Norteamérica y a una réplica de uno de los representantes de este país. Así está informado el público de lo que sucede en el mundo. Los soviéticos también se dejaron cegar por la preocupación política al negarse a enviar delegados y no otorgar pasaporte a los filósofos polacos.

Por fortuna, el Congreso fué cosa muy distinta a lo que suponían los soviéticos o creyeron ver los periodistas norteamericanos. Para bien de la filosofía y regocijo de muchos de los que estábamos ahí, y que no deseamos perder contacto con la realidad humana que nos rodea pero que nos resistimos a entregar nuestra capacidad de pensar a un comité político o una agencia de noticias, forma disfrazada de comité político.

Desde principios de siglo, los congresos internacionales de filosofía se realizaban cada cuatro años. La guerra interrumpió el ritmo de tales reuniones; el último fué el de París (1937) que corresponde al Noveno Congreso pero que se conoce habitualmente por Congreso Descartes. Decidióse entonces realizar el Décimo Congreso en 1941 pero el conflicto armado impidió su realización durante varios años hasta que pudo celebrarse al fin en Amsterdam del 11 al 18 de agosto pasado.

"El hombre y la humanidad" constituyeron el tema central del Congreso. Además de las distintas sesiones sobre este amplio tema, hubo otras dedicadas a cuestiones de historia de la filosofía, metafísica, filosofía de las ciencias, lógica y metodología. Sin contar los *Entretiens* de UNESCO que, en realidad, formaban parte del Congreso.

Resulta imposible dar noticia de todas las ponencias que se presentaron. No sólo por su elevado número sino porque hubo días que se realizaron seis sesiones al mismo tiempo, y la ubicuidad no es virtud humana. Se fracasaría, por otra parte, si se intentara englobar las ponencias en un resumen general puesto que los temas tratados fueron muy variados y el Congreso se disgregó en un conjunto de sesiones independientes. En muchos casos, faltó unidad aún dentro de cada una de las sesiones porque cada ponencia contemplaba un problema distinto y hubo que discutirla separadamente. Esto atentó directamente en contra de la unidad de las sesiones, pues no sólo se renovaban las ideas y los temas tratados sino también el público que participaba en las discusiones. De ahí que nos conformemos con dar noticia externa de las actividades del Congreso, para examinar luego el sentido general de las ideas que en él se agitaron.

Además de los actos habituales de apertura y clausura, se realizaron cinco sesiones plenarias, tres sesiones patrocinadas por UNESCO y sesenta y dos sesiones parciales. En cada sesión se presentaban por lo general tres ponencias que daban lugar a discusiones de muy variado interés. Sólo recorriendo los dos volúmenes, en curso de publicación

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(Amsterdam, North-Holland Publishing Co.) podrá el lector tener una idea de la riqueza de cuestiones que se presentaron a la consideración del Congreso.

Este es el aspecto exterior. El punto de vista interno —el de las ideas— resulta más difícil de resumir pues la variedad de matices fué tan grande que cualquier reducción a fórmulas consagradas supone una arbitrariedad: siempre hay alguien o algo que queda fuera del casillero. Consciente de tal arbitrariedad, y con el propósito de dar al lector una idea general de las corrientes que estaban presentes, parece más adecuado dejar de lado las etiquetas filosóficas habituales y reparar más bien en la proveniencia de los pensadores que estaban presentes. Había, a nuestro entender, dos grupos fácilmente discernibles. Uno, constituído por quienes habían llegado a la filosofía a través de la religión; el otro, de los que se habían lanzado a la meditación filosófica debido a preocupaciones científicas. Bertrand Russell era la figura descollante del segundo grupo. El primero no tenía una cabeza de su envergadura —Maurice Blondel no pudo asistir a último momento— pero superaba al grupo de los científicos por su número. Quizá el aporte de Bélgica haya sido decisivo en este sentido pues la delegación belga —de más de cien representantes— era la más numerosa y estaba constituída, en su mayoría, por sacerdotes.

No se crea que la existencia de uno y otro grupo se reveló en constantes polémicas o en alguna disputa espectacular. Por el contrario, los componentes de una y otra tendencia se ignoraban por completo. Toda vez que había una discusión, podía uno estar seguro que era entre miembros de un mismo grupo. Y es natural que así fuera pues las discusiones filosóficas presuponen un conjunto de preocupaciones comunes —y aún de sobreentendidos lingüísticos— que no pueden darse entre personas de formación cultural totalmente dispar.

Sorprendió la ausencia de representantes de las dos corrientes filosóficas más "populares" en la actualidad: el existencialismo y el materialismo dialéctico. No faltaron, desde luego, algunos estudiosos o simpatizantes de estos movimientos, como A. De Waelhens —bien conocido entre nosotros por su obra sobre Heidegger— y el grupo de los delegados checoeslovacos que representaban al materialismo dialéctico. Llamó la atención, a su vez, el gran número de representantes de la filosofía católica en toda su variedad de matices. Al aporte de Bélgica en este sentido hay que agregar el de España —cuya delegación estaba formada en su totalidad por sacerdotes— y el de Francia e Italia.

Después de la delegación belga, las más numerosas eran las de Holanda y Francia. También estaban representadas Gran Bretaña, Suiza y los países de la Europa central; además de la América Latina, la India y otras regiones alejadas de los centros europeos. De Estados Unidos había unos veinte representantes, de los cuales ochó presentaron ponencias. Se notó la ausencia de delegados rusos, polacos y chinos; había muy pocos alemanes, todos ellos provenientes de la zona ocupada por los aliados.

La representación latinoamericana fué muy reducida; cuatro miembros en total. De los cuales tan sólo dos presentaron ponencias, contando al Dr. García Bacca, que es latinoamericano por adopción, aunque en realidad ciudadano de la República Española. El otro era el autor de esta nota que leyó una ponencia sobre "el yo como función estructural e intencionalidad". Hubo ponencias —que se imprimieron, pero que no llegaron a leerse ni discutirse por ausencia de los autores— de Francisco Romero y Carlos Astrada de la Argentina, H. Piñera Llera, de Cuba, J. C. Arroyave y B. Mantilla Pineda, de Colombia. Se echó de menos —y se lamentó de verdad en los círculos hispanoamericanos— la ausencia de representantes de México.

Entre las resoluciones más importantes del Congreso merece destacarse la fundación de la Federación Internacional de Sociedades Filosóficas y la decisión de realizar el próximo congreso en Bruselas en 1952. La Federación tendrá su sede en París; será una agencia permanente de información sobre cuestiones filosóficas y emprenderá de inmediato la compilación de una bibliografía.

Los congresistas prestaron un silencioso y cálido homenaje al Dr. Leo Polak que había sido elegido para presidir el Congreso y que prefirió morir en un campo de concentración nazi a entregar su conciencia y su dignidad al brutal invasor tudesco. Su nombre debe agregarse a la lista de filósofos que —como Sócrates y Giordano Bruno— fueron víctimas del espíritu sectario de su tiempo. Pensar por cuenta propia y defender la dignidad de hombre libre han sido siempre faenas muy peligrosas. Si el mundo sigue por la vía en que se ha metido, el peligro aumentará a corto plazo. Pero no hay que desesperar. El espíritu libre y creador ha sobrevivido a tiempos peores. Y sobrevivirá al sectarismo, las estupideces y los *slogans* del momento actual.

RISIERI FRONDIZI

University of Pennsylvania, octubre de 1948.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

UN JUICIO POSTUMO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA SOBRE LAS GENERACIONES LITERARIAS

La prosa de Pedro Henríquez Ureña siempre fué clara, concisa y elegantemente equilibrada; pero alcanza en *Historia de la cultura en la América hispánica* (México, 1947) sencillez tan extrema que, a primera vista, el libro parece elemental. Nombres, hechos, datas. Las líneas por las que se levanta el edificio son, sin embargo, complejas; y así la *Historia*, además de historia, nos da toda una interpretación optimista de América. ¿Introducción? Sí, introducción útil aún a los especialistas. Que no nos engañe su apariencia didáctica. Los materiales que en otros historiadores suelen quedar en el camino, como estorbos sueltos, aquí se continúan en mosaico y todos entran en una visión comprensiva.

La *Historia de la cultura en la América hispánica* es obra póstuma; y, al escribirla, Don Pedro se propuso sin duda simplificar aún más sus *Literary currents in Hispanic America* (Harvard, 1945) [1]. Resultó obra nueva, sin notas, reducida a lo esencial, menos atenta a la literatura y, en cambio, más proporcionada en la total aprehensión de los fenómenos culturales iberoamericanos. Y aunque en ese móvil cuadro de etnografía, lingüística, economía, política, ciencias, artes, filosofía, aparece la literatura con menos cuerpo que en *Literary currents*, el autor ha encontrado el modo de sugerir juicios nuevos: así, en el capítulo VII, pág. 142, al referirse a los prosistas del "modernismo", dice que "no son comparables, como grupo, al que en el período anterior comprende a Justo Sierra, González Prada, Montalvo, Hostos, Varona, Ricardo Palma, Jorge Isaacs".

El preferir, siquiera en la prosa, la segunda generación romántica a la primera modernista, fué actitud nueva en los últimos años de Pedro Henríquez Ureña. Procuraré seguir las huellas de ese cambio.

En "El descontento y la promesa", el primero de los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (Buenos Aires, 1928), Henríquez Ureña no parecía estimar el romanticismo hispanoamericano y, por el contrario, señalaba el valor del esfuerzo modernista:

1 Ver mi reseña en *Sur*, Buenos Aires, julio 1945, núm. 141, págs. 34-44

"La inundación romántica duró mucho, demasiado; como bajo pretexto de inspiración y espontaneidad protegió la pereza, ahogó muchos gérmenes que esperaba nutrir... Cuando las aguas comenzaron a bajar, no a los cuarenta días bíblicos, sino a los cuarenta años, dejaron tras sí tremendos herbazales, raros arbustos y dos copudos árboles, resistentes como ombúes: el *Facundo* y el *Martín Fierro*.

"El descontento provoca al fin la insurrección necesaria: la generación que escandalizó al vulgo bajo el modesto nombre de *modernista* se alza contra la pereza romántica y se impone severas y delicadas disciplinas. Toma sus ejemplos en Europa, pero piensa en América." Martí, Darío, Rodó...

Durante la Séptima Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, realizada en Buenos Aires, en setiembre de 1936, Henríquez Ureña presentó una comunicación sobre *La América española y su originalidad* en la que ya se advierte una mayor estimación por el movimiento romántico:

"La larga época romántica, opulenta de esperanza, realizó pocas: quedan el *Facundo*, honda visión de nuestro drama político, los *Recuerdos de provincia*, reconstrucción del pasado que se desvanece, los *Viajes* de Sarmiento, genial en todo, la poesía de asuntos criollos, desde los cuadro geórgicos de Gutiérrez González hasta las gestas ásperamente vigorosas de *Martín Fierro*, las miniaturas coloniales de Ricardo Palma; páginas magníficas de Montalvo, de Hostos, de Varona, de Sierra, donde se pelea el duelo entre el pensamiento y la vida de América. La época de Martí y de Darío es rica en perfecciones, señaladamente en poesía, con Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Othon, Nervo, Urbina, Casal, Silva, Deligne, Valencia, Chocano, Jaimes Freire, Magallanes Moure, Lugones, Herrera y Reissig." (*Europa-América latina*, Buenos Aires, Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, 1937, pág. 187.)

En 1940-1941 Henríquez Ureña dió en la Universidad de Harvard una serie de conferencias que, reelaboradas y aumentadas a lo largo de tres años, publicó en 1945 con el título de *Literary currents in Hispanic America*. Allí, por primera vez, propuso una nueva periodología: estudió el romanticismo en dos generaciones, la que tiene como fondo político la anarquía, de 1830 a 1860, y la que escribe durante la organización constitucional, de 1860 a 1890; y al modernismo también lo matizó en una primera generación, de 1882 a 1896, de Martí, Casal, Gutiérrez Nájera, Silva y Darío, y en una segunda generación, de 1896 a 1920, que es cuando surgen las tendencias de "vanguardia". No quiso, en ese

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

libro, comparar entre sí las cuatro generaciones que presentaba, pero ya entonces tenía preferencias. En una carta en inglés que me envió el 27 de marzo de 1943 ("I write in a traincar") me decía:

"Acabo de descubrir que las dos mejores generaciones en la literatura hispanoamericana son la segunda de los románticos y la primera de los modernistas. Los clasicistas del movimiento de la Independencia tienen tres figuras importantes, Bello, Olmedo y Heredia, y otras interesantes, como Lizardi y Mier; la primera generación romántica cuenta con Sarmiento, y después de él —o, mejor, junto a él— no hay nada realmente grande, aunque tengamos a la Avellaneda, excelente técnico que no llegó a convertirse en gran poeta, y a José Eusebio Caro, Julio Arboleda y Gregorio Gutiérrez González, el poeta más original. Pero el segundo grupo de románticos (nacidos entre 1832 y 1849) incluye a Montalvo, González Prada, Hostos, Varona, Justo Sierra, en verdad grandes prosistas, Ricardo Palma y Jorge Isaacs, excelentes en su campo limitado, José Hernández y Estanislao del Campo, los mejores gauchescos, Zorrilla de San Martín, el mejor poeta "indianista", y aun otros autores tan interesantes como Mansilla. He sido injusto con este período en mi ensayo "El descontento y la promesa" al decir que después de cincuenta años (1832-1882) sólo quedaban dos grandes árboles, el *Facundo* y el *Martín Fierro*. Es verdad que gran parte de la mejor obra de aquellos escritores de la segunda generación romántica se escribió después de 1882. Evidentemente yo estaba pensando más bien en los *poetas* románticos, aunque mencioné *Facundo*. Hay otra generación, la primera de los *modernistas*, nacidos entre 1853 y 1873 (Zorrilla de San Martín nació en 1857, pero su actitud es la de los últimos románticos, si bien anunció el *modernismo*). Ahora predominan los poetas: Martí, Casal, Gutiérrez Nájera, Othon, Díaz Mirón, Nervo, Silva, Darío, Lugones, González Martínez, Valencia. Pocos grandes prosistas: Martí, Gutiérrez Nájera, Rodó, Sanin Cano. La segunda generación *modernista* y la generación de "vanguardistas" perdieron en pulso vital."

Acaso por no considerarlos suficientemente objetivos no quiso incorporar estos juicios ni a *Literary currents* ni a *Historia de la cultura*. Pero, según se ha visto, en la obra póstuma declara la superioridad de la prosa de los románticos tardíos sobre la de los modernistas.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Ann Arbor, Michigan, 1948.

NOTAS DE LIBROS

JOSÉ FERRATER MORA: *El sentido de la muerte*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1947.

NADA nos es más seguro que la muerte. Al menos, como un hecho real. Porque bien pudo ser que el morir, que a todos nos alcanza, no tuviere el carácter de lo necesario; es decir, que acontece, pero que también podría no acontecer. Nadie hasta ahora ha negado la muerte. Pero sí son muchos los que no admiten que se trata de una cuestión de principio. Morimos, pero no es necesario que ello ocurra. Podría no ocurrir; y esto porque la muerte, que es en sí extraña a la vida, penetra en ella desde fuera y descompone un mecanismo que acaso bien preservado de las influencias exteriores podría conservarse indefinidamente.

El mecanicismo en todas sus formas históricas ha sostenido y sostiene, quiéralo o no, esta tesis: la muerte no es más que la desintegración de un todo transitoriamente integrado. Es visible que de tal modo el problema de la muerte desaparece en su verdadero sentido y sólo queda en pie la cuestión de establecer cuáles son las causas que conducen a la desintegración del todo, y, desde luego, también cuáles son los medios más convenientes para evitar esa desintegración o postergarla en lo posible. Este desplazamiento del problema caracteriza al pensamiento moderno desde sus comienzos y se mantiene durante todo su curso, porque si bien es cierto que el hombre vivió entonces, como siempre, en la inmediata presencia de la muerte como un hecho real e inevitable, la reflexión siguió su propio camino desprendida de toda relación con la vida y aferrada a los supuestos fundamentales del pensar mecanicista.

Pero el derrumbamiento del mecanicismo como teoría de lo vital y como concepción general del mundo, y el reencuentro del pensamiento y la vida, sin contar otras razones emocionales acaso de mayor peso, han tenido la virtud de replantear el problema de la muerte en sus justos términos y, sobre todo, de crear en torno de ella una preocupación que se manifiesta por igual en la filosofía, en la poesía y en la ciencia.

No es un secreto para nadie en qué modo este problema se ha constituído en la actualidad en un motivo central de la reflexión. Se lo ha enfocado desde todos los ángulos posibles e imaginables. Pero en todos los casos en forma parcial, y con propósitos y razones tan dispares que resulta imposible arribar a través de esos enfoques parciales a una com-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

prensión cabal y certera del problema. Así, es sabido que la biología actual tiende a considerar la muerte como algo que la vida lleva en sí misma, como algo que pertenece al ser viviente en cuanto acto propio suyo y no como efecto de una causa externa. Pero ¿qué relación existe entre esta muerte *natural* y la incesante descomposición y recomposición de la materia en sus elementos últimos tal como se presenta en la naturaleza inorgánica? Y ¿qué relación hay entre la muerte de los seres vivos y el morir de los hombres, de este y aquel hombre, de cada hombre en particular que quiere vivir su propia vida y morir su propia muerte?

Uno de los méritos indiscutibles, entre otros muchos, de este libro excepcional de Ferrater Mora es justamente haber abordado el asunto en todos sus aspectos estableciendo con claridad meridiana las analogías evidentes en todas las formas de *cesación* y al mismo tiempo sus radicales diferencias, de tal modo que aun teniendo en cuenta lo que hay de común en todas ellas se advierte cuán absurdo es intentar reducir unas a otras, como si en el morir de un hombre no hubiere otra cosa que la simple rotura de un estado de equilibrio, exactamente igual, en esencia, al que se produce en un campo eléctrico cuando se interviene en él desde fuera.

La mejor manera de saber qué es la muerte —dice Ferrater Mora— es saber qué es el ser que muere. Si por razones metódicas se identifica la muerte con la cesación y se hace a ésta extensiva a todo ser entonces es obvio que una ontología general es condición previa a todo interrogar por la muerte. Esta ontología nos permite destacar en qué modo difieren las formas del ser; pero al mismo tiempo, y como consecuencia de ello, en qué modo difieren las formas del cesar. Porque si "el ser puede decirse de muchas maneras" lo mismo ocurre con la muerte. A todas las formas del ser les corresponde un modo propio de morir que sólo podemos comprender a través de la forma en que el ser es. Pero como a su vez todo morir revierte sobre el ser que muere, sucede que únicamente en tanto comprendemos el modo de morir que es propio a cada ser podemos llegar a una exacta comprensión del mismo.

Con tan certero enfoque fácil es presumir a qué magníficos resultados llega un investigador de la talla de Ferrater Mora que tantas pruebas nos lleva dadas de sus extraordinarias dotes especulativas. No me es posible, claro está, exponer aquí en detalles su pensamiento; pero sí, aunque en brevísimo esquema, aquello que me parece la idea central y de más amplias proyecciones de este libro.

En opinión de Ferrater Mora la realidad no se puede reducir a una capa única, a una sola forma de ser; pero tampoco se compone de una serie de esferas ontológicamente irreductibles. Lo más plausible —dice— es suponer que todo el ámbito de lo real está recorrido por una doble dirección: por un lado parece "descender" hasta la absoluta exterioridad y, en cierto modo, hasta la idealidad misma. Por el otro, parece "ascender" hasta su no menos absoluta interioridad, hasta el reino de un espíritu en el cual el "ser" no podría ya emplearse de la simple manera con que es utilizado cuando se dice que una realidad determinada "es" esto o aquello. Porque la realidad humana, que es justamente esa realidad en la cual reina el espíritu, no es algo que *ya es* como la naturaleza inorgánica, ni algo que *no es todavía* como la naturaleza orgánica. La vida humana es un *existente* cuya nota característica es su *propiedad*, esto es, el ser *para sí misma*. La vida le es al hombre de un modo absoluto y radical, le es *propia*. Y por eso le es también *propia* su muerte. No existe una muerte humana, sino un morir de cada hombre, un morir para sí.

A medida que se va avanzando en la escala de los entes la muerte aparece cada vez más inequívocamente; y cada vez más individualizada. En uno de sus extremos, la muerte o, mejor, la cesación en lo inorgánico es un fenómeno *sobrepuesto* a la realidad y no un acto que surge del interior mismo de ella. En el otro extremo, el morir del hombre es un hecho absolutamente individual, propio, porque es parte de su vida individual; en él "la muerte realiza la vida en vez de limitarse a darla por terminada". "Hay tantas muertes como personas —dice Ferrater Mora— no sólo porque cada persona posee su propia muerte, sino porque *es justamente el morir para sí lo que constituye en una parte esencial el ser mismo de la persona*".

Sin embargo, la muerte en el hombre puede no ser, como en el organismo, irreparable. Y no lo es, porque si bien no es posible en esto una *demostración* hay muchas razones para suponer y aun afirmar que lo propiamente humano trasciende el hecho de la muerte. Con ello el hombre, al morir, vence su propia muerte. Por eso piensa Ferrater Mora que "acaso sea necesario que, como el grano de trigo, una realidad sea enterrada y muerta para que pueda hacerse eterna".

RAFAEL VIRASORO.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Antología del Pensamiento de Lengua Española en la Edad Contemporánea. Introducción y selección del doctor José Gaos. México.

En cerca de 1400 páginas esta nutrida antología de pensadores españoles e hispanoamericanos no contiene una simple recopilación de opiniones más o menos independientes y sobre cuestiones más o menos extrañas entre sí. Por el contrario, intenta José Gaos ofrecernos con ella su interpretación de cierto pensamiento en lengua española, articulado sobre el problema que, desde el siglo XVIII hasta nuestros días, constituye la decadencia de España en relación con su pasada grandeza. Así como hubo, desde el Rey Sabio, una reflexión sobre la grandeza de España y luego sobre la colonia, existe un pensamiento sobre la decadencia y la independencia: "del reconocimiento de la existencia del pensamiento de lengua española también en esta segunda edad [la de la decadencia], donde de buenas a primeras puede parecer imposible que exista y, bien al contrario, todo él se hace original e importante, y de la importancia que se tiene de este pensamiento, nació la idea de esta antología como una verificación de su existencia y un útil para la superación de esta ignorancia" (J. Gaos, Introducción, pág. XXXIX).

Y el mismo pensamiento hispanoamericano —sin paradoja— se halla incluído, porque su anhelo de independencia política, intelectual y social primero, y de constitución y reiterada reconstitución después, se ejercitan contra el reflejo de la España imperial y colonial: "Pensamiento de la decadencia y pensamiento de la independencia presentan notorias afinidades de fondo y forma. Buscar las causas y encontrar los remedios de la decadencia nacional, resolver los problemas de la constitución y reconstitución de la patria, son operaciones del mismo sentido" (pág. XXXV). Porque, justamente, se trataba, en uno como en otro caso y no sólo en América, de lograr una efectiva *independencia*: "Hay que sustituir la representación corriente de la independencia americana por otra menos material y más histórica. En que se ve a las colonias *y a la metrópoli juntamente* hacerse independientes *del Imperio*" (pág. XXXVIII).

El pensamiento español de esta edad está constituído, según Gaos, por tres corrientes: la del pensamiento sobre la decadencia propiamente dicha, representada por Feijóo, Cadalso, Larra, Ganivet, Costa, Unamuno y Ortega; la del krausismo, que se inserta sobre aquélla a mediados del siglo pasado, con Sanz del Río y Giner de los Ríos; y la del

tradicionalismo, que continúa al pensamiento de la grandeza y de la cual se incluyen Balmes, Donoso y Menéndez y Pelayo.

El pensamiento americano, por otra parte, queda representado por Bolívar, Bello, Sarmiento, Alberdi, Lastarria, Barreda, Montalvo, Hostos, González Prada, Martí, Varona, Rodó, Sierra, Torres, Ingenieros, Deustua, Korn, Vasconcelos, Vaz Ferreira, Caso, Romero y Reyes. Esta reflexión americana puede representarse como una línea que va "desde Sigüenza hasta las generaciones representadas por Romero" (página XXXIII), *representadas* porque precisamente las últimas generaciones "vienen dando muestras de reconocer en Francisco Romero la figura más destacada de las mismas" (íd.), Es el mejor elogio que puede hacerse al maestro: el reconocimiento (en el doble sentido de la palabra: como conciencia de una situación y como afectuosa gratitud) de los que le siguen, pues en él ese pensamiento es asumido en su magisterio y en su obra.

Y —preocupada pregunta— ¿hacia dónde marcha este pensamiento de la la lengua española? Ha sido hasta hoy un independizarse del Imperio. es decir, un proceso de europeización, de modernización, de extranjerización. Sin embargo, en el sentir de Gaos no es ésa una solución; eso es problemático, y sólo una efectiva creación le dará auténtico sentido: "Los países de lengua española necesitan un ideal histórico que sea el de su independencia de la pasada unidad imperial común, sin ser el de su dependencia de la modernidad extranjera: el de un más allá de la modernidad de que sean coautores y copartícipes iguales" (pág. XXXIX.) Pero el problema de la renovación de las naciones de lengua española —si existe— es cuestión que sigue en pie y que no se resuelve puramente como hace Gaos. Con Alberdi adquirió la más clara fórmula: adquisición de una auténtica conciencia nacional; pero no pasó de fórmula, es decir, de una pura forma a la cual faltaba desde luego el contenido (a no ser que se quiera encontrar aquel ideal justamente en su empeñada búsqueda); y un *contenido* es lo que aún se busca.

Es labor de todo punto encomiable esta antología, tanto por las nuevas facetas que de nuestro pensamiento descubre como por la utilidad más inmediata de hacer accesibles o de no hacernos olvidar autores y escritos, sobre todo en nuestra América, donde nuestro aislamiento —que afortunadamente parece en camino de desaparecer— hace que casi no nos conozcamos: así a no pocos sorprenderá leer en Bello un tratamiento tan fino y con tan buena información del problema de la causalidad o del de la sustancia. Intento más laudable aún, si se tiene

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en cuenta que faltan obras específicamente dedicadas al estudio del pensamiento español e hispanoamericano. Se trata además de una luminosa teoría de este pensamiento, considerado a la luz de lo político en amplio sentido. La concepción es lúcida, abre nuevas perspectivas de consideración; sin embargo, parece demasiado absorbente, por ej. cuando afirma que "en la medida en que pensamiento de la decadencia y de la independencia se alejan de la política en la acepción amplia hacia la filosofía pura, descienden en originalidad y valía" (pág. XXXV). Algunos de los autores representados, p. ej., Ortega o Romero, constituyen prueba en sentido contrario. De todos modos se trata de un poderoso incitante, de calidad rara por la versación del autor, para la meditación sobre tales problemas.

ADOLFO P. CARPIO

HORACIO ARMANI: *Esta luz donde habitas*, Buenos Aires, 1948.

FIN de la poesía, cualquiera que sea su género, ha de ser el deleite, el aprovechamiento del lector. Uno y otro se consiguen mediante la expresión, por los recursos de la forma, los del pensamiento y los del sentimiento: el todo en un conjunto que se denomina *estilo*, o sea, la temperatura, la nota personal del artista. Ni ha de ser todo deleite, ni todo aprovechamiento, con exclusión recíproca, pues el exceso de uno y otro trueca la poesía en un puro ejercicio verbal, o en enfadosa disertación o en tartamudeo de sentimentalismos. La *callida junctura*, que preconizaba el latino, me parece, a vueltas de tantos intentos, la meta equilibrada del poema.

Pero la meta del poeta no es la poesía, sino la búsqueda de una tierra que presiente y sueña; cada etapa de ese camino, como decía Goethe, es una meta, sin dejar de ser un paso. De cada una de ellas, nace el poema, desprendido para facilidad de la marcha, como quien se despoja de un alma vieja y sigue adelante; pero, como el poema es noviciado cumplido, todo poeta verdadero busca el diálogo con los que han quedado atrás, demorados o dormidos. Y en la medida en que un poema o un verso iluminan el instante de una vida, se habrá logrado el milagro de la poesía.

Como lo logra este primer libro de Horacio Armani, *Esta luz donde habitas*, en el que me apresuro a reconocer, sin apasionamiento, la voz más hermosamente lograda de nuestra poesía última y una de las fantasías poéticas más ricas de nuestra literatura contemporánea. Vida hermosa la suya, padecida en profundidad, que es el modo de enriquecerla, entrega su juventud, tempranamente madura, estremecida y dolorosa, como un hijo pródigo que regresa cantando, lleno de soles y de tristezas. Apenas cuentan para él el nombre y la edad de los hombres y de las cosas: lo que ve, lo que escucha y lo que pinta es un mundo personal, que

. . . descendiendo en las lámparas del día . . .

se arrodilla para formar la parábola del asombro, siempre incumplida, siempre sin término. Todo ello, envuelto en una armadura de cultura moral, la suya, que nada tiene que ver, naturalmente, con el catecismo o con el decálogo del hombre de bien, y que alimenta el deseo de escamotear las sombras, captando la belleza plena, que es el apostolado silencioso del artista.

Su canto es personalísimo y su estilo nuevo, en medio de una, que llamaré costumbre de poetizar, la de nuestra poesía, en general, en que las alusiones gruesas, las digresiones, los guiños de inteligencia al lector, las enumeraciones de imágenes sólidas, los catálogos de mundos derruídos sin grandeza, las evasiones angélicas, el lugar común, la facilidad, en fin, pretenden sustituir la creación inspirada, sin poder disimular los andamios que se han utilizado, los materiales gastados o pobres, adquiridos en la feria común.

Frente a esto, Horacio Armani nos entrega un verso penetrado de humanismo vivo, fervoroso, con naturales y sobresalientes dotes de suavidad, abundancia y transparencia, nervioso, extraordinariamente ágil, extraordinariamente musical, canto empinado unas veces, logrado en júbilo, como en el *Soneto del retorno*:

Ya estás aquí, paloma de alegría,
vaso de gracia, o nube, o campanada!
¡Ya estás aquí, perpetua, dibujada,
tu sonrisa en los cántaros del día!

¡Ya estás bajo esa luz, que descendía
su derruído imperio a tu mirada!
Oh vestida en laurel, oh coronada:
ebrio de ti mi canto te seguía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Él te seguía, amor. Él te nombraba.
Era ese sueño que al llegar moría,
ciego de claridad, casi profundo.

Y ahora estás aquí, porque lloraba
desde mi pecho un niño, y me decía:
¡Qué haremos ya tan solos en el mundo!

o prolongado en otros en un eco sordo, melodioso, como de catedral cerrada: así en *Viaje a un recuerdo*:

A veces entro en él como a una casa azul de grandes puertas
con ventanas ovales que dan hacia un país
sumergido,
como un inmenso acuario que las plantas salvajes y los peces
habitan,
mientras el tiempo asume sus pálidos reflejos espaciosos y tristes,
dulcemente cantando una canción de olvido,
cantando una canción que las piedras musgosas repiten bajo el agua,
diciendo un nombre suave, que enmudece al pasar
sobre la arena inmóvil.

No conocemos el paisaje exterior en que se agita el poeta, sin duda porque el que él vive, es éste mismo de sus versos, el mundo soñado y presentido, mundo real, al fin, para el que lo sueña. Es que Horacio Armani, lírico lleno de preguntas, está demasiado sumergido en sus visiones, para que pueda detenerse a describir el mundo, que no es, por otra parte, misión del artista: lo descubre creándolo, y lo canta.

Asombro, es, me parece, la palabra para esta poesía; poesía de hombre asombrado de las cosas que nacen y de las que mueren; poeta asombrado de los adioses y de los tránsitos, tan íntegramente humano, que el dolor, el amor ausente, la nostalgia dulce y callada de los bienes perdidos, es cantada con resignación pura y suave de alma mansa, de alma en asombro:

Ay tu silencio, amor, sobre la tierra!

o la desesperanza:

Pensé vivir con la canción que recordaba,
con un idioma entumecido por el viento.

Ahora es tarde y quiero amar. Y es tarde
para ese tiempo que no tengo.

. . . . . .

Una paloma vuela sobre esta orilla obscura
para que yo la mire, dichosamente ciego.

(*Canción*)

Un procedimiento expresivo del que gusta, y lo apunto para dar, digamos, una nota estilística, es la repetición como término del poema, de su estrofa primera, lo que no es simple tic tac de metrónomo regulador, sino una manera, en él muy peculiar, de que muera en reposo ya gozado, el clímax ascendente del poema. Así en la vibrante y melancólica *Oda para una forma ausente*, por ejemplo, joya total, con una suavidad en las gradaciones, libres de asperezas y de truncamientos, que nos da la impresión de haber sido escrita en y con la luz.

Libro tan enteramente hermoso y noble, nos reconforta de mucho inútil afán. Pausa de luz en medio de nuestra poesía deliberadamente gris, llamado de amor en medio de tanto escepticismo adquirido en préstamo, juventud enjoyada de canción, *Esta luz donde habitas* prefigura, y decirlo no es prematuro, el poeta que estábamos deseando y necesitando.

Y si el sacerdocio del poeta no es, al fin, sino la entrega de su soledad desnuda para que los otros podamos crear el diálogo; de sus adioses, para que podamos crear la esperanza y de sus dolores para aquietar las heridas, Horacio Armani, poeta que canta con la misma honrada simplicidad con que vive, sentirá el roce del laurel pequeñito que solemos otorgar a quienes fecundan nuestro desamparo de robinsones sin isla, con la palabra armoniosa y el alma en júbilo.

JAVIER FERNÁNDEZ

R. CARRÉ DE MALBERG: *Teoría General de Estado*. Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

SERÍA vano empeño el nuestro, si pretendiésemos comentar este libro voluminoso y denso, paso a paso, es decir, siguiendo en todos sus detalles las líneas de su arquitectura, para dar al lector una impresión completa de los múltiples temas que lo integran. Excedería ese

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trabajo, con mucho, el marco de un simple comentario bibliográfico como el presente. La obra de Carré de Malberg es como una selva frondosa en la que hay que penetrar con vigilante atención, para no desorientarse. Constituye un monumento jurídico-político de excepcional importancia para el estudio del derecho público de toda una época. El profesor de la Universidad de Estrasburgo, con una erudición vasta y profunda, aborda en su libro los problemas que ocupaban a los especialistas del derecho público en los comienzos de este siglo. Quizás algunos de sus conceptos estén superados a esta altura, si se tiene en cuenta que aquél terminó su obra en los últimos meses de 1919. Es decir, hace casi treinta años. En este lapso han ocurrido muchas cosas y han sufrido, por consiguiente, hondas transformaciones las teorías políticas concebidas en el plano de la especulación y del análisis. Pero, no por eso carece de interés, sino todo lo contrario, el libro de Carré de Malberg, ya que puede considerarse como uno de los intentos mejor logrados de construir una doctrina jurídica del Estado.

El autor nos presenta en forma sistemática los distintos problemas que suscita la entidad Estado, desde su nacimiento hasta las diversas funciones de los órganos que lo constituyen. Se complementa la teoría con las acotaciones de carácter positivo, pues se examinan los distintos aspectos del organismo estatal, tanto en el plano de la doctrina como en sus vicisitudes históricas y expresiones locales. El estudio que Carré de Malberg hace del ente Estado, bien puede calificarse de exhaustivo, no escapando a su meticuloso examen ni aun los detalles más insignificantes.

Hay dos capítulos de la obra que interesa destacar: el dedicado al concepto del Estado soberano y el que se refiere al poder constituyente. El primero de ellos adquiere singular relieve en la pluma del autor, por ser la palabra y el concepto soberanía un término puramente francés, acuñado en Francia, que no tiene equivalente en otros idiomas, aunque su significación se haya extendido al mundo entero. Carré de Malberg aborda la cuestión de la soberanía arrancando de la propia historia, para terminar en el plano jurídico en que posteriormente quedó situada. Afirma de modo categórico que la soberanía "aparece así como un arma forjada por la realeza para las necesidades de su lucha con el Emperador, el papa y los señores, lucha de la cual es ella misma un producto directo". Añade que, en sus orígenes, el concepto de soberanía tenía un sentido relativo, pero que en el siglo XVI adquirió una significación absoluta. Estas son sus palabras: "En la doctrina del siglo XVI el sentido de la palabra se modifica grandemente; la soberanía es el carácter de una potestad que no depende de ninguna otra y no admite a ninguna otra en concurrencia con ella; en vez de ser relativa, la soberanía se ha convertido en absoluta: el comparativo se trocó en superlativo." Toda esta evolución viene a desembocar en la célebre definición de Bodino, en la que se considera la soberanía como una condición esencial del Estado. Así entendida, la soberanía del Estado se presenta como doble, dividiéndose en soberanía externa e interna. La primera se manifiesta en las relaciones internacionales de los Estados. Implica para el Estado soberano la exclusión de toda subordinación, de toda dependencia respecto a los Estados extranjeros. La segunda, la soberanía interna, significa que el Estado posee una autoridad suprema sobre las voluntades de los individuos o de los grupos que se hallan dentro de su territorio.

Llegado a este punto, Carré de Malberg se plantea esta interrogante, que estimamos de superlativo interés en los momentos actuales, cuando el mundo se debate ante el problema de organizarse políticamente en forma nueva o sumirse en un caos: "¿Puede el Estado concebirse sin la soberanía?" Después de recordar previamente los orígenes y la historia sucinta del concepto de soberanía, se contesta del modo siguiente: "Si por soberanía se entiende la potestad de Estado misma, no hay duda de que la soberanía forma una condición absoluta del Estado, pues el Estado no puede concebirse sin potestad de dominación. Si, por el contrario, se quiere designar con el nombre de soberanía la cualidad de un Estado cuya potestad no depende de ningún otro, es ya muy discutible que la soberanía pueda ser considerada como un elemento indispensable del Estado." Y Carré de Malberg llega a más, pues acaba afirmando, después de realizar un análisis cuidadoso de las características de los Estados-miembros, dentro del Estado federal, que aquéllos, no obstante no gozar de soberanía, en el sentido absoluto de la palabra, constituyen verdaderos Estados. Pone término a su interrogante, finalmente, declarando que "el verdadero atributo común e indispensable a todo Estado no es, pues, la soberanía, sino la "potestad de Estado", cuyo mismo nombre atestigua, por una parte, que no puede pertenecer más que al Estado, pero también, por otra parte, que ningún Estado puede existir sin ella". Brindamos estos conceptos a aquellas gentes que defienden la soberanía como un dogma intangible, y nos permitimos sugerir que la fórmula del Estado federal mundial puede constituir la solución ansiada, en un futuro más o menos lejano, a los problemas de organiza-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción política que en nuestros días embargan la atención de los hombres de Estado.

El otro capítulo cuya lectura suscita todo un enjambre de reflexiones, es el dedicado al poder constituyente. Tema éste de permanente interés, en razón de que constantemente se plantean en el mundo revisiones constitucionales, e incluso fundaciones de nuevos Estados. Carré de Malberg, en relación con el problema constituyente, realiza un estudio completísimo, encarándolo desde puntos de vista históricos y doctrinales. Distingue, naturalmente, las dos clases de cambios constitucionales que pueden operarse en un Estado: los que se llevan a cabo en forma violenta, y que resultan de un golpe de fuerza (revolución o golpe de Estado) y los que se efectúan en virtud de lo establecido en la Constitución en vigor. Como los primeros quedan fuera de la órbita del Derecho, Carré de Malberg analiza únicamente las reformas constitucionales realizadas en forma pacífica y regular, en una palabra, jurídica. Para él, el concepto jurídico de poder constituyente implica la preexistencia de cierto orden y de cierta organización constitucional. Estudia, asimismo, la diferencia entre "poder constituyente" y "poderes constituídos", consignando, al respecto, las doctrinas de Rousseau, Montesquieu y Sieyès. Se plantea el problema de si el poder constituyente debe atribuirse a los poderes constituídos, o, por el contrario, a órganos distintos, señalando las diferencias existentes entre el sistema inglés y el de los Estados Unidos de América. El primero consiste en que la revisión constitucional se lleva a efecto dentro de las formas de la legislación ordinaria. En cambio, en Norteamérica, basándose en la idea de que el pueblo es originariamente soberano y que es la fuente y el creador de todos los poderes constituídos, la revisión constitucional se encomienda a un órgano constituyente superior al órgano legislativo. Carré de Malberg termina este capítulo, condensando su pensamiento en estas frases: "En un país de soberanía nacional, únicamente la nación, *actuando mediante el conjunto de sus órganos*, es soberana; ninguno de los órganos, considerado en particular, ni aun el órgano constituyente, puede ser soberano."

GUILLERMO DÍAZ DOIN

RICARDO GULLÓN: *El destello.* Antonio Zuñiga, editor, Santander-Madrid, 1948.

Si Ricardo Gullón ha elegido una forma tan sencilla para su breve novela *El destello* no es por ignorancia o desdén. En punto a conocimiento de técnica y argucias novelescas, pocos quizá tan documentados como el autor de *Novelistas ingleses contemporáneos*; en lo referente a estructuras nuevas y matices estilísticos, su primer conato novelesco, *Fin de semana*, publicado en España, en 1934, es decir, "antes del diluvio", ofrece claro testimonio. Porque Ricardo Gullón es un espíritu de varias dimensiones: pasa del plano inventivo al criticista —que también puede ser creador— con todo desembarazo, con admirable agilidad. Y aunque su visual se halle lógica y preferentemente vertida hacia lo contemporáneo, no por ello penetra con menor acuidad en el mundo de los románticos y los finiseculares españoles, según evidenció su *Vida de Pereda* y ha de mostrar en breve su libro sobre Enrique Gil, el autor de *El señor de Bembibre*. Si a estas referencias agregáramos que Ricardo Gullón extiende su comprensión crítica hacia el mundo de las formas plásticas, y es autor de excelentes estudios sobre Picasso, Juan Gris y Angel Ferrant, entre otros, todavía diseminados en revistas, tendríamos ya suficientes datos para bosquejar el perfil de un joven escritor que, surgido originariamente con la revista *Literatura*, antes de la guerra, supo atravesar indemne todas las pruebas, librándose de contaminaciones, y afirmando, hoy como ayer, su independencia, la primacía de lo espiritual.

En el prólogo al mencionado libro de Gullón, *Novelistas ingleses contemporáneos* —la mejor galería de retratos en nuestro idioma, desde Meredith a Maurice Baring, desde los victorianos a los georgianos, pasando por Conrad, Lawrence, Joyce, Huxley, Virginia Woolf, Morgan, etc.— Antonio Marichalar (otro "recuperable", adaptando cierta terminología sartresca), escribía, con su agudeza nunca embotada, que las dos metas primordiales de la novela, una vez recobrada su autenticidad, eran éstas: la narración y la definición de caracteres. Dos rasgos observados, por lo mismo que obvios, y a los cuales bien pudieran juntarse otros, aunque sin fluencia argumental y sin personajes que vivan, apenas hay novela digna de tal nombre con plenitud que se tenga en pie. Pues bien, soslayando ahora distingos, a esas dos condiciones novelescas responde plenamente *El destello*. Lo narrativo se acusa con nitidez desde la primera página, cuanto el autor sitúa ante

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nosotros a un personaje acosado, quien huyendo de sus perseguidores políticos, encuentra refugio en el cuarto de una muchacha equívoca. Toda esa primera parte, narrada en un "crescendo" dramático, y que por sí misma constituye casi un relato autónomo, no puede ser más feliz, ni por su deliberada sobriedad acusar más clara maestría. El lector, sin embargo, correrá el riesgo de sufrir cierto desconcierto ante las dos partes subsiguientes si no advierte —y acepta— que en ellas la narración sufre un cambio de ángulo y se desplaza hacia el segundo personaje, la muchacha, más previsto, con menos sombras incitantes que el primero, es decir, que el hombre huído. La compensación está en el hecho de que si la tensión argumental se afloja, por el contrario lo psicológico gana profundidades y aquello que parecía inicialmente una novela a lo Koestler —digamos aproximadamente, pensando en *Arrival and Departure*—se trueca en algo así como un caso de transferencia freudiana...

El destello, queriendo salirse por momentos de sus límites de novela corta, pregona abiertamente las virtudes de novelista cabal que existen en Ricardo Gullón. Los valores de su prosa quedan realzados en esta edición por una bella tipografía y por cuatro ilustraciones de Serny, inaugurando una serie que, fraguada a orillas del Cantábrico, se intitula nostálgicamente, como el pino de la palmera, "El viento sur".

GUILLERMO DE TORRE

The arts in Britain. Serie publicada por The British Council. Longmans Green & Co. Londres, 1946 y 1947.

NUNCA más necesarios que ahora los libros panorámicos, los estudios de conjunto que tiendan a presentarnos el estado actual de las letras y las artes en los países europeos, semiocultos durante cuatro años tras la cortina bélica. A este designio esclarecedor responde la serie *The Arts in Britain,* planeada por el Consejo Británico. Se trata de pequeños volúmenes, más bien folletos, en los cuales una firma autorizada trata por géneros el balance de la producción inglesa, intelectual y artística, desde 1939.

John Hayward, autor de *Prose Literature since 1939*, y Stephen Spender, quien firma el titulado *Poetry since 1939*, coinciden en las mismas consideraciones preliminares. Deshaciendo crudamente cualquier conato de leyenda candorosa por optimista, reconocen que la guerra atroz fué esterilizadora intelectualmente; que los escritores movilizados, si bien en cargos afines con sus aptitudes, pagaron su contribución al esfuerzo común y sólo ocasionalmente pudieron volver a lo suyo y privativo; que el público no pudo proveerse de libros y cien millones de "Penguins" no bastaron a colmar sus demandas; que los editores carecieron de papel suficiente. Apunta además Hayward que, junto con las novelas, los libros más solicitados por la masa lectora fueron los de memorias, constituyendo una buena parte de la llamada "escapist literature" —o literatura de evasión—; un término —agrega— demasiado inflado por quienes arguyen que la literatura debe ser "comprometida", según dicen los franceses, y que la "recherche du temps perdu" es, en cierto sentido, una admisión de la derrota, una traición del presente al pasado". Este rasgo, entre otros semejantes, evidencia que en general las letras británicas siguen sus propias vías y mantienen su irreductible insularismo, un poco al margen de las corrientes continentales europeas. ¿Mérito, defecto? Es lo que ni John Hayward ni tampoco ninguno de los restantes autores que firman los demás panoramas —Henry Reed el de la novela, Robert Speaight el del drama— nos dicen, pues en general soslayan toda consideración teórica y atienden preferentemente a establecer inventarios de nombres y títulos con prolijidad documental.

Transcribir y aun glosar tales referencias resultaría aquí redundante, ya que buena parte de ellas fueron anticipadas en *Realidad* mediante las crónicas desde Londres por Georges Pendle. Lo que únicamente cobraría mayor sentido es aislar las obras capitales en cada género producidas durante el tremendo cuatrienio. Pero los árboles —en este caso la superabundancia de nombres— impiden ver con claridad el bosque donde nos internan Hayward y los demás autores. Sin embargo, no obstante su reticencia para emitir fallos absolutos, Hayward reconoce que *The Unquiet Grave*, libro aparecido en 1944 con el pseudónimo de "Palinorus" y cuyo autor es Cyril Connolly —director del galicano *Horizon*— es la obra más importante del período entre las no novelescas. Stephen Spender adjudica muy previstamente esta primacía a los *Four Quartets* de T. S. Eliot entre las obras poéticas. Henry Reed rehuye toda proclamación categórica en la novela, pero considera en primer término las de Graham Greene, ya traducidas al castellano, y después las de Ivy Compton-Burnett y Elizabeth Bower. Novelistas estas últimas sin traslación todavía a nues-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tro idioma, como caso excepcional, pues la abundancia de traducciones novelescas inglesas, a cargo en su mayor parte de una editorial catalana, ha sido fabulosa en los últimos años. Claro es que tal atención se ha fijado preferentemente en los Cronin y los Lewellyn —ni siquiera mencionados en *The Novel since 1939*—, y por el contrario, nuevos valores como los nombrados, y como Joyce Cary, Henry Green y F. L. Green, seguirán quizá permaneciendo desconocidos de nuestro público.

En poesía, tras la consagración de Eliot, y más allá de la generación formada por Auden, Spender, Day Lewis y Mac Neice, que ilustró la década de 1930 —y que excepcionalmente, en unas letras sin "movimientos", constituyen uno, ocasionalmente— la novedad estuvo representada durante esos años por Dylan Thomas, George Barker y David Gascoyne. Pero en este punto el libro de Francis Scarfe, *Auden and after* ofrecerá mayores datos que el panorama trazado por Spender. Y respecto a la novela, en sus más nuevas y extremas manifestaciones, los ensayos de Alex Confort, reunidos bajo el título *The Novel and our Time*, pudieran ofrecer parejos servicios si el credo anarquista del autor —menos flexible que el de su correligionario Herbert Read— no redujera su visión unilateralmente.

G. DE T.

ALFONSO REYES: *Grata compañía* y *Entre libros*. Ediciones Tezonle y El Colegio de México, distribuídas por el Fondo de Cultura Económica. México, 1948.

ALFONSO Reyes personifica un tipo, un arquetipo nuevo en la literatura americana: el hombre de letras cabal. Se alegará —por los que están siempre prestos a buscar antecedentes y tienden a buscar enlaces tradicionales hasta en lo más recientemente inaugurado— que tal personaje preexistió ya en el siglo pasado, invocando la media docena de nombres continentales que todos sabemos. Tal vez, pero entreverado con elementos extraintelectuales que si en una época fueron pedestal hoy sólo son lastre.

Hay en aquéllos, no obstante, un rasgo que les identifica con la nueva especie representada actualmente por Alfonso Reyes: su superlocalismo. Todos ellos se movían en un ámbito mental superfronterizo y poseían una conciencia continental americana, luego pervertida, en

las generaciones posteriores, por la ofuscación nacionalista. A mi parecer, Sarmiento, Martí, Montalvo, Rodó, Darío y otros pocos se sentían escritores americanos, proyectados siempre más allá de sus bardas nativas.

Pero soslayemos este punto polémico que, sin embargo, no podrá ser rehuído cuando se intente una definición, una caracterización completa de lo que significa Alfonso Reyes en las letras de América. Estudio que no deberá ser póstumo y que la vastedad, la calidad de su obra ya está reclamando hace años, particularmente desde la fecha en que el autor de *El deslinde*, tornando a sí mismo, rehuyendo distracciones, se resolvió a vaciar sus gavetas, apilando una serie de libros orgánicos, sin olvidar abrir un canal para los de miscelánea. A este segundo apartado, también ya muy copioso —donde figuran títulos como *Pasado inmediato, Calendario y Tren de ondas, Capítulos de literatura española*, etc.— se incorporan ahora dos nuevas compilaciones críticas: *Grata compañía* y *Entre libros*. Su punto de partida, está en aquellos libritos madrileños, *Simpatías y diferencias*, el título genérico que mejor cuadra a tales conjuntos, y que Alfonso Reyes no debiera haber olvidado. ¡Simpatías y diferencias!: todo un programa crítico, una sutil manera de deslindar, envuelta en "cortesía" mexicana, lo que nos es próximo de aquello que sentimos hostil...

Sin embargo —se preguntan algunos, con voz que no importa hacer pública, pues que estamos entre amigos—: ¿hasta qué punto hace bien un escritor copioso, sembrador a voleo de notas y apuntes frecuentes sobre la pizarra periódica, en trasladarlas luego a la tinta fija del libro? La respuesta abstracta, despersonalizada, a esta cuestión puede ser variable, pero en el caso personal de Alfonso Reyes no hay duda que hace bien, si, por nuestra parte, como lectores, acertamos a situar estas cornucopias de la miscelánea en su debido lugar, sin que suplanten el sitio reservado a lo sustantivo, y si confesamos con franqueza el deleite que repasar tales páginas nos causa. Otra cosa sería vindicar los escritos fragmentarios, apologizar lo ocasional, tarea que por reacción contra cierto fetichismo del "libro de una vez", muy bien pudiéramos intentar.

La unidad temática de estos y de los precedentes volúmenes similares podrá ser discutible, aunque exista un común denominador muy visible, pero la unidad de tono es incuestionable. ¡Qué abertura del diafragma mental tan holgada, qué movilidad de enfoques tan elástica! Alfonso Reyes baraja épocas, literaturas, autores con un dominio poco sólito. Nunca se detiene en el primer plano de lo consabido; encuentra

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

siempre ángulos y perspectivas nuevas, confrontaciones sorprendentes. Vemos así como consigue dar realidad a ese Vermeer de Delft que en la novela de Proust, imaginado por Swan, apenas es un pretexto; cómo puesto a disertar sobre Goethe halla sus imprevistas tangencias con América; cómo, en el centenario de Descartes, acota dos aspectos del metódico que los demás conmemoradores hubieran olvidado. Esto, por señalar únicamente algunos capítulos de *Grata compañía*.

En el titulado *Entre libros*, la diversidad es aún mayor, puesto que incluye aún aquellas menudas notículas que Reyes prodigaba hace años en un diario madrileño. Las primeras datan de 1912, de su época pre-europea, están fechadas antes de salir de México, y son muy reveladoras. Nos revelan —en comentarios a ediciones de clásicos castellanos— la primera vocación erudita y filológica de Alfonso Reyes, su temprana familiaridad humanística, y ofrecen atisbos valiosos; así, al glosar a Mateo Alemán, en vez de incurrir en la calificación de realista, habla precursoramente de "estilización estética". Nunca abandonó Reyes sus primeras devociones, pero supo, al mismo tiempo, no quedarse en ese clima de frialdad propio de la minucia erudita, encandileciéndolo con ingenio y vistas propias.

G. DE T.

JUAN BENEYTO, *Historia de las doctrinas políticas*, M. Aguilar, editor, Madrid, 1948.

Nos hallamos, como es notorio, en un momento cardinal del proceso histórico, caracterizado por la quiebra del Estado nacional que se perfilara a comienzos de la Edad moderna, y que, tras sucesivos avatares y crisis de su organización interna, comienza ahora, si no a disolverse, a integrarse en un orden político más amplio donde las relaciones de poder que determinan la dinámica social se centren dentro de un marco adecuado al alcance descomunal de las nuevas técnicas.

Es el momento de historiar las doctrinas políticas, expresión racionalizada e inspirada en ideales de las tendencias político-sociales a cuyo impulso se produjo la evolución histórica; y así, por efecto de esta necesidad de recapitulación, el último decenio ha visto proliferar obras de este tipo, destinadas a recoger, exponer y seriar con diversa fortuna las manifestaciones teóricas del pensamiento político. A su catálogo se agrega ahora la *Historia de las doctrinas políticas* redactada por el catedrático español don Juan Beneyto Pérez, libro que, obediente a un criterio ecléctico, provisto de buena información y respondiendo a un propósito evidentemente pedagógico, significa una contribución seria, esfuerzo meritorio y logrado, muy digno de ser recibido con aplauso, no sólo por su punto de maduración, sino también por la actitud científica en que se mantiene.

G.-D.

FEDERICO DE ONÍS: *El Quijote*, estudio preliminar, edición y notas, W. M. Jackson Inc., Buenos Aires, 1948.

Sobriedad y rigor, y la renuncia a las pretensiones, más brillantes que firmes, de una difícil originalidad, son las virtudes dignas de verdadera estima en una nueva edición crítica del *Quijote*, cuyos comentarios no podrían ser tan abundantes sin mucho fárrago, sin mucha inútil acumulación, para no hablar del disparate libre; y esas mismas virtudes son las que prometía la personalidad ilustre de Federico de Onís, que ha escrito, en efecto, un prólogo informativo e interpretativo capaz de ofrecer a cualquier lector, y no exclusivamente al erudito, una visión simple, correcta, atinada y escueta del monumento literario cuyo texto fija, y al que enriquece con notas oportunas, nunca enfadosas, y casi siempre aclaratorias de algún giro anticuado que el lector común, y sobre todo el hispanoamericano, probablemente desconoce hasta el punto de ni poder barruntar su sentido.

Es, pues, un notable servicio el que con esta cuidada edición, digna de confianza plena, rinde a la cultura literaria don Federico de Onís, a quien tantos esfuerzos se deben en tal sentido.

G.-D.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LA CARAVANA INMOVIL

UNAMUNO Y MARTÍ.

Como Sarmiento, Martí apasionaba a Unamuno. Le dedicó numerosos y encendidos comentarios, con igual devoción a lo largo de los años, que ahora es grato encontrar reunidos en el fascículo 11 del "Archivo José Martí", publicado por el Ministerio de Educación cubana, al cuidado de Félix Lizaso. Aparte de sus doctrinas políticas y éticas, Unamuno elogiaba en Martí su estilo epistolar. "Estilista ¿eh? — explicaba— y no hablista que es muy otra cosa." "Su estilo —agregaba— es un estilo profético, bíblico; hablaba mejor, mucho mejor, como Isaías que como Cicerón. Lo que se hace es lo que queda y no lo que se dice, decía, y su decir era, sobre todo, un hacer, sus palabras eran sus actos." "A los que escribimos — agregaba en otra ocasión— lengua hablada y dinámicamente, nos han hecho oscuros los academizantes, que escriben, y mecánicamente, lengua escrita. Y la oscuridad está en sus cabezas. Para que un cristal se haga espejo es menester que sea en sí, en su entraña, oscurísimo. En el mármol negro, no en el blanco, se ve uno."

HOMENAJE A MALLARMÉ.

El 9 de septiembre de este año se cumplió el cincuentenario de la muerte de Mallarmé, separado seis años solamente de la fecha en que fué celebrado el centenario del nacimiento. Tal proximidad ha perjudicado, al parecer, la nueva conmemoración, ya que entonces aparecieron sobre el autor de "Herodiade" algunos libros capitales — entre otros, la biografía de Henri Mondor y el estudio crítico de Emilie Noulet—, mientras que ahora el homenaje en Francia quedó casi reducido a un copioso e importante número publicado por Les Lettres *(núms. 9, 10 y 11, París, 1948). Además de algunos trozos inéditos, dicho número comprende, entre otros, sustanciosos artículos de Jean Staborinski, Joe Bousquet, Daniel-Henry Kahnweiller (quien hace a Mallarmé precursor insospechado del cubismo, afirmando que la lectura de sus poemas "dió a los pintores cubistas la audacia de inventar* signos, *con la convicción de que éstos, tarde o temprano, serían los objetos siginificados"), Claude Edmonde-Magny y Charles Mauron. Particularmente interesante es un conjunto de artículos donde se estudian las repercusiones extranjeras de Mallarmé. Cecily Macworth analiza las referentes a Inglaterra, Fréderic Hagen las de Alemania, Guillermo de Torre las que conciernen a España y América ("En Español —comienza afirmando— Mallarmé es un autor clásico. Existe desde el siglo XVII. Mejor dicho, está prefigurado desde Góngora, desde Carrillo y Sotomayor, desde la época del "gótico florido" con Juan de Mena. . ."), Joao Gaspar Simoes las de Portugal. Resumiendo críticamente su impresión de tal conjunto André Rousseaux escribe en* Le Figaro Littéraire *(París, 4 de septiembre de 1948: "A medida que Mallarmé avanza en su destino postmortal adviértese que el interés suscitado por su obra palidece junto al que su drama inspira. Y quizá la importancia real de las cosas respectivas está en litigio: la obra, tan exigua, cuando se la reduce a sus verdaderas proporciones, tan fragmentaria con respecto a las ambiciones sobrehumanas del poeta, ¿no vale acaso esencialmente como testimonio de esas ambiciones inauditas y de su fracaso, que es el drama a que nos referimos? ¿Es un libro esa obra? Sin duda. Pero antes que nada es una de las tentativas más patéticas de la humanidad, una historia que puede ponerse junto a la de Prometeo."*

ELUCIDACIÓN DEL MONOMITO DE JAMES JOYCE.

Tal es el título que comentando un libro de J. Campbell y H. Morton Robinson sobre Finnegans Wake *publica Eugene Jolas —por su parte uno de los joycianos más acreditados, ex director de la revista* Transition *donde aquella obra comenzó a publicarse fragmentariamente cuando aún se llamaba* Work in progress— *en* Critique *(número 26, París, julio 1948). "Esta elucidación del monomito —la palabra es del propio Joyce— constituye un instrumento casi esencial para su lectura. Esta llave maestra —el libro comentado se intitula* A Skeleton Key—, *esta ganzúa de cerrajero abre puertas que la crítica tradicionalista y apresurada hubiera dejado condenar; el dédalo se aclara". "*Finnegans Wake *—agrega luego— es una obra cuyo contenido y cuyo lenguaje son igualmente inaccesibles. Es una novela que debe señalar el fin de todas las novelas; una novela de clave, como no hubo antes ninguna otra, un relato de forma circular. Es la novela de una familia y de toda la humanidad, una novela global. En ella no se respeta la cronología habitual de las peripecias, el tiempo queda abolido y los personajes se mueven en la penumbra del sueño y de la noche. En vano se buscarían en sus páginas puntos de referencia temporales, todos los incidentes se entrechocan, se superponen, se metamorfosean. Encuéntranse en ella cuentos mágicos, sueños, pesadillas, poemas, lugares comunes, mitos, monólogos, diálogos, sermones, evocaciones prehistóricas, cantos populares, facecias, piezas radiofónicas, blasfemias, teorías científicas, manifiestos, refranes, sinfonías. Es un enorme jeroglífico que a primera vista despista al lector, pero cuyo trazado se revela poco a poco, a medida que penetramos en él." En cuanto a su fondo, más allá de la intrincada trama formal, Eugene Jolas explica: "El libro constituye la tensión humana y cosmológica del nacimiento, del casamiento, de la muerte y de la resurrección. Filosóficamente la alegoría de Joyce se basa de modo principal en la doctrina cíclica de Vico, quien en la* Scienza Nuova *proclamó su fe en la eterna progresión-retrogresión de la marcha de la humanidad. Claro está que en el esquema de sus cuatro fases Joyce no sigue estrictamente el esquema de las cuatro fases de Vico: sus temas se entremezclan con frecuencia. Pero en sus grandes líneas fácil es percibir a lo largo de* Finnegans Wake *esta morfología del destino humano."*

EL LECTOR DESORIENTADO Y SUS "ORIENTADORES".

Satirizando bajo este título cierta tendencia norteamericana a la confusión, más que al esclarecimiento del público, Pedro Salinas, en Asomante *(núm. 4 de 1947, Puerto Rico), censura ingeniosamente esas listas "orientadoras" que bajo el título falaz de "los mejores libros" ciertos autores o editores de lengua inglesa muéstranse tan propicios a formar, pero sin cuidarse de vencer su unilateralismo idiomático. "Las pruebas —escribe— de cómo esa tentativa de crear una tabla de méritos, en realidad conduce a toda una serie de forzadas falsificaciones de valores, está —alego el ejemplo por lo que me duele, en mi calidad de español—, en lo mal paradas que salen las letras de los pueblos no sajones, en general, y del español en particular, en esos catálogos confeccionados por autores sajones. Coinciden, casi sin excepción, en que de todo lo que se ha escrito en español, desde el siglo XII hasta hoy, no hay más que un libro,* Don Quijote de la Mancha, *que dé la talla para el ingreso en esa nómina de la Fama y la Utilidad emparejadas. ¿Qué otro motivo si no el conocimiento preferente y pre-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ferido de lo nacional lingüístico hay, por ejemplo, para que se quede a la puerta Quevedo y se cuelen Fielding o Sterne o Mark Twain? Y, por supuesto, en la América latina no se ha escrito nada que pueda incluirse entre las obras superiores del espíritu humano o entre los clásicos de la cultura occidental Con todo el respeto debido al señor Adler, al señor Brown y sus compañeros (autores de tales relaciones selectivas) se me hace difícil de tragar esta fórmula posológica, y la proporción de los ingredientes de la gran receta se me antoja un tanto arbitraria y parcial".

NUEVAS REVISTAS AMERICANAS.

Hay varias, surgidas en estos últimos meses, evidenciando así que, contra viento y marea de los tiempos precarios, existen nuevas agrupaciones, jóvenes equipos dispuestos a hacer oír sus voces — a "emitir sus mensajes", dirían ellos con el clisé algo petulante de rigor. La primera, por su jerarquía, es La Licorne, *aunque esta revista al estar escrita en francés y ver la luz en París, cae más bien en esa zona ambigua del "latinoamericanismo", pabellón que tantas mercancías confusas ampara. No es éste felizmente el caso de* La Licorne, *lujosos cuadernos trimestrales, inspirados por el más exigente criterio selectivo, que dirige una nueva escritora uruguaya, Susana Soca. Concebidos intencionalmente con el propósito de difundir la literatura hispanoamericana en Francia, en realidad constituyen más bien un muestrario internacional, clásico y contemporáneo, ya que, por ejemplo, en el sumario de su segundo número alternan unos sonetos de Góngora —traducidos al francés por P. J. Jouve— con un cuento de Alberto Moravia, unas páginas de Tertuliano con un poema de Silvina Ocampo, otras de Juan de Ávila con unos sonetos de José Carner. En el tercero, análogamente, se barajan unas páginas de Sor Juana Inés de la Cruz —comentadas por Susana Soca— con varias escenas de* El adefesio, *de Alberti, y junto a unos poemas de Jorge Guillén otros de algunos americanos poco representativos. Si* La Licorne, *dejando a un lado los modelos demasiado visibles en que se inspira —*Commerce *y* Mesures*—, y superando su carácter de museo inactual alcanza un carácter unitario y vivo logrará cumplir plenamente su misión y los propósitos de su generosa sostenedora.*

El número 90 de Verbum *(Buenos Aires, 1948) constituye más bien una resurrección que un nacimiento, a no ser que se trate de una pausa entre dos eclipses, pues sus redactores —estudiantes de Filosofía y Letras—, saben curarse ya en salud, escribiendo en el artículo inicial que "no temen a la muerte pasajera de la desaparición". En el sumario de dicho número sobresale un largo ensayo de H. A. Murena, titulado "Reflexiones sobre el pecado original de América", de contenido denso y aire polémico. También, bajo el título "Poetas del río", presentada por Carlos Mastronardi, una antología de nuevos líricos argentinos y uruguayos, que coincide en buena parte con la seleccionada por Juan Ramón Jiménez bajo el título de "Poesía escondida".*

Clinamen, *de Montevideo, está hecha asimismo por estudiantes de la Facultad de Humanidades uruguaya, y ha publicado, no hace mucho, su número 5, lo que para una revista del género constituye singular veteranía. A su frente están jóvenes escritores, Ida Vitale, Ángel Rama y Manuel Claps. En sus sumarios alterna equilibradamente lo literario con lo filosófico; en el último, Alberto del Campo firma un buen estudio sobre "Antonio Machado, poeta castellano" y Emir Rodríguez Monegal*

paga su contribución a un tema ya largamente desbrozado por otros, "La literatura de Sartre".

Quixote, *de Porto Alegre, alcanza su número 3, ya impreso, mientras que los números iniciales aparecieron mimeografiados. Es asimismo una empresa juvenil, colocada muy quijotescamente bajo este lema de Unamuno: "Queremos hacer una barbaridad". Más que los temas brasileños parecen preocuparles los europeos; así Wilson Chagas escribe sobre Charles Morgan, Aelio Daudt sobre Hermann Hesse. En su propio plano Edson Nery da Fonseca comenta algunos aspectos de la última obra del poeta brasileño Carlos Drumond de Andrade.*

En el último número de otra revista juvenil —superiormente lograda— Escritura, *(Montevideo, septiembre de 1948), Eduardo Mallea anticipa un capítulo de su próxima novela, y Ricardo Paseyro escribe con inteligencia sobre "Montalvo sobreviviente y Darío redivivo", comentando los últimos libros en torno a estos autores, de Anderson Imbert y Pedro Salinas. De especial significación, en todos los sumarios de* Escritura, *son las críticas de libros y de cinematógrafo, firmadas respectivamente por Carlos Real de Azúa y José María Podestá.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AVISO A NUESTROS LECTORES

AL comenzarse el tercer año de publicación de REALIDAD, *esta revista, preocupada siempre de mantenerse en el más estrecho contacto con sus lectores, debe someterles algunas consideraciones de orden económico.*

Como es obvio, nuestra revista no constituye una empresa de tipo lucrativo; ha sido concebida como órgano desinteresado de cultura, y reduce su aspecto comercial a lo indispensable para garantizarle el sostenimiento y continuidad. Ahora bien, las actuales circunstancias económicas hacen cada día más difícil este propósito. Baste decir que, desde la fecha de su aparición, los costos se han elevado, mediante sucesivos aumentos, en más del 50 %, no obstante lo cual hemos mantenido hasta ahora los precios que se fijaron hace dos años a sabiendas de trabajar en pura pérdida.

Esta situación no puede prolongarse por más tiempo si hemos de mantener el nivel intelectual y material de la revista. Nos vemos, pues, obligados a elevar los precios de suscripción que, a partir del 1º de enero próximo, serán de: $ 25.— m/n. por año dentro de la República Argentina; 5,50 dólares para los países de lengua española o portuguesa; y 6 dólares para los demás. No corresponde este pequeño aumento al experimentado por los costos de producción; pero, atendiendo a los fines de cultura que nos proponemos, hemos preferido mantenernos al alcance de los lectores más modestos, en la esperanza de que por otros medios pueda compensarse el desnivel. Uno de ellos sería el de la ampliación de nuestra tirada, para cuyo efecto rogamos a quienes se interesen por la obra realizada que la difundan y obsequien a sus amistades, como es costumbre hacer en otros países para Año Nuevo, con suscripciones de la Revista. El destinatario de cada suscripción-obsequio (para las cuales insertamos boleta especial de pedido), recibirá de inmediato una carta de Secretaría anunciándosela debidamente.

También quisiéramos rogar a aquellos lectores de REALIDAD *que adquieren en librería cada ejemplar suelto, tengan a bien suscribirse a ella, beneficiándose del menor precio, y beneficiando a la revista con la eliminación de distribuidor y librero.*

Por último, ponemos a disposición de nuestros nuevos suscriptores las ya escasas colecciones completas que quedan de REALIDAD *(dos años; cuatro volúmenes), al precio de $ 50.— m/n.*

INDICE

	Pág.
¿Patología cultural?, por *Eduard Spranger*	257
Civilidad contra Naturaleza, por *Francesco Flora*	282
El moderno fenomenalismo británico, por *Manuel Olguín*	298
El sentido regional en la literatura, por *Horacio G. Rava*	309
El resultado de las elecciones en los EE. UU., por *L. L. Bernard*	321
Vándalos y dudadores, por *Carmen Gándara*	333
Totalitarismo y liberalismo en la educación, por *L. Luzuriaga*	337
Carta de España, por *Ricardo Gullón*	343
Décimo Congreso Internacional de Filosofía, por *Risieri Frondizi*	349
Un juicio póstumo de Henríquez Ureña, por *E. Anderson Imbert*	354

NOTAS DE LIBROS

José Ferrater Mora: "El sentido de la muerte", por *Rafael Virasoro*	357
José Gaos: "Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea", por *Adolfo P. Carpio*	360
Horacio Armani: "Esta luz donde habitas", por *Javier Fernández*	362
R. Carré de Malberg: "Teoría general de Estado", por *Guillermo Díaz Doín*	365
Ricardo Gullón: "El destello", por *Guillermo de Torre*	369
"The arts in Britain", por *G. de T.*	370
Alfonso Reyes: "Grata compañía" y "Entre libros", por *G. de T.*	372
Juan Beneyto: "Historia de las doctrinas políticas", por *G.-D.*	374
Federico de Onís: "El Quijote", por *G.-D.*	375
La caravana inmóvil	376

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN CUARTO

ANDERSON IMBERT, E.: *El escamoteo de la realidad en las "Sonatas" de Valle-Inclán,* X, 39.

— *Un juicio póstumo de Henríquez Ureña,* XII, 354.

AYALA, FRANCISCO: *El hombre al día,* X, 28.

— Vicente Fatone: "El existencialismo y la libertad creadora", X, 116.

— Harry Elmer Barnes: "An Introduction to the History of Sociology", XI, 250.

BERNARD, L. L.: *La crisis espiritual en los Estados Unidos,* XI, 150.

— *El resultado de las elecciones en los Estados Unidos,* XII, 321.

CARPEAUX, OTTO MARÍA: *La tragedia del realismo,* XI, 173.

CARPIO, ADOLFO P.: José Gaos: "Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea", XII, 360.

CARRÀ, CARLO: *La XXIV bienal de arte en Venecia, Los italianos,* X, 81.

— *Ídem: Los extranjeros,* XI, 218.

DÍAZ DOÍN, GUILLERMO: Philip Guedalla: "Los dos mariscales", X, 112.

— R. Carré de Malberg: "Teoría general del Estado", XII, 365.

DUDGEON, PATRICK: *Un estudio colectivo sobre T. S. Eliot,* XI, 204.

ELIOT, T. S.: *Milton,* X, 1.

FERNÁNDEZ, JAVIER: Horacio Armani: "Esta luz donde habitas", XII, 362.

FLORA, FRANCESCO: *Civilidad contra Naturaleza,* XII, 282.

FRONDIZI, RISIERI: *Décimo Congreso Internacional de Filosofía,* XII, 349.

GÁNDARA, CARMEN: *Vándalos y dudadores,* XII, 333.

GARCÍA OLANO, FERNANDO: Johannes Hessen: "Filosofía de los valores", X, 120.

GHIANO, JUAN CARLOS: Jorge Luis Borges: "Nueva refutación del tiempo", X, 121.

— Horacio Jorge Becco y Osvaldo Svanascini: "Diez poetas jóvenes", XI, 248.

— Abelardo Arias: "La vara de fuego", XI, 252.

GULLÓN, RICARDO: *Carta de España, Dos novelas recientes,* X, 75.

— *Ídem: Literatura a la deriva,* XII, 343.

G.-D.: Juan Beneyto: "Historia de las doctrinas políticas", XII, 374.

— Federico de Onís: "El Quijote", XII, 375.

JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN: *La razón histórica,* XI, 129.

LUZURIAGA, LORENZO: *Totalitarismo y liberalismo en la educación,* XII, 337.

MARILL-ALBÉRÈS: Guillermo de Torre: "Valoración literaria del existencialismo", XI, 238.

OLGUÍN, MANUEL: *El moderno fenomenalismo británico,* XII, 298.

OLIVERA, M. A.: Osbert Sitwell: "Great morning", XI, 244.

— Holbrook Jackson: "Dreamers of dreams", XI, 245.

PENDLE, GEORGE: *Ideas y letras en la Inglaterra actual, Gran Bretaña y Europa,* XI, 225.

PLÁ, CORTÉS: *La ciencia española,* XI, 200.

RAMA, CARLOS M.: Gustave Cohen: "La gran claridad de la Edad Media" y Joseph Calmette: "Carlomagno. Su vida y su obra", XI, 241.

RAVA, HORACIO G.: *El sentido regional en la literatura,* XII, 309.

REVOL, E. L.: *Críticos ingleses contemporáneos,* X, 87.

ROMERO, JOSÉ LUIS: *El aventurero y la nada,* X, 70.

— Américo Castro: "España en su historia", XI, 233.

ROVIRA ARMENGOL, JOSÉ: *El problema de los orígenes de Occidente,* XI, 183.

RUGGIERO, GUIDO DE: *Tras un siglo de marxismo,* X, 54.

SCHULTZ DE MANTOVANI, FRYDA: *Narciso y Goldmundo,* X, 94.

SOTO, LUIS EMILIO: Bernardo Verbitzky: "En esos años", X, 108.

SPRANGER, EDUARD: *¿Patología cultural?,* XII, 254.

TORRE, GUILLERMO DE: *Poesía y pintura,* X, 97.

— José Moreno Villa: "Leyendo a...", X, 117.

— Ricardo Gullón: "El destello", XII, 369.

— "The arts in Britain", XII, 370.

— Alfonso Reyes: "Grata compañía" y "Entre libros", XII, 372.

UN CORRESPONSAL: *Carta de España,* XI, 213.

VERA, FRANCISCO: Gastón Bachelard: "La formación del espíritu científico", X, 104.

VICTORIA, MARCOS: Marcel Pagnol: "Notes sur le rire", X, 114.

VIRASORO, RAFAEL: *Alma y conciencia en la Psicología de Beck,* X, 64.

— José Ferrater Mora: "El sentido de la muerte", XII, 357.

La caravana inmóvil, X, 122; XI, 253; XII, 376.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ESTE DÉCIMOSEGUNDO NÚMERO DE

REALIDAD

Revista de Ideas

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 27 DE DICIEMBRE DE 1948
EN LA
IMPRENTA LÓPEZ
CALLE PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

MARCA REGISTRADA Nº 238.293
REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 237.122

EDITADA POR
REALIDAD, SOCIEDAD DE RESPONSABILIDAD LIMITADA
Capital: $ 50.000 m/n.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar